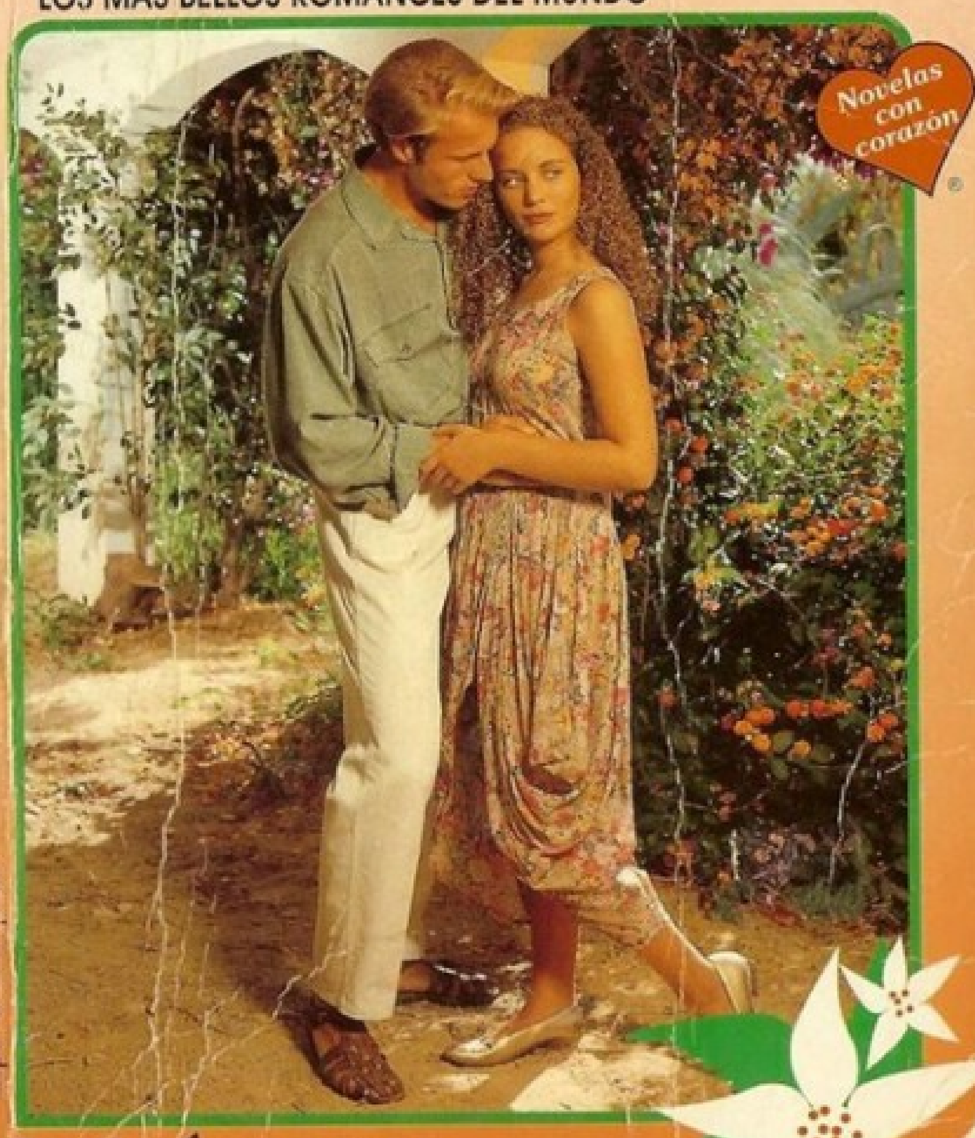
HARLEQUIN

JAZMIN

LOS MAS BELLOS ROMANCES DEL MUNDO



España: 330 ptas.

Fantasía y amor

Barbara McMahon

Fantasía y amor

Barbara McMahon

Fantasía y amor (1996)
Título Original: Love's fantasy (1993)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 1154
Género: Contemporánea
Protagonistas: Jake Wainwright y Lacey Stanford

Argumento:

Lacey estaba pasando sus vacaciones en Barbados, que era un lugar paradisíaco hasta que entró en escena su antipático vecino, Jake Wainwright. Él rechazó la hospitalidad que Lacey le había brindado y la acusó de intentar "atraparlo". Lacey no podía negar la poderosa atracción que sentía por aquel dinámico ejecutivo, pero, ¿cómo podía enamorarse de un hombre que pensaba que el amor era un sentimiento falso y engañoso?

Capítulo 1

—¿Qué diablos está sucediendo?

La voz colérica resonó en medio de la noche y Lacey se ocultó más detrás de las ramas de las adelfas, tratando de hacerse invisible. Se había escondido detrás del arbusto cuando el coche dio la vuelta hacia el sendero; ahora estaba atrapada. Sería muy vergonzoso que la descubrieran ocultándose en el jardín de su vecino. Además,

¿qué estaba haciendo él en casa? Se suponía que estaba en el extranjero.

Por fortuna, la oscuridad le facilitaba a Lacey la posibilidad de confundirse con lo que la rodeaba. El viento que soplaba del sur agitaba las hojas de las adelfas y los hibiscos que bordeaban el césped, apagando cualquier ruido que ella pudiera hacer.

Si los niños del vecindario cooperaban y guardaban silencio, tal vez podrían pasar desapercibidos y huir de allí, una vez que él renunciara a la búsqueda y entrara en la casa. Un arbusto se agitó a la izquierda.

—¿Quién está ahí? —la voz varonil se acercaba cada vez más.

Lacey podía ver los zapatos oscuros y la sombra difusa de un hombre. Se ocultó más detrás del arbusto con la espalda contra la áspera piedra del muro. El hombre seguía acercándose y, antes de que ella pudiera evitarlo, una mano se introdujo en el follaje y la agarro de un hombro.

Sintiéndose como una tonta, la joven salió despacio de su escondite y avanzó hacia el césped, irguiéndose para enfrentarse a su captor. Tuvo que alzar mucho la vista para mirarlo. Ella medía un metro setenta y tres, pero ese hombre la superaba con creces en estatura.

No podía distinguir sus rasgos en la oscuridad, pero si era Jake Wainwright, ya sabía cuál era su aspecto: alto, de cabello oscuro y ojos de un tono azul intenso. Su cuñada Suzanne lo había descrito muchas veces mientras intentaba convencer a Lacey de que pasara sus vacaciones en Barbados, el lugar que ella recordaba con tanto cariño.

—¿Quién es usted y qué diablos hace escondida en mi jardín?

Sus dedos se clavaron con mayor fuerza en el hombro de Lacey. Su acento británico, que tanto había fascinado a Lacey cuando llegó a Barbados, era de una fría formalidad y el tono era decididamente amenazador.

—Lo siento, sólo estábamos… jugando —dijo la joven y desvió la mirada, buscando a los niños. Necesitaba aliados contra ese formidable cuerpo.

—¿Jugando?

—Al escondite. ¡Jimmy, David, salid! ¡Habéis ganado! —se sentía como un idiota. Tenía veintiséis años; era demasiado mayor para jugar al escondite con los niños del vecindario. Pero antes le había parecido una idea muy divertida, y ya estaba empezando a aburrirse al no tener a nadie con quién hablar en todo el día.

Dos pequeñas sombras cruzaron corriendo el patio.

—Hola, señor Wainwright —saludó Jimmy, sonriente.

Jake Wainwright no había retirado la mano del hombro de Lacey y ella se volvió para mirarlo, tratando de observarlo con claridad bajo la débil luz. Su contacto ya no era amenazador, pero aún era firme.

—Siento haber invadido su propiedad —se disculpó Lacey—, pero mi jardín es pequeño y convencional, mientras que el suyo es fantástico, con todos estos árboles y arbustos. Es un lugar maravilloso para jugar al escondite. Además, no sabíamos que usted estaba en casa.

—No estaba, está misma noche he vuelto de Europa. Pero el hecho de que yo no esté aquí no la autoriza a invadir este lugar. Conozco a estos dos pilluelos, pero

¿quién es usted?

—Soy Lacey Stanford y vivo en la casa de la señora Tuttle, al lado —la joven señaló la casita situada al otro lado del muro de piedra que separaba los dos jardines.

Ansiaba refugiarse allí. Se preguntó si él la soltaría si hacía algún movimiento.

—Santo Dios, ¿ha vuelto a alquilar su casa?

Jake no parecía complacido. Lacey volvió a preguntarse si repudiaría la práctica de la señora Tuttle de alquilar la cabaña a sus amistades.

—No, en cierta forma soy de la familia y estoy aquí de

vacaciones, durante unas semanas —respondió la joven—. De cualquier forma, lamento haberlo molestado —trató de soltarse, pero él seguía sujetándola con firmeza.

—En el futuro, hágame el favor de jugar con los críos en su lado del muro —la voz de Jake era dura e inflexible.

Lacey luchó contra el deseo de hacer un saludo militar ante ese tono autoritario y simplemente asintió. Apartándose al fin de él, se dirigió a toda prisa hacia su casa.

Quería correr, pero no podía hacerlo sin perder su dignidad. Ya era bastante malo que él la hubiese sorprendido de esa manera; debía de pensar que era una idiota.

Los dos niños reían y jugueteaban, sin concederle importancia al hecho de que los hubieran descubierto. Tenían que pasar frente al coche de Jake, aparcado en el sendero, y, durante un momento, Lacey se encontró bajo la despiadada luz de los faros. Con la mirada baja, apresuró el paso. Antes, hacía unos segundos, se había alegrado de que la oscuridad la ocultara de la mirada inquisitiva de Jake, pero ahora ya no podía hacer nada por ocultar que tenía las rodillas sucias, un desgarrón en el pantalón corto y el cabello despeinado. Estaba acalorada y cansada.

—Espere un minuto.

Lacey se detuvo y aspiró profundamente, volviéndose para mirar al hombre y deseando poder retroceder cuatro o cinco pasos para alejarse de la luz de los faros. Él se acercó, recorriéndola con la mirada, y Lacey contuvo el aliento.

Suzanne no había exagerado en su descripción. Era muy atractivo. Alto, de cabello oscuro, presentaba un aspecto impecable con su traje gris de rayas, que le sentaba a la perfección. Lacey se sintió en desventaja; necesitaba ir a su casa y asearse.

El rostro de Jake parecía tallado en bronce, la luz era demasiado tenue para ver de qué color eran sus ojos, pero ella sabía que eran azules. Y ese cuerpo alto, fuerte, perfecto… Pensó que le gustaría verlo en traje de baño. Parpadeó y alzó la vista, sintiéndose culpable. No solía albergar esa clase de pensamientos. Se dijo que debía de haberla afectado la magia tropical de la isla.

—¿La señora Tuttle no está pasando aquí el verano? —preguntó él.

—No. Vivo sola en la cabaña y estaré aquí durante el tiempo que

me quede de vacaciones.

—Sé que su propiedad es pequeña, pero eso no justifica que sus invitados invadan la mía —el tono de Jake era serio mientras la estudiaba bajo el deslumbrante haz de luz.

Lacey trató de reprimir una sonrisa. Por Suzanne, sabía muchas cosas del señor Jake Wainwright.

—No era mi intención molestarlo. Lo que pasa es que no ha estado en casa durante los cuatro días que llevo alojándome aquí y no lo esperaba esta noche. Y no hemos causado ningún daño —se sentía como una niña a la que hubieran sorprendido robando manzanas, y no le agradaba esa sensación.

Él la miró durante un largo momento en silencio, y luego contempló a los dos niños que jugaban a un lado.

—Estaré en casa durante las próximas semanas y no quiero ver a ningún niño corriendo por aquí y armando alboroto. Tampoco quiero que ningún visitante norteamericano invada mi propiedad.

Los niños rieron y le dieron las buenas noches antes de dirigirse a su casa.

Lacey asintió.

—Entiendo. Buenas noches, señor Wainwright —se despidió.

—Adiós, señorita Stanford.

—No, señora —lo corrigió sin poder resistir la tentación.

Él la miró mientras ella daba media vuelta y desaparecía en la oscuridad, para dirigirse apresurada hacia la cabaña.

Una vez en el dormitorio, se miró en el espejo, estaba hecha un desastre. Tenía su largo cabello rubio enredado, una mancha de tierra en una mejilla y del maquillaje de esa mañana no quedaba ni rastro. Sus ojos eran de un color gris azulado, pero ahora tenían un tono oscuro debido a la vergüenza y la confusión, ¡Qué forma tan terrible de encontrarse por primera vez con su vecino!

Necesitaba una ducha y, a toda prisa, se dirigió al baño y se metió bajo el chorro de agua caliente. Mientras se enjabonaba, volvió a pensar en su vecino. Su cuñada se lo había contado todo acerca de Jake Wainwright, desde el momento en que heredó la casa contigua de su abuelo, hacía más de una década, hasta la última vez que lo vio, cuando fue a pasar allí sus vacaciones hacía varios años. Su familia vivía en Bridgetown, pero él vivía solo en la amplia casa de al lado. Suzanne lo conoció cuando iba a visitar a su

tía, en cuya cabaña se alojaba en ese momento Lacey.

La tía de Suzanne, Eleanor Tuttle, había adquirido la cabaña hacía tiempo, pero aunque después abandonó Barbados, nunca quiso venderla y visitaba la isla con tanta frecuencia como le era posible. Puesto que no iba a usarla ese verano, se la había ofrecido a Lacey cuando se enteró de sus prolongadas vacaciones.

Suzanne hablaba mucho de Jake Wainwright; había estado enamorada de él cuando era una adolescente.

Pero le había contado que últimamente se mostraba muy poco sociable, que estaba dedicado a su negocio de importaciones y exportaciones y que, con toda seguridad, no estaba casado.

—Al menos no lo estaba el último verano que lo vi. Eso fue justo antes de conocer a Michael —le había confiado Suzanne a Lacey—. Jake era el hombre más atractivo que yo había conocido hasta ese momento. Ahora, por supuesto, creo que es Michael quien se merece ese título, pero en aquel entonces no lo conocía. Traté de conquistarlo un verano —le había confesado Suzanne, apesadumbrada—. A decir verdad, mis primas y yo lo intentamos todo ese año. En aquel entonces tenía una novia, Elizabeth Maltron.

Lacey reconocía ese nombre; Elizabeth era actriz y Lacey lo sabía todo acerca de las actrices. Pero el nombre de Elizabeth jamás había estado vinculado al de Jake Wainwright, o por lo menos ella no lo recordaba. Y la actriz seguía soltera y asediada por los hombres en Hollywood. Lacey se preguntó qué habría sucedido entre ellos.

De todas formas, se dijo que no le importaba. Jake Wainwright era sólo un vecino, a quien ella había hecho enfadar, aunque no intencionadamente. Si iba a permanecer en Barbados durante varias semanas, debía disculparse y mantener buenas relaciones con su vecino.

El hecho de que él fuera más joven de lo que ella había pensado, además de bien parecido, y de que ella se hubiese sentido sola durante esos últimos días, no tenía nada que ver, se dijo con firmeza mientras se secaba. Se puso un vestido ligero de color azul y unas sandalias blancas. Se cepilló el cabello y se lo recogió con una cinta.

Sin pensarlo mucho, puso en un plato unas galletas de chocolate que había hecho ella misma y se dirigió a la casa de Jake

Wainwright. Le llevaría un regalo de paz y en el futuro trataría de congraciarse con él.

Hacía una noche tranquila y sólo el suave susurro de la brisa entre las palmeras turbaba el silencio. La primera noche Lacey sintió cierta inquietud, pues estaba habituada al ruido, a las luces brillantes y a la intensa actividad de una gran ciudad, pero muy pronto se acostumbró. Le encantaba pasear por la playa, de día o de noche.

Incluso se había divertido jugando con los niños y sonrió al recordarlo. Delante de ella, la amplia casa se levantaba en la oscuridad y unas luces brillaban en la parte posterior. Llamó a la puerta principal y esperó. Podía escuchar el suave rumor del mar; estaban a unos cientos de metros de la playa occidental de Barbados. También podía percibir el olor a sal del océano en la brisa, mezclándose con el dulce aroma de los jazmines, y se sintió deleitada por el escenario y oportunidad de estar allí. Volvió a llamar, en esa ocasión con más fuerza. Justo en ese instante, se abrió la puerta.

—¡Usted! ¿Qué es lo que quiere ahora? —encendió la luz del pórtico y se la quedó mirando.

Lacey le sostuvo la mirada. Él sólo llevaba puesto un pantalón corto. Su pecho tenía el mismo tono bronceado de su rostro; era musculoso y fuerte.

—¿Qué sucede ahora? —repitió impaciente.

Lancey sintió que se ruborizaba al darse cuenta de que no había dejado de mirarlo. También comprendió que su anterior intuición era correcta; el cuerpo de Jake Wainwright era perfecto. La invadió una sensación muy peculiar; había deseado verlo en traje de baño y lo que llevaba puesto en ese momento era casi lo mismo. De pronto, experimentó el anhelo de tocarlo; ansiaba acariciar ese cuerpo. ¿Se estaría volviendo loca? Tragó saliva y trató de sonreír. Nunca antes había experimentado algo parecido.

—Le traigo un regalo de paz… por haber invadido su propiedad —le tendió el plato, sosteniéndolo con firmeza con ambas manos.

—Tal vez no se ha dado cuenta de ello, pero son más de las once de la noche.

¡Estaba dormido y no me gusta que me despierten para ofrecerme unas galletas!

Lacey sintió que su mirada la atravesaba hasta lo más profundo. De pronto comprendió lo que él acababa de decir.

—Lo siento, no me di cuenta de que era tan tarde.

—Veo que se ha cambiado —su voz adquirió un tono sarcástico mientras la recorría con la mirada. Se apoyó en el marco de la puerta, estudiándola.

De nuevo, Lacey experimentó una extraña excitación.

—Sí, yo…

—Pudo ahorrarse la molestia. No quiero las galletas, ni nada más que usted me ofrezca. ¡Lo único que quiero es irme a la cama, solo!

—Pues bien, estoy segura de que esa es la única forma en que usted puede irse a la cama ¡con una actitud semejante! —le hundió en el estómago el plato de galletas y lo soltó antes de saber si él lo tomaría o no. Se dio la vuelta y, como si el diablo la persiguiera, corrió hacia su cabaña, furiosa. Cerró la puerta con fuerza y empezó a pasear de un lado a otro.

«¡Qué hombre más prepotente!», exclamaba para sí.

Golpeó el suelo con un pie y tomó un cojín del sofá para arrojarlo al otro extremo de la habitación. Había ido a hacer las paces y él la había insultado. No volvería a tratar de entablar amistad con él, pasara lo que pasara. En el futuro no estaría dispuesta a soportar sus insultos. Lo consideraba insufrible, prepotente y grosero. Apretó los puños y, poco a poco, se fue calmando.

Luego cruzó por su mente un destello de humor. En vez de mejorar las cosas con su oferta de paz; las había empeorado. Tal vez él pensaba que ella había tramado todo el episodio. Sonrió al pensar en lo que él debió de sentir cuando lo despertó de su profundo sueño para ofrecerle unas galletas. No se había dado cuenta de lo tarde que era; de lo contrario, habría esperado hasta la mañana siguiente. Él estaba cansado después del viaje y sólo quería dormir.

La imagen de Jake Wainwright, dormido en su cama, la hizo sentir una oleada de calor. Se preguntó si dormiría desnudo; sospechaba que sí. El sonido del timbre interrumpió sus pensamientos. Lacey titubeó un momento y después, curiosa como era y sospechando quién podría ser, cruzó la habitación.

Abrió la puerta y se encontró frente a Jake, que la recorrió con

la mirada. Ella pudo distinguir una línea roja en su abdomen, donde le había golpeado con el plato.

El mismo plato que ahora él sostenía en la mano izquierda.

—No quiero sus galletas. ¿Sabe? Podría acusarla de lesiones.

—Debido a que usted me provocó, estoy segura de que el juez me dejaría en libertad —le quitó de la mano el plato de galletas y lo dejó sobre una mesa cercanaSi eso es todo, no quiero impedirle que vuelva a su cama… su solitaria y valiosa cama.

—¿Todavía quiere un lugar en ella? —le preguntó con voz suave mientras la recorría con la mirada; al fin sus ojos se detuvieron en las ruborizadas mejillas de Lacey.

—Me parece que fui yo quien se marchó; usted ha venido aquí. ¿Está buscando algo que no puede tener? —la joven lo miró desafiante.

Él entornó los ojos y la estudió durante un largo rato.

—¿De dónde es usted? —le preguntó.

—De California. ¿Por qué?

—Eso explica ciertas cosas. La típica chica libre y despreocupada de California.

Aquí en Barbados somos un poco más conservadores, más formales.

—¡Puedo verlo por la ropa que lleva! Por lo menos yo me puse un vestido para ir a visitarlo… mientras que usted apenas está decentemente vestido con ese pantalón corto —lo recorrió con la mirada, pero le resultó casi imposible mirarlo a la cara. Alzó entonces la cabeza y vio que él seguía observándola, con los párpados entornados—. Además, usted parece tener predilección por los clichés y los tópicos

—continuó, consciente de que él la había sorprendido mirándolo.

—¿No practica usted el surf? —preguntó él.

—Sí, pero…

—¿Y no es de California? —la interrumpió.

—¡Sí! Pero eso no significa que sea una chica libre y despreocupada. Creo que debería marcharse —murmuró ella, enfrentándose con valor a su mirada—. No me importa lo que pueda desear usted de mí —añadió.

—Lo único que quiero es dormir. Acabo de llegar de Inglaterra

en avión y estoy cansado e irritable. Mi avión se retrasó, mi jardín ha sido invadido por unos bribones y justo cuando pensaba que podría dormir un poco, usted me despierta y me pega.

—¡Oh, pobrecito! ¿Quiere que lo bese para que se sienta mejor? —el tono de Lacey destilaba sarcasmo.

Nada de lo sucedido le parecía tan terrible, pero él le concedía demasiada importancia.

Un destello de fuego iluminó los ojos de Jake. Dio un paso hacia ella y la tomó de los brazos, sin dejar de mirarla. La joven aspiró profundamente, fascinada. Su corazón latía apresurado. Con los ojos muy abiertos le sostuvo la mirada y se humedeció los labios con la lengua.

—Por muy atractiva que sea su oferta señora Stanford, creo que no nos conocemos lo suficiente para esa clase de intimidades.

Lacey sintió una oleada de calor. Fijó la vista en su boca y luego la apartó antes de ceder al extraño anhelo de acercarse más a ese hombre. ¡Por todos los cielos, acababa de conocerlo! ¿Qué estaba haciendo? ¿Coqueteando con él?

—Ahora me voy a casa. Quiero estar solo. ¿Podrá permitirme eso?

—Sí —asintió ella, aún desconcertada por su cercanía. Fijó la vista de nuevo en su boca, luego en sus ojos y se ruborizó. «Por favor», rezó, «que no se dé cuenta de lo mucho que deseo que me bese».

Él la estudió durante largo rato; sus ojos parecían cada vez más azules. Al fin la soltó y se dio la vuelta para alejarse. Se detuvo al llegar a la puerta y la miró de nuevo.

—Gracias por su oferta; tal vez la acepte la próxima vez —dijo sonriendo y salió.

Lacey se quedó inmóvil. «¡Ese hombre es el más descarado del mundo!» se dijo.

¡Realmente se había creído que ella había estado a punto de besarlo! trató de acallar la vocecita que le decía que no lo habría hecho porque no había tenido oportunidad.

Se dirigió hacia la ventana y miró hacia afuera. Él caminaba por el sendero de grava hacia el pórtico de su casa. Ni siquiera se había puesto zapatos en su prisa por enfrentarse a ella. Lacey suspiró y se apartó de la ventana cuando él entró y cerró la puerta. No creía

haber salido muy bien librada de ese encuentro. ¿Estaría condenada a comportarse como una tonta delante de ese hombre?

Sin embargo, su último pensamiento antes de conciliar el sueño fue la sensación de las manos de Jake sobre sus brazos, y sus ojos de un color azul intenso.

Capítulo 2

Lacey se despertó a la mañana siguiente al sentir el calor de los rayos del sol que se filtraban a través de su ventana. Era lo mismo cada mañana, mejor que un despertador, pensaba mientras se estiraba bajo la fina sábana. Minutos después se levantó para darse una ducha. Esperaba pasar un día tranquilo en la playa.

Mientras se cepillaba el cabello, contempló el mar a través de la ventana. Las altas palmeras que bordeaban la playa se distinguían con claridad, balanceándose bajo la brisa matutina, con su tono verde intenso recortado contra el azul del cielo.

Más cerca de la casa, los hibiscos de un rojo sangre y las buganvillas le daban un color vibrante de vida a su jardín y al de la casa contigua, aquella que sabía que no debería volver a visitar.

Por un instante, recordó los dos encuentros de la noche anterior, pero no era propensa a recordar los momentos embarazosos.

Después de desayunar, se dirigió a la desierta playa. Extendió su toalla a la sombra de una palmera y se quitó la camiseta. Luego corrió hacia el mar y se zambulló. El agua estaba tibia y clara como el cristal, de un color turquesa pálido. La arena de la playa era fina como el talco, con un ligero tono rosado debido al coral de la isla.

En el lado oeste de Barbados, las aguas eran tranquilas como las de un lago. La costa este de la isla era el escenario de las grandes olas y de la poderosa corriente del Atlántico. Lacey estaba acostumbrada a eso, pues había practicado surf en las playas de California y Hawai, pero disfrutaba con las suaves olas del Caribe. Se dijo que ya habría tiempo suficiente para visitar la playa del Atlántico; por el momento, ese lugar era idílico.

Nadó, tomó el sol y comió a la sombra de la palmera. A medida que fue avanzando la tarde, empezó a sentir calor y comprendió que ya había gozado suficientemente del sol. Recogió sus pertenencias y se dirigió a la cabaña. Se encontró con que la puerta trasera estaba cerrada con llave. No recordaba haberla cerrado.

Dejó en el suelo la toalla y la cesta de la comida y buscó la llave en su bolso de playa.

No encontró ninguna llave. Maldiciendo en silencio, se preguntó qué habría hecho con ella. Meditó un momento y llegó a la

conclusión de que debía estar encima de su tocador. ¿Cómo podría entrar? Examinó las ventanas. No había ninguna abierta en el piso inferior. La puerta principal también estaba cerrada con llave.

Lanzó una mirada rápida a la casa de sus vecinos y descubrió que los Danby no estaban allí; no veía su coche. Desolada, se preguntó qué podría hacer. Miró con expresión especulativa la casa de Jake. Su coche negro estaba en el sendero, así que él debía de hallarse en casa. ¿Tendría una llave de la cabaña? se preguntó. Indecisa, volvió a contemplar la casa. Él le había hecho unos comentarios desdeñosos la noche anterior. ¿Se atrevería a pedirle ayuda? Pero, ¿qué otra opción tenía? ¿Quedarse afuera hasta que volvieran los Danby?

Podría romper el cristal de una ventana para entrar. Pero eso sería absurdo si Jake Wainwright tenía una llave, y lo único que ella tenía que hacer era pedírsela.

También podría llamar a un cerrajero, pero para eso necesitaba un teléfono. Además, eso llevaría tiempo. Si Jake, como vecino, tenía una llave, ella podría abrir la puerta en un santiamén.

«Preferiría enfrentarse a una horda de salvajes antes que pedirle algo a él», pensó mientras caminaba por el sendero de grava. «Por favor, que me entregue la llave sin necesidad de hablar mucho», rezaba.

Llamó a la puerta y, un momento después, Jake apareció frente a ella. Parecía más alto que la noche anterior, pero su atuendo no había cambiado; sólo llevaba un pantalón corto de color oscuro. Lacey se pasó la lengua por los labios resecos y alzó la vista para encontrarse con su mirada, de pies a cabeza, dejando que sus ojos se detuvieran en sus senos, en sus caderas y en sus largas y bronceadas piernas.

Una oleada de calor invadió todo el cuerpo de Lacey mientras él la estudiaba.

Esa mañana se había trenzado el cabello, pero sabía que algunos mechones se le habían soltado y le caían sobre la cara. Cuando Jake le miró las piernas, la joven contuvo el poderoso impulso de estirarse la camiseta y deseó llevar puesto un vestido largo que la cubriera desde el cuello hasta los tobillos. En vez de ello, sólo llevaba la camiseta de su hermano. Pensó que debía de parecer un saco de patatas.

El silencio se prolongó durante casi un minuto. Ella se vio obligada a hablarle del motivo de su visita, pero antes aspiró profundamente.

—Siento molestarlo, pero tengo un problema… no puedo entrar en la casa. ¿No tiene usted una llave de la cabaña de la señora Tuttle? Si no es así, ¿podría usar su teléfono para llamar a un cerrajero?

Él pareció sorprendido y entornó los párpados al escuchar su petición. Luego abrió la puerta de par en par y se apartó indicándole que entrara. Lacey pasó a su lado y, de manera involuntaria, rozó con un brazo su pecho musculoso cuando entró en el fresco vestíbulo. Aspiró profundamente, inquieta por la reacción de su propio cuerpo. Era como si todas sus terminales nerviosas ansiaran prolongar ese contacto, sentir su piel contra la de ella. Estremecida, se dijo que tenía que superar esa fijación.

Deseaba dar media vuelta y huir, y en vez de ello se veía obligada a enfrentarse a ese hombre.

—¿Tiene una llave? —preguntó con rigidez, deseando alejarse de allí.

—¿Cuánto tiempo piensa permanecer aquí? —quiso saber él, ignorando la pregunta.

—Sólo el tiempo suficiente para que me entregue la llave.

—No, me refiero a Barbados.

—Sólo alrededor de un mes.

—¿Su marido se reunirá pronto con usted?

—No estoy casada —replicó ella con el corazón acelerado.

—¿Divorciada?

—Nunca he estado casada.

—Bien, de cualquier forma, su forma de abordarme es más original que otras —murmuró él, mirándola.

—¿Qué forma de abordarlo? ¿De qué está hablando? —por un momento, la joven se preguntó si él sentiría alguna curiosidad por su persona, pero luego movió la cabeza. El hecho de que él le estuviera preguntando por su marido no quería decir que estuviera interesado en ella.

—He tenido mucha experiencia con las damas que parecen tan desvalidas.

Pensé que antes le había aclarado mi posición, pero por lo visto

no fue así. ¡No estoy interesado en usted!

Lacey se quedó desconcertada. Se preguntó de qué estaba hablando. De pronto comprendió y experimentó una intensa cólera.

—Discúlpeme por haberlo interrumpido, señor Wainwright. Creí que era un caso de urgencia, pero obviamente me he equivocado. ¡Me iré ahora mismo!

—Y si la casa está cerrada, ¿cómo se propone entrar? ¿O sólo era un truco para venir a mi casa? —preguntó él con un tono todavía más duro y desconfiado.

—¿Sabe una cosa? Usted está loco. ¿Por qué querría venir a su casa? Podría encontrar un pretexto mejor para verlo, si quisiera, pero no es así. ¡Y sí, es cierto que no puedo entrar en mi casa!

—¿Qué va a hacer, entonces? —Jake se apoyó contra la pared, con los brazos cruzados y mirándola fijamente.

—¿Debo entender que usted no tiene una llave de la cabaña?

—Definitivamente no. Cuando vengo aquí, trato de evitar a los turistas y no establezco ninguna relación con ellos.

—Entonces esperaré en el jardín a que vuelvan los Danby y usaré su teléfono para llamar a un cerrajero. ¡No le impondré mi presencia ni un minuto más! —se dio la vuelta para dirigirse a la puerta.

—Y si no vuelven esta noche? —preguntó él con desden.

—Entonces romperé el cristal de una ventana y entraré. De cualquier forma, señor Wainwright, no quiero molestarlo más —abrió la puerta y con la cabeza bien alta, bajó los escalones del pórtico.

—Oh, por el amor de Dios… —y cerró de un portazo.

Lacey recorrió el sendero, furiosa. ¿Pensaría que quería arrojarse en sus brazos?

¿Estaría tan acostumbrado a que las mujeres lo hicieran que cada vez que una se acercaba a él de inmediato pensaba que quería conquistarlo? ¡Vaya un tipo egoísta y vanidoso! Primero la noche anterior y ahora esta tarde. ¡En el futuro se mantendría alejada de él!

Un crujido detrás de ella la hizo detenerse. Jake la seguía, con una pequeña caja de herramientas en una mano y el ceño fruncido. Ella se mantuvo firme al verlo acercarse y alzó una ceja, mirando primero la caja y luego a él.

—No permitiré que se quede el resto de la tarde esperando afuera con este sol sólo porque los Danby no están en casa. La ayudaré a entrar —dijo él.

—Yo me las arreglaré sola —alzó la barbilla y lo miró colérica. No estaba dispuesta a soportar su actitud condescendiente.

—Por lo que veo, puede hacerlo muy bien. ¿Tiene siquiera la edad suficiente para estar aquí sola?

Jake se detuvo al llegar a su lado y la tomó de la barbilla, alzándole la cara. La joven sintió sobre su piel sus dedos cálidos, extrañamente suaves.

Estudió cada centímetro de su rostro y de pronto en sus ojos brilló un destello de diversión.

—Parece tener unos veinte años y ni siquiera posee el suficiente sentido común para ponerse algo en la nariz y evitar las quemaduras del sol. Cierra con llave la casa y se queda fuera, y luego tiene que recurrir a alguien a quien no quiere ver para que la ayude, y dice que puede arreglárselas sola. Lo único que me sorprende es que haya logrado llegar a Barbados. ¿Cuántos años tiene?

Lacey quería responderle con desdén, pero no podía hablar. Abrió mucho los ojos mientras lo miraba; la sensación de sus dedos sobre su piel le producía una especie de descarga eléctrica. No podía pensar ni hablar, sino sólo mirar a su verdugo deseando encontrar una réplica astuta.

—Los suficientes como para poder venir aquí y arreglármelas bien sola —contestó, cautivada por su contacto y por su expresión intrigada.

—¿Sabía que sus ojos cambian de color? —la voz de Jake era suave, profunda, hipnotizadora—. Antes eran grises; ahora son azules.

Lacey lo miró a los ojos y sintió que se ahogaba en sus profundidades. Su corazón latía acelerado y ansiaba deslizar los dedos por su piel, acariciar su musculoso pecho, enredarlos en su vello… Aspiró profundamente y trató de responder.

—Sí, lo sé. ¿Va abrir la puerta? —su voz era tensa y frunció el ceño.

Entonces Jake apartó la mano y se alejó.

—Sí, la ayudaré a entrar en su casa. Después tal vez podré hacer

algo sin que me interrumpa constantemente. ¿Ha estado en la playa?

—Sí. ¿Usted va alguna vez a la playa? —preguntó ella, sintiéndose víctima de la injusticia de él. No era cierto que lo interrumpiera constantemente… la noche anterior en realidad no contaba. ¿Cómo podía saber que él ya se había acostado?

Caminó a su lado dirigiéndose hacia la puerta trasera, y volvió ligeramente la cabeza para poder observarlo mientras andaba. Sus movimientos eran frágiles, fluidos, casi felinos.

—Por supuesto. A decir verdad, voy con mucha frecuencia —se volvió hacia Lacey y recorrió con la mirada sus largas piernas bronceadas—. ¿Usted ha ido mucho?

—Voy todos los días —respondió ella mientras veía cómo dejaba la caja cerca de la puerta para sacar algunas herramientas.

—Lo recordaré —comentó él con tono seco.

«¿Para que pueda ir cuando yo no esté allí? ¿O para encontrar otra playa durante las pocas semanas que yo permanezca aquí?», se preguntó ella mientras lo observaba. Hasta ahora no había demostrado ningún interés por ella. Eso la irritó.

Lacey solía hacer amigos con facilidad, pero ese hombre era imposible.

Deliberadamente, interpretaba todo lo que ella hacía de la peor manera posible.

Retirando con cuidado un cristal de la puerta, Jake introdujo una mano y descorrió el pestillo. Después de abrir la puerta, se apartó y le indicó a ella que entrara. Cautelosa, la joven evitó rozarlo al pasar, consciente de la cercanía de su cuerpo. Estaba a punto de felicitarse por su control cuando se dio cuenta de que él la miraba fijamente.

—Gracias —le dijo, evitando mirarlo a los ojos—. Siento haberlo molestado —añadió con tono formal.

—Usted es un verdadero problema… ¿cómo puede trabajar un hombre si lo distraen constantemente? —comentó casi para sí mismo al arrodillarse para volver a colocar el cristal en su lugar. Cuando terminó, alzó la vista para descubrir que ella seguía observándolo.

Lacey miró la puerta y luego volvió a fijar la vista en él, sin poder evitarlo. Sus ojos se sentían atraídos hacia ese cuerpo casi

perfecto, hacia esos ojos de un azul sorprendente que contrastaban con su tez bronceada.

—Gracias de nuevo —replicó con suavidad.

—Ate la llave a un cordón y póngaselo alrededor del cuello. Así no la perderá en la playa —sugirió él.

Lacey se acercó más, fingiendo estudiar el cristal de la puerta, consciente de su cercanía y de su mirada fija en ella. Se sobresaltó cuando él deslizó un dedo a todo lo largo de su muslo; el contacto fue como hielo y luego como fuego sobre su piel. Abrió mucho los ojos y se quedó mirándolo.

—Está muy bronceada. ¿Vive acaso en alguna playa de California? —preguntó él, poniéndose lentamente de pie y dominándola con su estatura, demasiado cerca de ella.

—No. A unos quince minutos de distancia, en coche. Voy siempre que puedo, pero no lo hago a menudo —buscó algo más que decir, e involuntariamente retrocedió un paso. Necesitaba espacio si quería pensar con claridad—. ¿Quiere unas galletas? —preguntó al ver encima de la mesa de la cocina el plato que había dejado allí la noche anterior.

—Esas galletas eran un intento de soborno por haber invadido mi propiedad.

—Era una oferta de paz por haberlo molestado con nuestra intrusión… lo que no es lo mismo. ¿Quiere las galletas o no?

—No —se acercó más.

Lacey apenas podía respirar. Era tan alto que la dominaba. El corazón se le aceleró y la invadió un extraño sentimiento de expectación; no podía moverse.

Estirando los brazos, Jake deslizó las manos debajo de la camiseta de ella, y las apoyó sobre su cintura, acercándola hacia sí y mirándola a los ojos. La joven sintió el contacto como una quemadura y la invadió una oleada de calor y deseo. Sentía las piernas débiles y el corazón le latía apresurado.

Lacey aspiró profundamente, pero cada vez le resultaba más difícil hacerlo.

Necesitaba decirle que se detuviera, que retirara las manos. La energía que emanaba de sus dedos parecía correr por todo su cuerpo, privándola de toda cordura. Sentía el cuerpo sacudido por pequeñas descargas de excitación. Abrió la boca para protestar,

pero no tuvo oportunidad, pues Jake cubrió sus labios entreabiertos con los suyos, firmes y exigentes. Delineó con la lengua el contorno de sus labios, titubeando un momento como si solicitara su autorización antes de deslizarse más allá de la barrera de sus dientes, provocándole sensaciones que ella nunca antes había experimentado.

Sus emociones parecían subir en espiral a cada momento que transcurría.

Sin pensarlo, Lacey levantó las manos hasta sus hombros para luego enredar los dedos en su cabello. Por su parte, él deslizó las manos a lo largo de su espalda. Sus dedos trazaban senderos de placer sobre su piel y sus labios cálidos creaban un caos en sus sentidos. Nunca nadie la había besado ni acariciado de esa forma, de modo que Lacey perdió el contacto con la realidad y con todo el pensamiento sensato.

Con la camiseta a medias levantada, su piel sintió el calor de la de Jake y experimentó un intenso goce con ese contacto. De pronto él retiró las manos de su espalda y, sujetándola de los brazos, la apartó. Lacey se ruborizó y lo miró atemorizada. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué no protestó y se apartó de él? ¿Acaso no tenía ningún control sobre sí misma?

—Creo que eres una hechicera —murmuró él con la mirada fija en sus labios.

Sus respiraciones se confundieron y Lacey parpadeó, volviendo lentamente a la realidad.

—¡Por lo menos no soy una arpía! —estalló ella, furiosa consigo misma por haber permitido que ese hombre la deslumbrara.

—Ya habrá tiempo suficiente para averiguarlo —replicó él, divertido por su respuesta.

Lacey se liberó de sus manos, volviendo la cara hacia otro lado y bajándose la camiseta hasta donde le fue posible. Se dijo que no tenía por qué reaccionar de esa forma ante su contacto y tampoco podía fingir que no lo había hecho. Él sabía hasta qué grado había respondido, sabía que había sido él quien puso fin al beso, no ella.

Miró hacia adelante sin ver nada.

—¿De manera que ésta ha sido su manera de cobrar los servicios? —le preguntó ella con frialdad, moviéndose por toda la cocina. Deseaba huir de su cercanía.

—No necesito hacer nada a cambio de un beso, señora Stanford. Pero aceptaré eso como una forma agradable de darme las gracias por haberla ayudado a entrar en su casa.

—Yo me las habría arreglado sola —declaró ella, mirando sin ver a través de la ventana las coloridas flores del jardín trasero. Sólo podía sentir el torbellino de sus sentidos, el calor que todavía permanecía en su boca.

—¡No lo habría logrado! Se habría quedado fuera hasta que oscureciera, sólo por su estúpido orgullo.

Colérica, ella se volvió para mirarlo.

—¡No! Habría podido entrar sin su ayuda. Pero usted me obligó a aceptarla y ahora jamás lo sabrá, ¿no es cierto?

—No —él rió—. Tendrá que hacer algo más para demostrarme su capacidad.

—¡No tengo que demostrarle nada! —Lacey movió la cabeza y lo miró colérica.

Le habría gustado borrar esa sonrisa de su rostro. Trató de avivar su furia, alimentándola con todos los males que podía atribuirle, para disimular su propio desconcierto.

—Creo que tiene razón —su expresión cambió de divertida a indiferente—. En el futuro, siempre lleve consigo su llave. Y si hace algo bien, envíeme una nota para informármelo. Adiós, señora Stanford —recogió su caja de herramientas y se alejó sin mirar atrás.

Lacey lo vio marcharse y, a toda prisa, atravesó la cocina para cerrar la puerta.

Aún furiosa, empezó a revivir el momento en que él la besó. Interminablemente, como un disco rayado, recordó ese beso. Y el calor que invadió su cuerpo no tenía nada que ver con la cólera.

Antes la habían besado, muchas veces. ¿Por qué entonces ese beso en particular la había afectado tanto? Aún se sentía mareada, como si estuviera en el otro mundo.

¿Y todo porque un hombre la había besado?

Se dijo que, con veintiséis años, ya no era una jovencita para dejarse seducir por un mujeriego atractivo. Ella se había defendido de algunos de los hombres más atractivos del sur de California; no iba ahora a enamorarse de un habitante de Barbados al que había conocido durante sus vacaciones.

«¿Qué hay de tu respuesta?», le preguntó una voz interior. Volvió a ruborizarse y salió a toda prisa de la cocina, deseando borrar ese recuerdo de su mente. En el futuro estaría en guardia… ¡No más besos y definitivamente ninguna respuesta más de su parte!

Mientras permanecía bajo el chorro de agua caliente, repasó la forma en que debió controlar las cosas. Pudo encontrar una forma de entrar en la casa sin recurrir a Jake Wainwright.

Como ayudante de producción de *Many Lives and Loves*, una de las telenovelas diurnas más populares del país, tenía que ser creativa. Aunque sólo tenía veintiséis años, ocupaba un puesto de responsabilidad. Habría podido solucionar el problema de ese día sin la intervención de su arrogante vecino, si lo hubiese pensado por un momento. Pero no pensó en nada, como no fuera en pedir su ayuda.

«¿Por qué?», se preguntó.

Capítulo 3

Lacey se pasó la noche sin dormir, soñando con Jake Wainwright y con sus besos. Al fin concilio el sueño y se despertó de pronto, aún envuelta en la magia del momento.

Ese día iría de compras a Bridgetown y visitaría algunos lugares de interés en la capital de la isla. Estaba segura de que los museos y los lugares históricos le resultarían interesantes y tal vez encontraría algunos parques para seguir examinando la variedad de flores que crecían con tanta profusión en la isla.

Estudió algunos folletos que Suzanne le había enviado y descubrió que podría, pasear por el muelle y observar las embarcaciones ancladas en el puerto. Eso cautivó su imaginación. Se sintió complacida con esa idea, que además la mantendría alejada de su vecino.

Hacía un día hermoso y soleado. La carretera que llevaba a la ciudad bordeaba la costa y las frondosas palmeras proyectaban sus siluetas contra el límpido cielo azul. Los blancos edificios de Bridgetown tenían un aspecto refrescante y acogedor cuando Lacey se aproximó al centro de la ciudad.

La joven aparcó su coche y se dirigió a la calle Broad para visitar las incontables tiendas del barrio comercial de Bridgetown. Luego decidió comer cerca del muelle y observar las embarcaciones ancladas en el puerto, así que siguió caminando por la calle Broad hasta llegar a la plaza Trafalgar y al muelle. Le habían comentado que era el mejor lugar para admirar los yates que llegaban a Barbados y que allí había varios cafés donde se podía comer.

Cruzó la calle y no tardó en encontrar un pintoresco café con vista al puerto.

Eligió una mesa en la sombra, se instaló de manera que pudiera observar las embarcaciones y pidió una comida ligera. Contempló el escenario, agradecida por su buena suerte al haberle permitido la tía Suzanne que usara la cabaña. Estaba disfrutando de sus vacaciones. Barbados le brindaba la belleza que ansiaba, el escenario tranquilo que necesitaba para su tranquilidad e interminables kilómetros de playas desiertas. Estaba cada vez más bronceada después de aquellos días tomando el sol y encontraba

una energía adicional en ese ambiente saludable.

Cuando vio a dos jovencitas que pasaban frente a ella con unos helados, pensó que ése era el postre que quería para terminar su comida. Divisó un puesto de helados un poco más adelante, en la misma calle. Dejando sus paquetes sobre una silla, se dirigió a comprar un helado doble de chocolate y regresó a su mesa. Al ver que alguien parecía dispuesto a ocuparla, apresuró el paso para impedirlo, sus compras aún estaban en la silla. Entonces, tratando de esquivar a otro peatón, tropezó con Jake Wainwright.

Jake acababa de cruzar la calle e iba impecablemente vestido con un traje de verano gris, camisa azul claro y corbata de un tono más oscuro. Presentaba una apariencia inmaculada, excepto por el helado de chocolate que se derretía, escurriéndose a lo largo del pantalón.

Lacey lo miró consternada al darse cuenta de que su apresuramiento había sido la causa de ese nuevo desastre. El inmaculado traje estaba ahora manchado de helado. Mientras ella lo contemplaba horrorizada, el helado seguía deslizándose a lo largo del pantalón y cayó encima de un zapato. La joven cerró los ojos, consternada, pero sólo por un segundo. Luego los abrió y tomando varias servilletas, se inclinó ante Jake.

—¡Oh, Dios cuánto lo siento! Permíteme que te limpie la mancha —involuntariamente, lo tuteó. Intentó limpiarle el helado con una servilleta.

Una mano de hierro se apoderó entonces de su muñeca, apartándola. En ese mismo momento, Lacey se dio cuenta de lo cerca que había estado su mano de…

—Creo que yo puedo hacerlo —su voz sonaba divertida.

Lacey alzó la vista para mirarlo, incapaz de interpretar su expresión, pues llevaba gafas oscuras.

—Lo siento —volvió a decir, contemplando la mancha del pantalón. Su mirada se detuvo en la camisa azul que cubría su fuerte pecho. Sintió una extraña opresión en el estómago y luego en el corazón. No podía apartar la vista.

Jake no dijo una palabra, pero la llevó hacia la mesa donde ella estaba comiendo. La pareja que pretendía ocuparla había encontrado otra.

—Siéntate —seguía sujetándole la mano, mientras acercaba otra

silla a la mesa.

Se sentó, la miró y luego desvió la vista hacia el helado que ahora formaba un charco en la acera—. Deberías hablarme de nuevo de lo lista que eres. Tengo problemas para recordarlo —su tono era resignado y un tanto divertido.

Lacey asintió, con la mirada fija en la mano que sujetaba su muñeca. Sentía un extraño hormigueo en el brazo bajo ese contacto. Aspiró con fuerza, tratando de calmar sus nervios. Recordó el momento en que se inclinó para limpiarle la mancha del helado y se ruborizó. Tiró un poco y él la soltó al fin. Lo miró y deseó que se quitara las gafas para verlo y saber lo que pensaba.

—Siento el accidente —señaló la servilleta que sostenía entre sus dedos—. Sólo trataba de volver antes de que ocuparan mi mesa.

Él miró a su alrededor, pero no vio a nadie esperando una mesa. Luego se volvió para mirarla.

—Después, sólo quería quitarle la mancha… no pretendía insinuarme. En California somos un poco más informales… quizá tú también deberías tranquilizarte un poco —añadió, queriendo suavizar la tensión.

—También somos informales en Barbados, Lacey —sonrió—. ¿Quieres que te lo demuestre después?

Su tono era lo suficientemente seductor como para encender su imaginación y Lacey se preguntó qué haría él si ella aceptaba. Entonces recordó el beso de la cocina y desvió la mirada, en silencio. No sabía qué decir para romper ese silencio, hasta que Jake llamó al camarero.

—¿Quieres algo de beber? —le preguntó él.

—Gracias, otro té helado.

Él pidió dos y luego añadió:

—Y tráigame un trapo limpio.

El empleado se movió con presteza y Lacey se disgustó consigo misma por no haber pensado antes en el trapo. Unos minutos después, el camarero volvió con dos tés helados y dos trapos. Jake tomó uno y empezó a limpiarse la mancha de helado, sin dejar de mirar a Lacey.

—Lo que debería hacer es quitarme el pantalón y lavarlo, pero presentaría una imagen demasiado extravagante sentado aquí en ropa interior.

La joven empezó a reír ante esa imagen absurda. Él sonrió ligeramente y tomó el otro trapo. Lacey no podía decidir si la molestaba o la alegraba la presencia de Jake. Antes de que pudiera decirlo, él se quitó las gafas y se frotó los ojos. Luego las dejó sobre la mesa, bebió un sorbo de té y la miró con expresión especulativa.

—¿De nuevo has intentado impresionarme? —preguntó.

Lacey contestó apresurada:

—No sabía que estuvieras allí. Creo que debiste apartarte.

—Así que ahora la culpa es mía —replicó él con tono suave.

—No, no seas tonto. Tienes razón, debí ver por dónde iba, pero tenía prisa y no me fijé. Siento lo de tu traje… envíame la cuenta de la tintorería.

—Lo haré —le prometió él—, pero eso no me servirá de nada el día de hoy. Me dirigía a una cita.

Ella se sintió culpable por haber alterado sus planes. Jake estudió su expresión desolada, suspiró y bebió otro sorbo de té.

—Por lo menos hace un día muy bueno y no ha llovido, aunque han pronosticado una tormenta antes de que anochezca.

Siguió un largo momento de silencio y luego Lacey comentó:

—Este lugar es muy agradable; nunca antes había estado en un café al aire libre.

—¿No hay ninguno en California?

—Sí, pero no donde yo trabajo —lo miró a los ojos y sonrió cohibida—. ¿Has estado trabajando hoy?

—Sí.

—¿Tienes que ir a alguna parte?

—Puedo disponer de unos minutos para sentarme aquí; ahora ya no podré acudir a mi cita —miró brevemente la mancha de chocolate.

—¿Qué es lo que haces para poder disponer de algo de tiempo? —le preguntó ella, ansiosa por averiguar algo más de él y deseando que olvidara su descuido.

—¿Crees que estoy perdiendo el tiempo? —la miró burlón—. Sólo es una pausa.

Me dirigía a una junta y ahora tendré que llamar para hacerles saber que no iré. No puedo presentarme así.

Avergonzada, Lacey bajó la cabeza y Jake sonrió con expresión sardónica.

—Trabajo muchas horas, no sólo de nueve a cinco. Si quiero hacer una pausa, la hago.

—¿Dónde trabajas? —le preguntó ella.

—En The Chandlery —respondió.

—¿Importaciones y exportaciones? —Lacey se sorprendió al reconocer ese nombre. Lo había oído en los Estados Unidos antes de viajar a Barbados; era una empresa muy conocida.

Jake asintió.

—¿Qué haces allí? —la joven miró su valioso traje y el reloj de oro que lucía en la muñeca. Pensó que, obviamente, debía de ser un trabajo muy bien pagado.

—Me dedico a administrar la empresa. Soy el propietario.

Ella parpadeó sorprendida; no se había esperado de eso. Volvió a mirarlo. Se dijo que no era de sorprender que tuviera una casa tan grande; debía de tener mucho dinero.

—Como si no lo supieras —murmuro él.

—¡No lo sabía! —exclamó Lacey.

—Eso dices tú. Pero la señora Tuttle lo sabe todo acerca de mí, de mi familia y de la historia referente al negocio y no es la clase de mujer que se guarde esa información; estoy seguro de que se lo cuenta a sus huéspedes cuando les habla del lugar.

Lacey no sabía cómo reaccionar ante esa acusación, pues eso era lo que parecía.

—Escucha, Jake, yo no sabía a qué te dedicabas —le aclaró con vehemenciaNo estabas cuando yo llegué a la cabaña. Si hubiese pensado en ello, habría supuesto que estabas de vacaciones.

—Era un viaje de negocios. Pero ahora que he regresado, necesito concentrarme en mi trabajo, no mezclarme con una turista que ha venido a pasar un tiempo aquí.

—¿Por qué piensas que yo querría pasar algún tiempo contigo? ¡Eres un hombre descortés e insufrible y tu vanidad es del tamaño de la isla entera! Aunque reconozco que eres un hombre atractivo —era una declaración demasiado modesta, pues era uno de los hombres más atractivos que había visto en su vida—. ¡Pero no eres un don de Dios para las mujeres y yo no te tomaría ni en bandeja de plata!

—¿Así que ahora te haces la inocente? ¿Qué me dices de lo que haces constantemente para atraer mi atención? Coquetear,

interrumpirme…

—¿Coquetear? ¡Nunca lo hago! —exclamó Lacey, ofendida por esa acusación.

—Eres la joven más coqueta que he visto en mucho tiempo y vienes aquí con tus largas piernas bronceadas tus grandes ojos soñadores y tu cabello despeinado —la miró fijamente mientras continuaba—: y no puedo tener un momento de paz contigo cerca. ¿Cómo le llamas a eso? Estás de vacaciones aquí. ¿Qué haces en casa?

¿Coquetear con todos los hombres? ¿A eso lo llamas trabajar?

—¡Trabajo mucho y no coqueteo con nadie! Empiezo a trabajar a las siete y termino cuando la última cinta está completa. Eso puede llevarme diez horas o más cada día.

—¿Qué es lo que haces? —le preguntó él.

Lacey contempló las coloridas embarcaciones que se mecían junto al muelle. El agua parecía ligeramente aceitosa bajo la luz del sol. Poco a poco fue disminuyendo su cólera y aspiró profundamente. Pensó que el paisaje era demasiado hermoso como para estropearlo enfadándose.

—Soy ayudante de producción de *Many Lives and Loves*. ¿No has oído hablar de ese programa? —se volvió para mirarlo, ladeando la cabeza.

—No.

—Es una telenovela que ha tenido mucho éxito —declaró ella, orgullosa.

Jake pareció desconcertado, pero luego su expresión cambió al comprender lo que ella le estaba diciendo.

—Mi madre ve a veces las telenovelas. Yo nunca he visto una — repuso con voz dura.

—La mayoría de la gente que trabaja fuera de casa no puede verlas pues se emiten durante el día. La producción puede llegar a ser caótica. Cada día se filma un episodio. Pero sería más fácil si filmáramos aquí, de alguna manera, este lugar parece más pacífico —terminó Lacey.

—Demasiado pacifico para ti, estoy seguro. Se como trabajan las personas del mundo del espectáculo. Celebran fiestas hasta el amanecer, cambian de pareja, hacen cualquier cosa para conseguir publicidad, todo por una oportunidad… no les importa a quién

pisoteen para llegar a donde quieren. No me sorprende que te comportes de esa manera… eso explica muchas cosas.

Lacey lo miró sorprendida por su tono amargo.

—¿Comportarme de qué manera? —se dijo que no le había derramado intencionalmente el helado en el traje para atraer su atención… ¿eso era lo que él pensaba?

Él la miró durante un buen rato; luego se encogió de hombros y comentó:

—Pienso que aquí somos un poco más equilibrados. No luchamos tanto como parecen hacerlo los norteamericanos por el todopoderoso dólar. Nos tomamos nuestro tiempo para disfrutar de lo que conseguimos gracias a nuestro trabajo.

También somos leales con los amigos y somos gente de confianza.

Lacey se quedó extrañada por su tono, y se preguntó por qué estaba tan disgustado. Contempló el puerto y las embarcaciones. La gente que paseaba por las aceras parecía contenta; los vendedores de las tiendas eran amables e incluso el tráfico no parecía tan frenético. Se volvió para mirar a Jake. No podía imaginar a su propio jefe o a alguno de sus amigos haciendo una pausa a mitad del día para pasar algún tiempo con una conocida en un café al aire libre y bajo esas circunstancias. El tiempo era dinero. Ella estaba de acuerdo con el comentario de Jake; los habitantes de Los Ángeles no se tomaban las cosas con calma, siempre estaban demasiado preocupados por ganar más dinero. ¿Pero a qué venía eso de mencionar la lealtad y la confianza?

—No sé de qué estás hablando, pero en Los Ángeles somos leales y también somos gente de confianza —asentó—. Y las personas son ambiciosas, pero no a costa de los amigos.

—Guarda la ficción para tus telenovelas —rezongó Jake—. En una ocasión, estuve comprometido con alguien del mundo del espectáculo. Todo iba bien hasta que yo quise formalizar la relación, pero no en Hollywood. Entonces me dijo:

«Gracias por el paseo pero aquí me bajo pues lo que me atrajo de ti fue tu dinero. Si no vas a usarlo para satisfacer mis necesidades, adiós».

La historia dejó desconcertada a Lacey, al igual que la expresión amarga de Jake. ¡Qué terrible debió de haber sido eso para él! Se

dijo que tenia que referirse a Elizabeth Maltron.

—No todas las mujeres son así —protestó, deseando borrar esa expresión de su rostro. Era extraño, pero lamentaba su dolor.

—Las que no lo son escasean y no pertenecen al mundo del espectáculo.

—¡Eso no es cierto! Yo no te busco por tu dinero. Gano un buen salario y tengo lo suficiente para cubrir mis necesidades. ¡Tienes que quitarte esa idea de la cabeza!

—No te creo —replicó él—. ¿De qué otra manera lo llamarías tú? ¡Siempre te interpones en mi camino, luciendo tu cuerpo sensual!

—¡Basta ya! —Lacey apartó la silla y tomó las bolsas con sus compras. Sin mirar atrás, se alejó a toda prisa.

«¡Vaya un hombre egoísta, obstinado e insufrible! ¿Acaso piensa que todas las mujeres lo persiguen porque es atractivo y tiene dinero?» se decía Lacey. Se preguntó qué habría sucedido entre Elizabeth y él.

¿Había tenido experiencias con otras mujeres que solo perseguían su dinero?

Lacey estaba segura de que eso no podía ser cierto. Aunque tuviera un céntimo, ella todavía se sentiría atraída hacia él. Disminuyó el paso al llegar al extremo de la calle.

Era probable que la mayoría de las mujeres lo persiguieran, reconoció. Era tan atractivo…

A pesar de sus buenas intenciones, no resistió la tentación de mirar atrás. Jake se había marchado. Soltó un suspiro de decepción. Por un momento casi se habían entendido, pero habían vuelto a desenvainar las espadas. Alzando la barbilla, contempló el mar. Estaba disfrutando de sus vacaciones y lo seguiría haciendo cada día, según se presentara. Era una mujer autosuficiente y estaba orgullosa de ello.

Después regresaría a Los Ángeles y a su trabajo. No tenía tiempo para hacer amistad con nadie en Barbados.

Tuvo que volver sobre sus pasos para llegar a su coche. Cuando pasó delante del café, miró hacia donde Jake y ella habían estado sentados. Ahora había allí una pareja de ancianos y Lacey desvió la mirada, recordando a Jake y esos pocos momentos de armonía que habían pasado juntos.

Estuvo inquieta toda la tarde. Escribió unas postales a sus amigos y trató de leer un libro, pero no podía concentrarse en ninguna actividad. Después de la cena, se puso su traje de baño, tomó su toalla y se dirigió a la playa. Llevaba su traje de baño de dos piezas color turquesa y una camiseta larga, así como unas sandalias para protegerse los pies mientras cruzaba el jardín y recorría el sendero que conducía a la playa. Una vez allí se las quitó para sentir la arena fina y suave como el talco, que aún conservaba el calor del sol. En el horizonte empezaban a acumularse las nubes.

Se preguntó si anunciarían la tormenta que Jake había mencionado. Pronto oscurecería y aparecerían las estrellas.

Se detuvo al borde del agua y se quitó la camiseta; dejándola a un lado de la toalla, caminó hacia el agua, cuya temperatura era un poco más fresca que la del aire.

Cuando llegó a mayor profundidad, se sumergió bajo la tranquila superficie. Nadó un rato y luego se volvió de espaldas, flotando indolente. La noche era perfecta. El rumor del viento entre las palmeras y el suave murmullo de las olas al besar las playas casi pasaron inadvertidos para Lacey, que contemplaba las estrellas en lo alto.

Era algo mágico.

Pero su serenidad se hizo trizas por el ruido de un cuerpo al zambullirse en el mar y luego el de unos brazos fuertes que agitaban el agua. Lacey se irguió y trató de ver quién nadaba directamente hacia ella.

—¿No sabes que es peligroso nadar sola? —inquirió una voz familiar. Era Jake.

—Estoy bien. No estoy lejos de la playa y no me suelen dar calambres —Lacey notó que ya había oscurecido, pues apenas podía verlo.

—Se pueden presentar inesperadamente —se detuvo a poca distancia de ella.

La joven desvió la vista, lejos de ese hombre amenazador. Ansiaba acercarse más, para que él la sostuviera en el agua, para sentir su fresca piel contra la suya, sus brazos fuertes rodeándola, sosteniéndola. Miró a su alrededor y se sorprendió al ver lo lejos que estaba de la playa. Pensó que Jake tal vez tenía razón, pero no estaba dispuesta a reconocerlo. Despacio, empezó a nadar de vuelta

y él se mantuvo a su lado.

—¿Por qué has venido aquí al anochecer? ¿No sabes que es peligroso? —insistió él.

—Sólo quería nadar. Ha hecho tanto calor hoy, que pensé que sería mejor venir por la noche.

No quería reconocerlo, pero se alegraba de que Jake se hubiera reunido con ella.

Cuando sintió la arena bajo sus pies, se irguió. La brisa fresca la hizo estremecerse.

Necesitaba su toalla, así que se escurrió el cabello y se dirigió hacia donde había dejado sus cosas.

—¡No deberías salir sin un guardián! —exclamó Jake, de pie a su lado.

—No se preocupe, señor Wainwright. No necesito ningún guardián —declaró ella dispuesta a dar media vuelta.

—¿Qué es lo que necesitas entonces?

La sujetó de los brazos, la atrajo con fuerza hacia sí y su boca buscó y encontró la de ella. El beso fue tan intenso que, incapaz de evitarlo, Lacey abrió la boca franqueando el paso a la lengua de Jake.

La joven sintió que el corazón le latía acelerado. Tenía los senos aplastados contra el pecho de Jake y podía sentir la frescura de su piel contra la suya. Su cuerpo, antes refrescado por la brisa, ahora parecía arder. Respondió al beso con igual pasión. Tenía los brazos inmovilizados, pero pudo deslizar las manos por su pecho sintiendo sus fuertes músculos y la piel que se calentaba con la misma rapidez que la suya.

Perdió toda noción de tiempo y lugar. El beso se prolongó durante un momento interminable, mientras Lacey flotaba en una nube de placer y deleite.

De repente, él la hizo volver a la realidad al apartarla de sí y pronunciar con voz un tanto alterada:

—Desearía que jamás hubieras venido aquí, Lacey Stanford. ¡Podrías convertirte en un gran problema y no quiero complicarme la vida!

Ella se soltó de sus brazos.

—¡Vaya! ¡No te estoy haciendo nada y me insultas sin motivo! No soy más problema que cualquier otra persona y ciertamente no

estoy tratando de cazarte. ¡Tú me abrazaste! ¡Tu valiosa intimidad está segura… yo tampoco quiero tener nada que ver contigo, Jake Wainwright! ¡Mantente lejos de mí!

Dio media vuelta y empezó a caminar a toda prisa por la playa, furiosa. Sólo se detuvo a recoger su camiseta y su toalla. No necesitaba secarse; el aire se había encargado de eso mientras se besaban.

Se frotó la boca con la toalla mientras caminaba furiosa por la arena, como si así pudiera borrar la sensación de los labios de Jake y el recuerdo de la traicionera respuesta de su propio cuerpo. Lo maldijo en silencio. Él le había impuesto su presencia cuando ella estaba disfrutando de un baño en el mar. Ignoró la voz interna que le recordaba que también había disfrutado con ese beso.

Su cólera se avivó. Él sólo le había causado problemas desde su llegada. ¿Cómo se atrevía a decir que ella era un problema? Ni siquiera la conocía. ¿Cómo podía decir que ella era la causante de todo? Dio una patada con fuerza en el suelo, sin darse cuenta de que aún iba descalza.

Capítulo 4

La tormenta que Jake había pronosticado despertó a Lacey. Los relámpagos iluminaban el cielo y los truenos resonaban uno tras otro. Durante unos momentos, el viento sopló hasta hacer estremecer la casa y luego disminuyó. El sonido de la lluvia azotando las ventanas le resultaba extrañamente aletargador. La joven volvió a arroparse y recordó lo que Jake había predicho a la hora de la comida. Tenía la impresión de que había pasado mucho tiempo. Cerrando los ojos, volvió a conciliar el sueño.

La lluvia continuó durante la mañana siguiente, intensa y monótona, y eso la obligó a permanecer todo el día en casa. Realizó algunas tareas domesticas, escribió a su madre y a su padre y trató de leer. Cuando llegó la tarde, estaba aburrida. Tomó un libro, pero en ese momento se cortó el suministro de energía eléctrica. Hizo a un lado el libro y se aproximó a la ventana. El coche de Jake enfilaba por el sendero en ese mismo momento.

En cuestión de segundos, Jake salió del coche y corrió hacia la puerta, sin paraguas. Lacey se sintió más animada; el solo hecho de saber que él estaba en la casa contigua hacía que el día le pareciera más alegre.

Cuando empezó a anochecer buscó en la casa unas velas o una linterna, pero no encontró nada. Frustrada, pensó en ir al mercado a comprar unas velas, pero la lluvia seguía cayendo con fuerza y no le agradaba la idea de conducir.

Se preguntó si Jake sería capaz de prestarle algunas velas, y también si volvería a sospechar que se trataba de otro truco para atraer su atención. Se dijo que no era una tonta adolescente enamorada de él, como lo había estado Suzanne; sólo quería pedirle prestadas unas velas. Tomó un paraguas y corrió hacia la casa de Jake, antes de que pudiera cambiar de opinión.

Contuvo el aliento mientras esperaba a que él le abriera la puerta, presa de la mayor excitación. Cuando lo hizo, Lacey observó que él iba vestido de traje, aunque se había quitado la chaqueta y aflojado la corbata. Llevaba un montón de papeles en una mano y en la otra las gafas. Por lo visto estaba trabajando. Frunció el ceño al ver a Lacey.

—Hola —lo saludó ella, preguntándose si la invitaría a pasar o no.

—¿Qué sucede? —inquirió él con tono indiferente.

—Se ha ido la luz y no tengo velas. ¿Podrías prestarme algunas? Odio tener que ir a la tienda con este tiempo.

—Probablemente no te serviría de nada si lo hicieras… debe de estar cerrada.

La electricidad se ha ido en toda la isla. ¿Has buscado las velas en la casa de la señora Tuttle?

—Por supuesto.

Con un suspiro, él se apartó y le indicó que entrara. Lacey cerró su paraguas, lo dejó en el pórtico y entró en la casa. En la habitación de la izquierda podía verse un débil resplandor y se dirigió allí. Él había encendido unos quinqués y los había colocado en puntos estratégicos así que la habitación tenía un aspecto cálido y acogedor. Había unos papeles extendidos sobre una mesita y su portafolios estaba abierto en el suelo.

—¿Estás trabajando? —preguntó la joven, deteniéndose en el umbral.

—La luz se fue en Bridgetown al mediodía. No podía hacer nada allí, así que me vine a trabajar a casa.

Jake se cambió de manos las gafas y Lacey sintió el calor de su palma cuando la empujó con suavidad hacia el sofá.

—No te voy a entretener mucho, sólo quería pedirte un par de velas —Lacey miró el trabajo que había interrumpido y se sentó en el borde del sofá.

—Ya me has entretenido y además, necesito una pausa. ¿Quieres tomar algo mientras busco las velas? —Jake dejó los papeles que llevaba en el montón que estaba sobre la mesa y con cuidado colocó sus gafas.

—Un refresco, si tienes —respondió.

—Por supuesto.

Él regresó unos minutos después con dos vasos de refresco y varias velas. Le entregó un vaso y Lacey lo tomó, evitando cualquier roce. Luego Jake dejó las velas sobre una mesita cercana.

—Aquí tienes las velas. ¿La señora Tuttle no tiene linternas? —se dejó caer en el sofá y la observó bajo la suave luz de los quinqués.

—No he podido encontrar ninguna. Esta tarde, al ver que no volvía la luz, busqué por toda la casa. ¿Es frecuente que se vaya la luz?

—No mucho, pero a veces sucede —respondió él, encogiéndose de hombrosMe sorprende que la señora Tuttle no tenga velas, pero yo te las prestaré con mucho gusto.

La joven bebió un sorbo de refresco, consciente de la mirada de Jake; nerviosa, desvió la vista. Se preguntó si acaso habría empezado a enamorarse de ese hombre.

—¿Qué has hecho todo el día? No has podido ir a la playa, con esta tormenta —comentó él con indolencia, repantigándose en el sofá sin dejar de observarla.

—He estado leyendo durante la mayor parte del día, pero cuando se fue la electricidad, la luz no era muy buena —Lacey se sentía incómoda. Estaba nerviosa, como si estuviera a punto de suceder algo trascendental.

—Debes de estar pasando unas vacaciones muy solitarias y ahora te has visto obligada a permanecer encerrada en la casa con este tiempo —Jake bebió un sorbo de refresco y dejó el vaso sobre la mesa.

—Un poco, pero la lluvia no durará mucho.

—Dejará de llover durante la noche; mañana te preguntarás si esta tormenta no ha sido nada más que un mal sueño —se detuvo de pronto—. Vuelvo dentro de un momento, tengo algo tuyo.

Lacey se sentía inquieta y, cuando él salió de la habitación, se acercó a la ventana. El patio estaba lleno de barro por la lluvia y el cielo tenía un color gris ceniciento. Se dio la vuelta y estudió la habitación; tenía un aspecto masculino, decorada en tonos marrón y crema, sin adornos. Una fotografía enmarcada sobre la mesa más cercana a la puerta atrajo su atención y se acercó a observarla. En ella aparecía una pareja de edad avanzada; el hombre era alto y de aspecto distinguido.

El parecido le indicó a Lacey que debían de ser los padres de Jake.

—Aquí tienes… las olvidaste la otra noche.

Ella se volvió bruscamente y chocó con el brazo extendido de Jake. El vaso que llevaba en la mano se estremeció y una parte del líquido se derramó en su inmaculada camisa blanca. Lentamente él

bajó el brazo con las sandalias de Lacey colgando sobre sus dedos. Sorprendida e incrédula, ella contempló la mancha oscura de su camisa.

—¡Oh, Dios, no puedo creerlo! —murmuró, mirando el rostro de Jake.

—¿Recibes acaso comisión de la tintorería? —le preguntó él con expresión divertida, retrocediendo un paso.

—Lo siento… me has asustado. No te he oído entrar —Lacey quería que se la tragara la tierra. Ruborizada, desvió la mirada.

—No importa, creo que ya es hora de ponerse algo más cómodo. Aquí tienes tus sandalias. Te las dejaste olvidadas en la playa.

Se las tendió de nuevo y Lacey las tomó con dedos temblorosos. Al rozar los de él, se estremeció como si hubiese recibido una descarga eléctrica.

—Yo… gracias, pero no te molestaré más. Gracias por las velas.

—¡Vamos, no es el fin del mundo! —extendió una mano y le alzó la cara con suavidad.

—Deberías estar furioso —comentó, incapaz de apartar la mirada.

—¿En realidad eso es lo que quieres? —le preguntó él con voz baja y sensual.

—No, pero tal vez eso me haría sentirme mejor.

La risa de él fue inesperada y cálida. La joven le lanzó una sonrisa, desconcertada por el repentino cambio de su expresión. Luego la sonrisa de Jake se desvaneció, su mirada se ensombreció y la contempló durante un buen rato, sujetándole la barbilla con una mano Lacey lo miró a los ojos con el corazón acelerado.

De repente, Jake respiró profundamente, retiró la mano y se volvió para mirar sus papeles.

—Gracias por las velas —Lacey las tomó de la mesa y se dirigió a la puerta.

Quería salir de allí; era demasiado peligroso estar tan cerca de ese hombre.

—Lacey…

Él se volvió para mirarla, pero ella se limitó a sonreír y salió. Una vez fuera de la casa, se detuvo sólo el tiempo suficiente para tomar su paraguas y se apresuró a dirigirse a la seguridad de su cabaña.

Cuando Lacey se despertó a la mañana siguiente, vio que el sol tropical inundaba su habitación; la tormenta había pasado. Se acercó a la ventana y contempló el hermoso paisaje; el cielo presentaba un tono azul intenso y el césped se veía más verde.

Eran casi las tres cuando Lacey se dirigió a la playa. Mientras caminaba, pudo ver las huellas de la tormenta. Las hojas de los árboles estaban dispersas por doquier y las flores de los hibiscos cubrían el suelo debajo de los arbustos. La arena aún estaba húmeda, pero ya empezaba a secarse. Más adelante vio a alguien tumbado sobre una toalla, en la zona donde ella solía sentarse; era Jake Wainwright, quien alzó la vista al verla acercarse con los ojos ocultos por sus gafas oscuras, pero obviamente con la mirada fija en ella. Por una vez, Lacey se alegró de llevar también sus gafas de sol. Así Jake no podría descubrir hacia dónde miraba. Y lo estaba mirando a él.

Llevaba puesto un traje de baño y estaba muy bronceado. Daba la impresión de que pertenecía a la isla, al mar, a la arena y al sol. No había ninguna semejanza con el impecable hombre de negocios del otro día. Tenía un aspecto natural, indomable y excitante. Lacey pensó al instante en su holgada camiseta y se dijo que debió haberse puesto su albornoz, más femenino. Pero la camiseta era más cómoda y la protegía suficientemente del sol. Además, no esperaba encontrar allí a Jake.

—Buenos días —él se puso de pie sin el menor esfuerzo y se acercó a ella para tomar su toalla y la cesta de la comida sin decir una palabra.

—¿Qué estás haciendo? —Lacey deseó haberse mordido la lengua, pues su tono era brusco, casi grosero—. Quiero decir, ¿por qué no estás trabajando?

—Es sábado e incluso el jefe tiene derecho a uno o dos días de descanso. Me gusta la playa —regresó a la sombra y movió su toalla para extender a su lado la de Lacey.

—No tengo por qué quedarme aquí —comentó ella sin moverse, recorriendo la playa con la mirada—. Hay muchos otros lugares.

—Éste es bastante grande. No creo que ocupes mucho espacio.

—Pensé que habíamos convenido en mantenernos alejados el uno del otro —comentó ella.

—Relájate, joven californiana —le pidió él con tono burlón.

Ella se ruborizó al recordar que le había dicho eso mismo hacía unos días. No necesitaba que él le recordara sus palabras. Lo miró sin saber qué decir. No esperaba volver a verlo tan pronto y, ciertamente, no en la playa. Recordó su último encuentro allí, la sensación de ese cuerpo fuerte, la dulce fragancia de la brisa nocturna. Movió ligeramente la cabeza para alejar esa visión.

—Hace demasiado sol… ¿no deberías ponerte crema? —preguntó Jake, recostado —y apoyado sobre un codo mientras la observaba.

—Sí, tengo la piel muy sensible —contestó Lacey, aún de pie.

Quería retrasar el momento de quitarse la camiseta y exponerse a su mirada.

Sabía que la observaba detrás de las gafas y se sentía torpe y cohibida.

Al fin se decidió; se quitó las gafas y se despojó de la camiseta. Llevaba el cabello trenzado. Se puso crema en las piernas, el estómago y los brazos. Jake no dejaba de mirarla, haciéndola desear alejarse. Se negaba a hablar; se negaba a darle el placer de saber que la inquietaba. Despacio, fue extendiendo la crema sobre su piel, tratando de superar su nerviosismo.

—¿Y la nariz? No te olvides de ella; no quiero que esta noche vayas a pedirme ayuda porque te has quemado tomando el sol —dijo Jake, indolente.

—No lo haré —replicó ella bruscamente—. Puedo cuidar de mí misma.

—Ya me lo has demostrado —el tono burlón era inconfundible.

Antes de que Lacey pudiera responder, él se irguió y le quitó el bote de crema de las manos. Se quitó las gafas, se echó un poco de crema en las yemas de los dedos y, sujetándole la barbilla con la otra mano, le alzó la cara. Lacey se enfrentó a su mirada. Sentía hacia ese hombre una atracción que nunca antes había sentido por nadie; podría pasarse el día mirándolo a los ojos. Jake fijó la vista en su nariz y le aplicó la crema con suavidad. Lacey sintió que sus dedos le producían punzadas de deleite y su brazo, tan cerca de sus senos, parecía irradiar calor. Lo miraba como hipnotizada. ¿Era una fantasía, o se trataba del hechizo de Barbados?

Él volvió a mirarla a los ojos, olvidado de la tarea que tenía entre manos.

Durante un momento, permanecieron inmóviles. La mirada de Lacey descendió a la boca de Jake, a los labios firmes y sensuales que contrastaban con su tez bronceada.

El corazón le latió apresurado y una oleada de calor se extendió por su pecho y su vientre. Se pasó la lengua por los labios, imaginando que aun podía saborear los de él.

Al captar el movimiento, Jake fijó la vista en su boca y, durante un momento, la joven pensó que iba a besarla de nuevo. ¡Y ella se sentiría impotente para impedirlo!

—Hola, Lacey, ¿vas a nadar? —Jimmy y David se encontraban a poca distancia, contemplándolos.

Por un momento, Lacey no supo dónde estaba y parpadeó sorprendida al descubrir que se encontraba en la playa. Se apartó de Jake y sonrió a los niños. No los había visto desde que estuvieron jugando al escondite.

—Tal vez después —se preguntó si esa voz sería en realidad la suya. Debía controlarse. Ni siquiera le gustaba a ese hombre… él se lo había dado a entender con toda claridad. Y ella estaba allí de vacaciones y no buscaba nada más.

Los niños corrieron hacia el agua, mientras su niñera los vigilaba. Lacey mantuvo la mirada fija en ellos, negándose a mirar a Jake, pues no quería ver su expresión ni ceder al extraño anhelo que pulsaba en todo su cuerpo. Casi temblaba con él sentado tan cerca. Esperó un momento para demostrarle que no la ponía nerviosa y luego se levantó y caminó hacia el agua sin dirigirle la palabra. Se sentía demasiado acalorada, e intentó convencerse de que era por el sol. Se mantuvo de espaldas a la playa, temerosa de volverse para mirarlo. ¿Qué estaría haciendo? ¿La estaría observando? Nadó durante un buen rato, retrasando el momento de volver con su perturbador vecino. Jugó a la pelota con los niños hasta cansarse.

Al fin, agotada, estaba a punto de reconocer su derrota y regresar cuando Jake se puso de pie y se acercó al borde del agua. Se zambulló y nadó hacia aguas más profundas. Lacey aprovechó esa oportunidad; les dijo a los niños que estaba cansada y salió del agua. Se secó con la toalla mientras contemplaba a Jake nadando en las azules aguas. Cuando salió, se quedó contemplando el mar, de espaldas a ella. La joven lo estudió deleitada.

Pero él se dio la vuelta de pronto y la sorprendió observándolo. Lacey desvió la mirada a toda prisa, pero no antes de descubrir que sonreía. Cuando lo vio acercarse, se puso a buscar en el interior de la cesta.

—¿Hora de comer? —preguntó él.

—Como aquí casi todos los días —explicó ella, cohibida—. No hay mucha variedad, pero te invito a compartir la comida conmigo.

—¿Cuáles son las opciones?

—Galletas con queso o pollo.

—Prefiero el pollo —decidió él.

Lacey le sirvió una pieza de pollo, le entregó una servilleta y se sentó a comer sus galletas con queso, Jake mordió el pollo, mientras ella lo observaba por el rabillo del ojo.

—Eres una buena cocinera… esto esta delicioso —declaró él cuando terminó.

—Gracias —Lacey sonrió y movió la cabeza—. No se necesita ser una buena cocinera para preparar un pollo frito… cualquiera puede hacerlo. Casi siempre, las comidas que preparo son sencillas.

—Las mías también —le confesó él.

—¿Tú cocinas?

Jake tomo otra pieza de pollo y la miró.

—¿Cómo crees que me alimento?

—No había pensado en ello —frunció el ceño. Si no estaba casado, tenía que prepararse él mismo sus comidas, a menos que contratara a una cocinera.

—Por lo general como al mediodía en Bridgetown. Por la noche me preparo un bocadillo y en mis días libres me preparo comidas ligeras.

La joven se preguntó si se sentiría solo o si tendría muchas amigas que compitieran por la oportunidad de invitarlo a cenar.

—¿Queda más limonada? —preguntó él.

Lacey sólo tenía una taza; la suya. Titubeó un momento y luego se encogió de hombros. Sirvió la limonada fresca y se la ofreció a Jake, evitando tocarlo. Él la tomó y ella lo observó mientras bebía. Se preguntaba si sería una coincidencia que su boca cubriera el borde que ella acababa de tocar con los labios. Desvió la mirada.

—¿Cómo puedes disfrutar de un mes de vacaciones? —le preguntó él, devolviéndole la taza para tumbarse sobre la toalla,

apoyado sobre un codo—. La mayoría de los norteamericanos que conozco sólo disfruta de un par de semanas.

—Cada verano, el programa se suspende durante un mes —le explicó ella—, aunque por lo común hay muchas cosas que hacer. Este año me fui para impedir que me llamasen de la oficina a cada momento.

—No puedo creer que estés sola. ¿O acaso alguien vendrá pronto a reunirse contigo?

Lacey sintió que la sangre se le agolpaba en la cabeza al escucharlo. Miró hacia el mar. El suave murmullo de las olas casi se perdía bajo el susurro de las palmeras, agitadas por la brisa.

—No espero a nadie —su voz sonaba insegura. Recordaba las palabras de Jake acerca de la gente del mundo del espectáculo. Quería decirle que ella no era así, pero no sabía cómo empezar. ¿La escucharía siquiera? Tenía la mirada fija en el mar y no vio que Jake se movía; sólo se dio cuenta de ello cuando él le sujetó la barbilla, obligándola a mirarlo a la cara.

—¿Cómo está tu nariz? —su voz era burlona, mas no así su mirada.

—Siempre se me quema —murmuró ella.

—Eres una joven muy bella, Lacey. ¿Todas las jóvenes californianas son como tú? —preguntó él con tono extraño, acariciándole una mejilla.

Lacey se pasó la lengua por los labios y Jake siguió su movimiento con la mirada. Entonces dejó escapar un sonido que era casi un gemido y la acercó más hacia sí; sin embargo, antes de que pudiera hacer algo más, ella se resistió al recordar sus palabras ofensivas de la otra noche. Lo empujó y se sentó, mirándolo ruborizada.

Él volvió a recostarse sobre su toalla; tenía la respiración agitada y los labios apretados.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—¡Mantente lejos de mí! —siseó ella, avergonzada al pensar que había otras personas cerca en la playa.

—¿Por qué? Disfrutas de mis besos tanto como yo disfruto besándote. ¿No has venido aquí para eso? ¿Qué pretendes ser ahora? ¿Una turista ofendida?

Lacey se puso de pie, sacudió la arena de su toalla y volvió a

colocarla a la sombra, tan lejos de Jake como le fue posible. Se recostó y cerró los ojos. La tentación era excesiva y quería sobreponerse a ella.

—Sólo he venido a disfrutar de la playa. No sabía que estarías aquí. ¡No soy una turista ofendida… simplemente déjame en paz!

Quería ignorarlo, pero no podía. Abrió los ojos y lo miró con expresión ceñuda.

Él seguía observándola.

—Creí que yo no te gustaba —declaró ella.

Él la miró fijamente.

—Eres intrigante, Lacey Stanford, y demasiado atractiva. Empiezas a…

fascinarme, pero eso es todo. Desconfío de la mayoría dejas mujeres y de sus motivos, pero conozco a las que trabajan en el mundo del espectáculo y desconfío de ellas todavía más. Pero eso no significa que no pueda divertirme un poco, puesto que por lo común se muestran bien dispuestas —miró hacia el mar con una expresión amarga.

Lacey se sentó y se puso sus gafas. Se preguntó qué habría pasado con Elizabeth… ¿qué había sucedido en el pasado para que él se sintiera tan amargado y albergara esas ideas? ¿Lo sabría Suzanne? Tendría que preguntárselo la próxima vez que hablara con ella.

—Suzanne nunca me comentó que aquí me encontraría con alguien como tú —musitó.

—¿Suzanne? ¿La sobrina de Eleanor Tuttle, Suzzanne Bonard? —preguntó bruscamente Jake mirándola.

—Sí —asintió Lacey—, sólo que ahora es Suzanne Stanford… está casada con mi hermano.

—¡Así que esa es la conexión! —concluyó él, alzando una ceja—. Era lo que me preguntaba. Recuerdo a Suzanne. ¿Ya tiene edad suficiente para estar casada?

Ella asintió cautelosa. Se preguntó qué recordaría él de Suzanne.

—Sus primas y ella hicieron todo lo posible para cautivarme un verano —Jake movió la cabeza y sonrió—. Me sentí halagado, pero eran muy jóvenes. Además, estaba Elizabeth —su voz se apagó, como si recordara ese verano—. ¿Quién sabe? Si hubieran esperado, tal vez lo habrían logrado, cuando Elizabeth renunció a todo —se

volvió para mirarla, se puso de pie y recogió su toalla.

—Eso sucedió hace mucho tiempo —murmuró Lacey—. Ya es hora de seguir adelante, Jake.

—¿Con qué? ¿Contigo, por ejemplo? Ya te lo dije antes, Lacey Stanford, no puede haber nada entre tú y yo. Tal vez una pequeña aventura, pero fuera de eso, no estoy interesado.

La joven lo miró colérica al escuchar su comentario. Ella no pretendía nada de eso. Pero si él había dejado su vida en suspenso por lo que Elizabeth le había hecho, estaba perdiendo el tiempo. En cuanto a ellos, jamás aceptaría una relación frívola.

Su furia se intensificó al meditar en el insulto. Lo observó mientras se alejaba, caminando con pasos largos por el sendero que conducía a su casa. Sus movimientos eran casi felinos. Lacey lo contempló sintiendo la necesidad de decirle lo que pensaba, confundida por su actitud. ¿O ese último comentario lo había dicho todo?

Una aventura de una noche, y después nada.

Volvió a contemplar la serena belleza del Caribe y sonrió profundamente para mitigar su cólera, preguntándose cuál sería el resultado de esas vacaciones. Si contaba con el tiempo suficiente, ¿alguna vez llegarían a ser amigos?

Sintió que el corazón le daba un vuelco al comprender que no quería simplemente entablar amistad con Jake. Quería algo más.

Pero él no. Ni siquiera quería su amistad. Era mejor saberlo ahora, antes de exponerse a un desengaño. El verano de pronto le pareció interminable.

Levantó la cabeza y parpadeó para contener las lágrimas que nublaban su visión. Ahora sabía cuál era su posición y las cosas no eran muy diferentes de como lo eran al principio, cuando llegó a ese lugar.

Lo maldijo en silencio.

Capítulo 5

El domingo, Lacey no quiso aventurarse a ir a la playa; decidió limitarse a ir allí sólo los días en que Jake se iba a trabajar. En vez de ello exploraría la isla; había muchas cosas que ver en Barbados y sus vacaciones terminarían pronto.

La isla era muy bella a la luz de la mañana. El cielo tenía un hermoso tono azul y en el horizonte se veían unas esponjosas nubes blancas. La deslumbrante luz del sol realzaba el verde intenso de la vegetación y los variados colores de las flores. Era un día perfecto para una excursión.

Después de dirigirse hacia el sur por la carretera Spring Garden, Lacey comió en Sam Lord's Castle y luego recorrió las carreteras secundarias, deteniéndose de cuando en cuando para admirar la belleza de la isla.

Al atardecer, el viento había arreciado y soplaba con fuerza; el cielo ya no estaba tan despejado y las esponjosas nubes de la mañana habían cedido el paso a otras oscuras que presagiaban lluvia. Parecía que iba a volver a llover, pero Lacey tenía confianza en que eso no sucediera antes de que llegara a casa. Decidió atravesar la isla para así llegar más pronto, y dejar para otro día el recorrido por la costa del Atlántico.

Una mirada por encima del hombro la convenció de que debía apresurarse. Las nubes estaban más cerca, bajas, oscuras y amenazadoras, y el viento azotaba el pequeño coche. Se dirigió confiada hacia el oeste, pero la carretera se desviaba y pronto llegó a otro crucé. Las nubes habían ocultado el sol y Lacey no estaba segura de hacia dónde quedaba el oeste; dio la vuelta a la izquierda y tan pronto como lo hizo, empezó a llover. Sorprendida por la repentina tormenta, disminuyó la velocidad, pero aún así, la visibilidad era mínima. Avanzó despacio por la estrecha y solitaria carretera.

Al acercarse a un letrero que había cerca de una cabina telefónica, trató de leer lo que decía, pero la lluvia le impedía la visión. Se dijo que todas las carreteras de la isla llevaban a la costa y, una vez que llegara a la playa, podría encontrar el camino de vuelta. El viento sacudía el pequeño coche y Lacey seguía

conduciendo despacio, tratando de fijarse bien en el camino. De pronto sonó un ruido y el motor se apagó.

Se detuvo a un lado de la carretera y en vano trató de poner en marcha el motor.

—¡Fantástico! Justo lo que necesitaba con esta tormenta —volvió a intentarlo, pero fue inútil.

Cansada, se reclinó contra el respaldo y miró por la ventana; apenas podía ver algo y hacía más de una hora que no veía ninguna señal de civilización. ¿Qué podía hacer? Trató de nuevo de poner en marcha el motor y al fin renunció; era obvio que no lo lograría. Y por el aspecto del cielo, la lluvia no terminaría pronto. Tendría que buscar un teléfono y llamar a un taller. Sabía que a menos de dos kilómetros de allí había una cabina telefónica. ¿Habría otra más cercana más adelante? Con un suspiro, buscó en el coche algo que la protegiera de la lluvia, pero sólo llevaba la cesta de la comida que había preparado esa mañana.

Volvió a tratar de poner en marcha el motor, pero de nuevo fracasó. Con un suspiro de resignación, abrió la puerta y salió del coche; fue como tomar una ducha de agua helada. El agua caía con fuerza, empujada por el viento, sobre su cara y su cuerpo, formando grandes charcos en el suelo. En cuestión de segundos, se empapó.

Cuando llegó a la cabina telefónica se encontró con que no había guía telefónica, pero por lo menos allí estaba protegida de la lluvia. Buscó unas monedas y llamó a la operadora.

—Necesito el número de un taller. Se me ha estropeado el coche y no puedo ponerlo en marcha —le informó, aterida de frío.

—Lo siento, señorita, pero no hay ningún taller abierto en domingo —fue la respuesta.

Lacey se quedó aturdida. No esperaba eso.

—¿No hay nada abierto para casos de urgencia? —preguntó.

—El taller Burns de Bridgetown tiene un número de urgencia —la operadora le dio el número y cortó la comunicación.

Lacey hizo la llamada, pero no contestó nadie y después de unos segundos colgó el auricular. Esperó unos minutos y volvió a intentarlo; pensó que tal vez habría marcado mal. Obtuvo el mismo resultado. Contempló la lluvia que azotaba los cristales de la cabina mientras pensaba que, si seguía así, muy bien podría quedarse allí hasta el lunes. Volvió a marcar el número de la operadora y le pidió

el de Jake.

El teléfono sonó durante un buen rato y estaba a punto de colgar cuando al fin él contestó.

—¡Gracias a Dios! ¿Jake? —dijo Lacey con tono urgente.

—¿Sí? —en su voz había un matiz de desconfianza.

—Jake, soy Lacey. Se me ha estropeado el coche y puedo encontrar un taller.

¿Sabes de alguno que esté abierto los domingos?

—¿Dónde estás? —le preguntó él.

—No lo sé. En una de las carreteras del interior… salí esta mañana de excursión, pero ahora mismo a mi alrededor sólo veo tierra. No hay casas a la vista, no ha pasado ningún vehículo y no puedo ver el mar para orientarme.

—Está cayendo un diluvio —comentó él.

—¡Ya lo sé… estoy calada hasta los huesos! Se me paró el coche en medio de la carretera y he tenido que caminar de vuelta hasta el teléfono más cercano —explicó frustrada, tratando de conservar la calma.

—Me informaré —respondió Jake—. Si encuentro un taller abierto, ¿qué indicaciones les daré para que te encuentren?

La joven miró a su alrededor, buscando algún punto de referencia que la ayudara. Toda la isla le parecía igual y hacía poco tiempo que había salido de Sam Lord's Castle.

—No lo sé. Pasé delante de un bosque después de salir de Sam Lord's Castle, luego vi unas plantaciones de caña de azúcar y, de cuando, en cuando podía vislumbrar el Atlántico.

—Lacey —gimió él—, esa descripción no ayuda nada. ¿No puedes precisar más tu situación?

—Espera un momento… he visto un letrero… iré a ver lo que dice —dejó el auricular sobre la pequeña repisa y abrió la puerta; la lluvia la azotó tan pronto como lo hizo. Corrió hacia el letrero y leyó: Bridgetown, doce kilómetros—. ¿Jake? —volvió para tomar el auricular—. Dice que Bridgetown se encuentra a doce kilómetros, pero no explica de qué carretera se trata. No puede ser muy importante, porque no he visto a nadie durante todo el tiempo que he estado aquí.

—Vuelve al coche y quédate allí. Buscaré la forma de ayudarte.

Su voz era indiferente, pero Lacey se preguntó si estaría molesto.

Lo había interrumpido de nuevo y quizá tenía otras cosas que hacer, algo mejor que buscar un taller abierto.

—Gracias —respondió. Se preguntó si acaso pensaría él que se trataba de otro truco. Si era así, no tardaría en dejarle bien claras las cosas.

Estremeciéndose de frío, colgó el auricular y corrió hacia el coche. Por lo menos llevaba algo de comer en su cesta, aunque deseaba haber guardado también una toalla o una manta. Estaba empapada y tenía frío.

Pasó más de una hora y media antes de que viera los faros de otro coche. Se irguió en el asiento y empezó a encender y hacer señales con las luces. El coche negro se detuvo delante del suyo y Jake bajó, protegido por un paraguas. Llevaba un pantalón vaquero y un viejo suéter. Lacey lo observó mientras se acercaba a su coche.

Él abrió la puerta y se asomó al interior.

—¿Estás bien? —preguntó al ver su desaliñada apariencia. Su expresión era seria, aunque un brillo de diversión bailaba en sus ojos mientras la miraba de pies a cabeza.

Ella sintió que entraba en calor bajo esa mirada y respondió bruscamente:

—Estoy bien. Gracias por venir a ayudarme. ¿No has encontrado ningún taller?

—Sólo hay uno abierto los domingos, en Bridgetown, pero habían recibido otra llamada y no pudieron decirme cuándo podrían venir aquí, así que pensé que sería mejor que yo lo hiciera. Déjame revisar el coche.

Lacey se deslizó al otro lado para dejarle espacio. Quiso advertirle que el asiento estaba mojado, pero era demasiado tarde; él ya se había sentado al volante.

—Está húmedo —comentó él, tratando de poner en marcha el motor.

No lo consiguió y Lacey suspiró aliviada; si él lo hubiese puesto en marcha, se habría muerto de vergüenza.

—No creo que lo pueda arreglar. Vámonos de aquí —bajó del coche y abrió el paraguas para protegerla de la lluvia.

Lacey comprobó que las puertas estuvieran bien cerradas y se quedó de pie bajo el paraguas. Alzó la vista para mirar a Jake.

—Gracias por venir a ayudarme. Creía que me iba a quedar aquí

toda la noche.

—Pareces un gato mojado —comentó él, después de observarla. Luego se inclinó hacia delante y le rozó los labios con los suyos, cálidos y suaves.

Lacey respondió instintivamente al beso. Su ropa mojada se adhería a su cuerpo como una segunda piel. Tenía frío y se sentía mal, pero, cuando Jake la besó, se olvidó de todo excepto de la sensación de deleite que le producían sus labios. El brote de calor que sintió en su interior ahuyentó el frío de la lluvia. Quería más, pero Jake se apartó y la miró bajo la débil luz. Recorrió su figura con la mirada y sus ojos se detuvieron en los pezones endurecidos de sus senos. Ella bajó la vista y cruzó los brazos sobre el pecho. La camiseta no disimulaba nada y la tela húmeda delineaba exactamente sus pezones. Jake deslizó un dedo por la curva de un seno, trazando el contorno del pezón erecto. Lacey empezó a temblar, inquieta y excitada. El calor que antes había sentido se convirtió en una llama cuando el dedo de Jake rodeó el pezón endurecido una y otra vez. No quería que se detuviera; pensó que tal vez sí estaría dispuesta a una aventura. Él la miró a los ojos durante, unos segundos. Ella no podía apartar la vista, sólo experimentar la erótica sensación que le producía su caricia. Le pareció que se ahogaba en el azul intenso de sus ojos.

—Hoy tus ojos son azules —murmuró él, ignorando la lluvia, el viento y el lugar donde se encontraban.

—Cambian de color —musitó ella, sorprendida de que pudiera pensar con cierta coherencia. Se pasó la lengua per los labios y vio que él seguía su movimiento con la mirada.

—Sostén el paraguas —le pidió él—. Necesito las dos manos libres.

Entonces la estrechó contra su pecho y volvió a besarla, pero ese beso no fue como el anterior; era ardiente y exigente. Su lengua exigió el acceso al dulce interior de su boca, inflamando los sentidos y el cuerpo de Lacey.

Deslizó las manos a lo largo de su espalda, le alzó la falda y trazó caricias de fuego sobre su piel desnuda. Luego la besó en la oreja, mordisqueándole el lóbulo con suavidad.

Lacey sentía que su fortaleza desaparecía, como si su contacto la quemara. Se preguntó si podría seguir sosteniendo el paraguas.

Quería tener ambas manos libres para abrazarlo, para sentir su piel. Quería quedarse a su lado, que él jamás dejara de besarla. Los labios de Jake siguieron el contorno de su cuello, deteniéndose en el pulso que latía en su base. Con la lengua le lamía la piel empapada por la lluvia y su contacto la encendía. Entonces, él deslizó una mano para cubrirle un seno. Lacey se apartó un poco para permitirse un mejor acceso al placer que su contacto le brindaba, el incesante deleite que le producía. Él volvió a mirarla y Lacey se preguntó qué vería en sus ojos. Estaba empapada y cansada, pero ya no tenía frío, sino todo lo contrario.

¿Vería él el deseo en sus ojos? ¿Vería el anhelo que sentía por él? Trató de bajar la vista, pero no podía dejar de mirarlo.

—Eres la vecina más molesta que he tenido jamás —declaró él con suavidad y continuó acariciándola, desmintiendo sus palabras y mirándola a los ojos.

—Lo siento —murmuró ella, incapaz de concentrarse en sus palabras, sintiendo sólo sus manos que la llevaban al borde del éxtasis.

De repente se estremeció y él se detuvo.

—Estás helada —dejó de acariciarle el seno.

—No —negó ella, apartando la mirada. Se sorprendió al darse cuenta que aún sostenía el paraguas que los protegía a medias de la lluvia.

Jake movió la cabeza como si quisiera aclarar sus pensamientos, le bajó la falda y le quitó el paraguas de la mano.

—Vamos, debemos protegernos de la lluvia —la guió hacia su coche y la hizo sentarse antes de rodear el vehículo para instalarse frente al volante.

Lacey se preguntó si él continuaría con lo que había quedado inconcluso, pero no lo hizo y ella se sintió decepcionada. Jake encendió el motor y la calefacción.

—No la uso mucho, pero así entrarás en calor. Dentro de poco estaremos en casa y podrás tomar un baño caliente.

No mencionó los besos que habían compartido y evitó mirarla mientras ponía en marcha el coche y emprendían el camino de regreso. Lacey guardó silencio, deprimida. Tenía frío, a pesar del aire caliente del interior del vehículo. Miró de soslayo y vio que el pantalón y el suéter de Jake estaban mojados. Luego bajó la vista y

advirtió la forma en que su propia camiseta se le adhería a la piel. Despacio, esperando que él no se diera cuenta, apartó la camiseta de su cuerpo. Pudo ver que Jake sonreía, aunque seguía mirando hacia adelante… Se preguntó si se daría cuenta de todo; incluso de sus propios sentimientos hacia él.

Se ruborizó. Mirando por la ventana, trató de ignorar la tensión que había entre ellos.

—¿Cómo me has encontrado? —le preguntó.

—Primero intenté llamar al taller. Sin saber dónde estabas, no quisieron salir, a pesar de que ya habían terminado con la solicitud anterior. Así que busqué un mapa y tracé un semicírculo en un radio de doce kilómetros desde Bridgetown.

—¿Y me encontraste de inmediato? —preguntó Lacey, volviéndose para mirarlo.

Él la miró y luego volvió a fijar la vista en la carretera.

—No exactamente. Antes seguí diferentes carreteras. Llegaremos a casa dentro de unos minutos… pero tardé más de una hora en localizarte.

—Gracias —volvió a decir ella—. Estoy segura de que he estropeado tus planes para el día de hoy.

Jake guardó silencio durante un momento y luego explicó despacio:

—No, no tenía ningún plan. La próxima vez, sigue sólo las carreteras principales.

—¿Cómo puedo distinguirlas de las demás? —murmuró Lacey, estremeciéndose.

—Si no puedes hacerlo, entonces no conduzcas. ¿Qué habrías hecho si yo no hubiese estado en casa el día de hoy?

—Habría llamado al señor Danby —contestó ella, sabiendo que en realidad se habría encontrado en un gran apuro si Jake no hubiera respondido a su llamada.

—Fantástico, hacer salir a ese anciano con este tiempo. Como sabes, su salud no es muy buena.

—Bien, entonces habría esperado a que dejara de llover.

—Podría seguir lloviendo hasta mañana —apuntó él con tono suave.

—Maldita sea, Jake —estalló ella—, sé que estaba en un aprieto y te agradezco que me hayas rescatado ¿pero cómo podía saber que

el coche tendría una avería? Me vi obligada a llamarte cuando no encontré ningún taller de servicio abierto. No conozco a nadie más en la isla.

—¡Estoy seguro de que yo podré arreglar esto! —declaró él, siguiendo en ese momento la carretera principal que iba de norte a sur, no muy lejos de su casa.

Lacey reconoció la zona y comprendió que casi habían llegado. Deseaba tomar una larga ducha caliente. Jake entró por el sendero de su casa y aparcó el coche tan cerca como le fue posible. Luego apagó el motor y se quedó contemplando la lluvia.

Su pantalón no se había secado durante el trayecto de vuelta, pero no estaba tan mojado como Lacey. Abrió la puerta, bajó del coche y abrió el paraguas. Entonces rodeó el vehículo y se dispuso a ayudarla a bajar. Ella se encontró atrapada entre su cuerpo y el vehículo. Apartándose, trató de escapar.

—No, no lo harás. Puedes usar mi ducha —él la tomó de un brazo y la guió hacia la entrada y luego al interior de la casa.

—Puedo irme a casa —protestó ella, pero él la ignoró.

—Sube por la escalera; la puerta del cuarto de baño es la segunda a la izquierda.

Iré a prepararte un poco de té caliente. ¡Apresúrate!

—Jake… —empezó a protestar la joven, pero él la ignoró.

—Sube, Lacey.

Ella subió al segundo piso y buscó el cuarto de baño. Era amplio, con una bañera y ducha, un tocador y todo lo necesario. Agradecida por la oportunidad de entrar en calor, corrió hacia la ducha y se quitó la ropa empapada. El agua caliente fue un verdadero deleite para su piel.

De repente, la puerta se abrió y Lacey contuvo el aliento, presa del pánico.

¿Pensaría Jake entrar en la ducha? Sin embargo, antes de que pudiera protestar, la puerta se volvió a cerrar. Se asomó por un lado de la cortina y vio que él le había dejado un suéter para que se lo pusiera cuando terminara. Lacey se quedó allí el mayor tiempo posible. Cuando salió de la ducha, se secó y se puso el suéter que le quedaba muy grande y le llegaba hasta medio muslo, con las mangas demasiado largas. Pero el suave algodón la abrigaba; era una sensación muy agradable. Se miró en el espejo mientras se

secaba el cabello con la toalla.

Ofrecía una imagen muy atractiva con el suéter, que dejaba al descubierto sus largas y bronceadas piernas. Por supuesto, pertenecía a Jake. Frotó el suéter con suavidad sobre su piel desnuda, sabiendo que había cubierto el cuerpo de él, acariciado su piel como ahora lo hacía con la suya.

—¿Estás decente? —preguntó Jake al otro lado de la puerta.

Lacey volvió a mirarse en el espejo. No estaba segura de que «decente» fuera la palabra adecuada, pero estaba vestida hasta donde le era posible, a menos que volviera a ponerse su ropa mojada.

—Sí.

Jake abrió la puerta y entró con una taza de té en una mano. Se había cambiado; llevaba otro pantalón y una camiseta ajustada que delineaba los músculos de su pecho. Él la recorrió con la mirada, deteniéndose en sus bien torneadas piernas.

—¿Ya has entrado en calor? —le preguntó sin dejar de mirarla.

Lacey sonrió y tomó la taza de té, sintiéndose ligeramente provocativa con esa ropa.

—Estoy bien —le aseguró vivaz—. Esto me hará entrar en calor mejor que cualquier otra cosa.

—¿Mejor que cualquier otra cosa? —le preguntó él, mirándola a los ojos.

Ella bebió un sorbo de té, observándolo por encima del borde de la taza. Sabía lo que él había querido decir y el corazón le dio un vuelco.

—Tal vez no —reconoció con voz ronca al recordar sus besos. Sabía que Jake le había adivinado el pensamiento; sólo tenía que ver su mirada triunfante. Desvió la vista, respirando con dificultad —. Necesito ir a casa —declaró dejando la taza sobre el tocador.

—Te secaré la ropa y después te llevaré. Vamos termina de secarte el cabello.

—Volveré a mojarme en el camino a casa —insistió ella, negándose a mirarlo.

—No si te pones un impermeable. ¡No discutas, Lacey!

Ella lo miró al oír eso. No estaba tratando de discutir.

—Me fascina la forma en que tus ojos cambian de color.

Jake estaba cerca, demasiado cerca. Y Lacey pudo ver que se

acercaba aún más.

Capítulo 6

Lacey lo contempló mientras se acercaba, saboreando aquel momento, pero el sonido del teléfono los interrumpió. Jake se detuvo, como si quisiera ignorarlo, pero titubeó un momento para después alejarse.

Lacey aspiró profundamente. Se dijo que sería mejor que saliera de allí, mientras aún podía hacerlo. Cerró la puerta y se puso sus bragas, que aún estaban ligeramente húmedas. Recogió el resto de su ropa y se dispuso a partir. Podía correr hasta su casa, secarse y ponerse alguna ropa de abrigo. No necesitaba seguir abusando de la displicente hospitalidad de Jake. Lo vio al pie de la escalera, apoyado contra la pared, observándola mientras hablaba por teléfono.

—Bien, he cambiado de opinión… por supuesto… No, llevaré a alguien… una vecina…

Lacey sintió que el corazón le latía acelerado bajo su atrevida mirada. ¿Con quién estaría hablando?

—No llegaremos tarde… no empezará antes de las ocho, ¿verdad?

Lacey siguió bajando sin dejar de mirar a Jake, que se movió para interceptarla y le pasó un brazo por los hombros.

—No, madre, no lo haré. Te veré a las ocho —con un suspiro, colgó el auricular

—. Ya está. ¿Podrás estar lista a las siete y media? —le preguntó.

—¿Estar lista para qué? —quiso saber ella.

—Te voy a llevar a una fiesta que dan mis padres —allí podrás conocer a muchas personas de Bridgetown… estoy seguro de que te gustará. Piensa en todos los hombres a los que podrás fascinar y atraer con sus artimañas femeninas.

Los ojos de Lacey centellearon al comprender lo que él le decía.

—Para que ya no te importune más.

—Exactamente —asintió él, mordaz—. No tendrás más excusas para buscar mi compañía. Así tratarás de seducir a otros.

—¡Eres un idiota egoísta! No quiero seducir ni cautivar a ningún hombre en esta isla. Sólo he venido pasar unas semanas de

vacaciones.

—Y estás haciendo un buen trabajo —manifestó él—. Acosas a los desconocidos en sus hogares, te tropiezas con ellos en la calle y les estropeas la ropa, te quedas fuera de tu casa sin poder entrar y te extravías en una isla más pequeña que la ciudad de Los Ángeles. Y en cada ocasión recurres a mí, sabiendo que no puedo resistirme a tus miradas suplicantes ni a tu voz y que me apresuro a ayudarte.

—¡Vaya una ayuda! —estalló ella—. Siento haberte llamado el día de hoy. ¡Debí llamar a la policía! ¿Quién te necesita? —se liberó de su brazo y se dirigió furiosa a su casa.

Pero él la detuvo y la hizo volverse para mirarlo. Entonces se inclinó hacia ella y dijo con voz dura e inflexible:

—Me necesitarás un poco más. Te llevaré a esa fiesta y allí podrás conocer a la mitad de los habitantes de la ciudad. ¡Me necesitas para eso! ¡Tendrás que estar lista a las siete y media o, por Dios, que yo mismo te ayudaré a vestirte!

Lacey parpadeó. Sabía que era capaz de hacerlo, y se pasó la lengua por los labios.

—De acuerdo —retrocedió, abrió la puerta y cruzó corriendo el jardín, sin hacer caso de la intensa lluvia.

Una vez en el interior de su casa, titubeó. En realidad no quería volver a salir con esa lluvia, pero la atraía la idea de asistir a una fiesta. Conocería a otras personas y tal vez haría algunas amistades.

Estuvo lista mucho antes de las siete y media. Había elegido un vestido de gasa de color rosa que le daba un aire pudoroso, pero el pronunciado escote y la espalda desnuda desmentían esa apariencia. Se preguntó qué pensaría Jake al verla.

Moviendo la cabeza, se dijo que en realidad no le importaba, aunque en lo más profundo de su ser quería que se fijara en ella.

Se había rizado el cabello, sujetándolo con un broche y dejándoselo caer como una cascada sobre los hombros y la espalda. Se había maquillado muy poco, sólo para realzar sus ojos, pues su bronceado era perfecto. Se dijo que tal vez sería la sensación de la fiesta y Jake se arrepentiría de haberla llevado.

«¡Vaya una esperanza!», exclamó para sí. Probablemente él estaba encantado con su plan. Ahora ella ya no tendría motivos para renunciar a él. Paseando de un lado a otro de la sala, deseosa de que él apareciera, Lacey se preguntó si estaría haciendo lo

correcto. Cada vez que se juraba que no volvería a ver a Jake, algo volvía a hacer que se reunieran. Tal vez si conociera a otras personas no se interpondría constantemente en su camino. Y eso era lo que ella quería… ¿o no?

Oyó que llamaban a la puerta y, al abrirla, vio a Jake, vestido con un traje oscuro y protegido por un paraguas. Decidió no comentarle que tenía una apariencia fantástica, pues pensaría que estaba coqueteando con él. La lluvia había disminuido y el viento soplaba con menos fuerza.

—Ya estoy lista —tomó su impermeable y se lo puso rápidamente, pues se sentía cohibida delante de él con ese vestido. Se alzó el cabello y lo dejó caer sobre la espalda.

Él se apartó con una expresión seria e impasible. Tal vez no debería ir a esa fiesta, se dijo Lacey. Titubeó, pero él la empujó con suavidad, apoyando una mano con firmeza sobre su espalda.

La joven cambió de opinión cuando llegaron a la inmensa casa de Bridgetown.

Había docenas de coches aparcados en los alrededores. Un par de jóvenes recibían a los invitados y se llevaban sus vehículos para aparcarlos. Cuando les llegó el turno, uno de los jóvenes abrió la puerta del coche para que Lacey bajara y la protegió con un paraguas mientras la acompañaba a la puerta principal. Jake se reunió con ella un momento después.

—Hola, señor Wainwright —lo saludó el joven—. No sabía que vendría esta noche.

—Hola, Steve. ¿Has venido a casa a pasar las vacaciones?

—Así es. Echo de menos la isla cuando estoy en Inglaterra.

—Lo entiendo. Ve a verme esta semana; tal vez podré encontrarte un trabajo, si te interesa.

—Claro que sí. Gracias, señor Wainwright.

Lacey modificó su concepto de Jake. Era agradable saber que las empresas contrataban a los estudiantes durante los veranos para ayudarlos.

—¡Jake! —una mujer alta de cabello oscuro y ligeramente canoso, se acercó a ellos con una expresión de sorpresa y agrado—. ¡Me alegro de que hayas venido! ¿Y

ella es…? —le sonrió a Lacey.

La joven la reconoció como la mujer de la fotografía que había

visto en la sala de Jake; era su madre.

—Te presento a Lacey Stanford —declaró Jake—. Lacey, mi madre, Sally Wainwright.

—¿Cómo está, señora Wainwright? —la joven sonrió a la anfitriona.

—Llámame Sally, querida. ¡Qué vestido tan encantador! Me alegra mucho de conocerte. Ven, vamos a buscar a Joe. Te lo voy a presentar.

—Madre, quiero que esta noche Lacey conozca a tantas personas como sea posible —le indicó Jake—. Estará aquí de visita durante algunas semanas y…

—Y tal vez se siente sola cuando tú estás trabajando. Lo entiendo —dijo Sally e instó a la joven a que la acompañara. Buscó entre la multitud y al fin encontró al hombre que buscaba—. Joe, quiero que conozcas a la amiga de Jake. Lacey Stanford.

Lacey, éste es Joe, el padre de Jake —Sally sonrió a ambos, con la mirada fija en la joven.

Ésta sonrió y estrechó la mano de Joe Wainwright. Era alto y de constitución fuerte; por lo visto, Jake había heredado el físico de su padre.

—A decir verdad, realmente soy vecina de Jake. Me alojo en la cabaña de la señora Tuttle —explicó.

La expresión de Sally sufrió una brusca transformación, de complacida a desconcertada. Luego volvió a sonreír.

—¡Eso es circunstancial! No importa, estás aquí y es la primera vez en mucho tiempo que trae a alguien a casa desde lo de Elizabeth. Me alegro mucho de conocerte.

—¿Elizabeth? —Lacey se quedó extrañada. Hacía mucho tiempo de eso. Se volvió para mirar a Jake, que a su vez la miró a los ojos, enigmático.

—Oh, aquí están Kyle y Lynn. Ven a conocer a unos amigos de Jake, Lacey.

Sally le presentó al joven doctor Kyle Lincoln y a su esposa, Lynn, y le explicó que eran amigos de Jake desde la infancia. Lynn en seguida le cayó muy bien a Lacey y poco después charlaba como viejas amigas.

Empezaba a disfrutar con la reunión. Lynn la presentó a otros jóvenes; algunos habían visitado California y Lacey pudo comparar

sus impresiones con las que ella tema de su estado natal. En una ocasión, alzó la vista y descubrió a Jake observándola fijamente desde el otro extremo de la habitación, con la mirada fija en su escote. Sentía su mirada como si la tocara y, por un momento, sintió un hormigueo en los senos y se olvidó de las personas que charlaban a su alrededor.

Sólo podía ver a Jake y sentir su mirada fija en ella.

La orquesta empezó a tocar en la sala contigua y varias parejas se levantaron para bailar. Uno de los jóvenes que Lacey acababa de conocer la invitó a bailar y ella aceptó sonriente. Cuando se dirigían al salón, buscó a Jake con la mirada y de nuevo lo descubrió observándola; le sonrió, preguntándose si después la invitaría también a bailar. Él miró a su pareja y frunció el ceño, volviéndose hacia las personas con quienes estaba conversando e ignorando a Lacey, que se sintió como si le hubiese abofeteado. Se dijo que a él no le importaba con quién estaba ni lo que hacía. Había sido una tonta al suponer que él querría bailar con ella.

No era lo mismo bailar con el joven al que acababa de conocer. Bailó varias piezas, una de ellas con Kyle Lincoln. Le hizo varias preguntas acerca de Barbados, evitando mencionar a Jake, pero él no se mostró tan reservado y le contó algunas anécdotas de cuando eran niños. Lacey rió al escuchar sus hazañas y disfrutó bailando con él.

Cuando Jake los interrumpió, se volvió para mirarlo sorprendida y sonrió, a pesar de sí misma. Él hizo un gesto de asentimiento a su amigo y rodeó la cintura de la joven con un brazo, mientras que con la otra mano tomaba la de ella. Lacey se relajó y se acercó más a él.

—Me perturbas con ese vestido —comentó él en voz baja mientras se movían al ritmo de la música.

—¿Por qué? —le preguntó ella, sonriendo seductora.

—Ni siquiera te has puesto sostén… ¿eso también forma parte de tu estilo libre y despreocupado de California?

—Jake —rió ella con suavidad—, puedo mencionarte por lo menos a cinco mujeres que he conocido esta noche que no llevan sostén. ¿Esa es una muestra de las costumbres liberales del trópico?

A pesar de que frunció el ceño, Jake continuaba mirándole la espalda desnuda.

Sus dedos eran cálidos y firmes, y trazaban excitantes círculos

sobre su piel suave como la seda. Lacey se acercó más y él suavizó su expresión.

—He conocido a muchas personas agradables. Gracias por haberme traído —le dijo ella, sonriente— Kyle me ha caído muy bien.

—Está casado —le recordó bruscamente.

—Sí, lo sé… con Lynn. También ella me gusta —por un segundo, creyó ver en su rostro una expresión de nostalgia, pero desapareció tan rápido que pensó que lo había soñado. ¿Por qué habría de sentir Jake Wainwright nostalgia por algo?

—Son muy afortunados —fue todo lo que él dijo— Si ya has conocido a muchas personas, regresemos a casa. Por lo común no asisto a las fiestas que ofrecen mis padres.

—¿Por eso tu madre piensa que soy tu chica? —se burló ella, pues había llegado a esa conclusión después de escuchar varios comentarios de la señora Wainwright durante la velada.

Jake la sujetó con más fuerza y la llevó al extremo más alejado del salón, a salvo de las miradas de las parejas que bailaban.

—Tú no eres mi chica y si eso es lo que piensa mi madre, muy pronto se lo aclararé. Es lo que has estado buscando durante todo el tiempo, ¿verdad? Pensaste que podrías intentarlo. Para ti todo es un juego… un momento para soñar, una fantasía. Juegas con las emociones de los demás y luego buscas a otro. ¡Hasta que encuentras a alguien con más dinero para atraparlo!

La voz de Jake era baja y áspera; sus ojos centelleaban y le apretaba la mano con fuerza. Estaba furioso. Ella sólo había bromeado al hacer ese comentario sobre su madre.

—Jake, lo siento, no he querido hacerte enfadar. ¡Me estás haciendo daño! Yo no soy Elizabeth, no me coloques en su misma categoría. No tengo la culpa de lo que te sucedió en el pasado; no creo estar hecha con el mismo molde. Soy diferente. Él aspiró profundamente, dándose cuenta por primera vez de las lágrimas que le inundaban los ojos y de la fuerza con que la sujetaba.

—Me iré ahora mismo —declaró—. Si quieres que te lleve a casa, lo haré. Pero si prefieres que lo haga una de tus conquistas de esta noche, házmelo saber.

—No he hecho ninguna conquista. Me iré contigo —respondió ella, parpadeando para contener las lágrimas.

Estaba furiosa. Él la había llevado allí para que conociera a otras personas… a otros hombres, según dijo. Y ahora se comportaba como si ella hubiese hecho algo malo al charlar con las personas que él mismo le había presentado. ¿Qué le sucedía?

Parecía como si estuviera celoso. De inmediato apartó esa idea de su mente, pues no podía haber nada más alejado de la verdad.

Jake la soltó y cruzó el salón. Lacey forzó una sonrisa y lo siguió despacio, despidiéndose de varios invitados. Lynn la alcanzó justo cuando llegó al vestíbulo.

—¿Ya os vais? —le preguntó.

—Sí. Espero volver a verte pronto —respondió Lacey.

—Por supuesto… te llamaré. Tengo el número de teléfono de la cabaña…

Eleanor y mi madre son buenas amigas. Encantada de conocerte, Lacey.

La joven buscó a sus anfitriones y se despidió de ellos.

—¿Cuándo nos volveremos a ver, querida? —le preguntó Sally al darle un abrazo de despedida.

—No lo sé, pero los llamaré antes de regresar a casa —se dijo que debía ser Jake quien aclarase las cosas con su madre; ella sólo quería irse a su casa.

Jake había pedido que le acercaran el coche, que llegó justo cuando Lacey se reunió con él en el pórtico. Se había apresurado al ver que ya había salido y llevaba el impermeable en un brazo. La tormenta había amainado; ahora la lluvia era ligera, apenas una llovizna. Lacey le sonrió de manera tentativa, pero él no correspondió a su sonrisa; sin decir una palabra, la ayudó a subir al coche y emprendió el camino de regreso. La joven contempló con expresión estoica las calles oscuras y mojadas. Se preguntaba por qué Jake estaba tan molesto. Habría sido idea suya ir a esa fiesta y prácticamente la había obligado a acompañarlo.

Se estremeció, deseando haberse puesto el impermeable. Jake encendió la calefacción, como si le hubiera leído la mente.

—Gracias —dijo ella con cortesía, agradecida por su amabilidad. No tardó en entrar en calor y se relajó un poco. Ya era tarde y se alegraba de regresar a casa.

Jake detuvo el coche frente al sendero de la cabaña. Apagó el motor y las luces y abrió la puerta.

—Puedo ir sola —Lacey bajó del coche, pues no deseaba prolongar la velada.
—Te acompañaré —fue todo lo que él dijo.
Lacey sacó las llaves de su bolso, pero Jake se las quitó y abrió la puerta. Sólo había una pequeña lámpara encendida en el vestíbulo y el resto de la casa estaba sumido en la oscuridad.
—Gracias por la invitación —murmuró ella, de pie en el vano de la puerta. Si él tenía tanta prisa por llegar a casa, no lo detendría.
—Ahora ya conoces a otras personas en la isla.
Su rostro estaba en la sombra y Lacey no podía verlo bien.
—Así que ya no necesitaré pedirte ayuda —repuso ella con falso tono jovial.
—Ya tienes otros con quienes podrás practicar tu magia. Pero te daré un consejo: Mantente alejada de Kyle.
Lacey no añadió que casi todas las personas que había conocido esa noche estaban casadas; no tenía sentido destacar lo evidente. Si Jake la creía capaz de intentar conquistar a un hombre casado, entonces no la conocía. No había ido a Barbados en busca de una aventura.
—No te preocupes por mí —repuso deseando cerrar la puerta y poner fin a la velada.
Jake deslizó un dedo a lo largo de su mejilla y ese contacto la sorprendió después de todo lo que le había dicho. Lo observó en las sombras, deseando verlo con claridad. Él siguió deslizando el dedo a lo largo del cuello y la clavícula, hasta que llegó al borde del escote. Luego, lentamente, lo delineó hasta deslizarlo por el valle que se abría entre sus senos.
Lacey contuvo el aliento, con el corazón acelerado. Una extraña languidez la invadió y sintió las piernas débiles. Entonces le sujetó la mano y la apartó de sí, pero Jake la tomó de la muñeca y le inmovilizó el brazo detrás de la espalda. No le dolía, pero esa posición la obligaba a arquear el cuerpo hacia él. Jake se acercó todavía más.
Con la mano que tenía libre le sujetó la cabeza para besarla.
La joven dejó caer el impermeable al suelo y levantó el rostro para recibir el beso, los labios de Jake era ardientes y exigentes; su lengua reclamaba acceso a la suavidad de su boca, causando un caos en sus emociones. Lacey apenas podía respirar. El calor de la

boca de Jake parecía quemarla, despertando en ella deseos y anhelos que nunca antes había conocido.

Correspondió al beso y su lengua inició con la de él una danza erótica. Luego deslizó los dedos por la fina tela de su camisa y sintió el movimiento de sus duros músculos bajo sus yemas. El calor de Jake era comparable al suyo y se olvidó de que antes tenía frío. Entonces un coche pasó en ese momento por la carretera y produjo un destello de cordura en ese frenesí. Jake se apartó y la miró, con los ojos brillantes bajo la débil luz de la lámpara. Lacey respiraba con dificultad, como si acabara de correr. Temía desplomarse al suelo; sus temblorosas piernas no la sostendrían durante mucho tiempo más.

Se sintió vagamente complacida al observar que Jake también respiraba con dificultad, a pesar de que su expresión era de cólera.

—Eres una hechicera, pero no me atraparás con tus hechizos —declaró en voz baja y la soltó.

Sin decir otra palabra, giró sobre sus talones y se dirigió a su coche. Lacey se quedó en el vano de la puerta y lo observó hasta que los faros se encendieron y el motor cobró vida. Permaneció allí durante mucho tiempo después de que él entrase en su propiedad.

A la mañana siguiente, después de asegurarse de que el coche de Jake no estaba en el sendero, Lacey se dirigió a la playa. Más tarde, después de comer, encontró un buen libro para leer y se instaló debajo de uno de los árboles en el pequeño jardín de la cabaña, disfrutando de la suave brisa tropical. La frescura del día anterior había desaparecido con la tormenta y el aire era tibio y perfumado. Lacey disfrutó intensamente.

De repente, oyó el ruido de un coche al entrar en el sendero. Se puso de pie a toda prisa y se dirigió a la parte delantera. Un sonriente joven bajaba del vehículo de la señora Tuttle.

—¿Usted es la señorita Stanford? —preguntó el recién llegado. Detrás de él, un camión se detuvo en la carretera y esperó.

—Sí.

—Vengo del taller de George. Ya hemos arreglado su coche. Por favor, firme aquí —le mostró el recibo.

Lacey se quedó paralizada. ¿Cómo había podido olvidarse del coche de la señora Tuttle? Firmó el recibo y se lo entregó.

—¿Cuánto debo pagar? —preguntó.

—Ya está pagado, señorita —el joven le hizo un gesto de despedida y volvió por el sendero hacia el camión que lo estaba esperando.

Lacey sonrió, Jake era tan considerado con ella… la había llevado a la fiesta, la había rescatado y además se había encargado del coche. Por supuesto, no podía permitir que él pagara la reparación. Tendría que darle las gracias y devolverle el dinero. Lo haría tan pronto como él llegara a casa.

Jake llegó cuando Lacey estaba comiendo. La joven oyó su coche en el sendero y dejó su comida para ir a buscarlo antes de que él pudiera entrar en su casa.

—Jake, gracias por haber arreglado mi coche. ¡Ha sido algo maravillo!

—No ha sido ningún problema.

Su voz era tranquila, pero apretó los puños al mirarla y luego desvió la vista hacia el mar. No añadió nada más y Lacey se apresuró a hablar para poner fin a tan incómodo silencio.

—Bien, de cualquier forma, gracias. Te pagaré la factura, si me dices cuánto ha sido —deseaba que la mirara, que hiciera algo además de seguir allí a su lado con ese aire indiferente.

—Le pediré a alguien de la oficina que te envíe la factura —volvió a mirarla, titubeó un momento como si quisiera añadir algo más y luego se volvió para dirigirse a su casa.

Lacey se quedó inmóvil. La invadió una oleada de frustración. ¡Jake ni siquiera se interesaba en ella, y ella empezaba a interesarse demasiado en él! Con un suspiro, dio media vuelta y volvió a la cabaña.

Capítulo 7

Los dos días siguientes pasaron sin que sucediera nada. Lacey tenía cuidado de mantenerse oculta cuando Jake salía o volvía de trabajar. Se aseguraba de ir a nadar durante el día; no quería salir al anochecer, para evitar la posibilidad de encontrarse con Jake bajo la luz de la luna.

Al tercer día, cuando regresaba para comer, se sorprendió al ver dos coches en el sendero; uno era el de Jake. ¿Habría invitado a alguien a comer? Por lo común, él no comía en casa los días laborables.

Después de comer, Lacey tomó una ducha y se puso un pantalón corto y una blusa ligera, pues hacía calor y no pensaba ir a ninguna parte. Se recogió el cabello y bajó la escalera para buscar su libro. Miró por la ventana y vio que el coche de Jake seguía en el sendero, mientras que el otro había desaparecido. Se preguntó si estaría en casa.

La novela de misterio que estaba leyendo la tenía cautivada. A la sombra de la mimosa, la temperatura era fresca y agradable. De repente, el ruido de unos cristales rotos, seguido de una fuerte maldición, la hizo apartar la atención del libro y alzar la vista hacia la casa de Jake. El sonido procedía de allí, y se preguntó si habría sucedido algo malo. Escuchó con atención, frunciendo el ceño. Sí, allí estaba de nuevo, en esa ocasión más ahogada, pero definitivamente era una maldición.

Pensó que tal vez Jake habría roto un cristal y se había cortado. Se puso de pie y dejó el libro a un lado. Curiosa, decidió ir a ver si sucedía algo malo. Caminó sin hacer ruido alrededor del muro que separaba los dos jardines y se dirigió hacia la parte posterior de la casa de Jake. Llamó a la puerta de alambre, pues la de madera estaba abierta.

—¡Ten cuidado si entras! ¡Hay cristales por todas partes! —gritó Jake desde la cocina.

Lacey abrió la puerta y entró, pero necesitó un momento para que sus ojos se acostumbraran a la luz más tenue. Jake estaba reclinado contra el mostrador. Vestía un pantalón corto y una camisa oscura, pero lo más sorprendente era que se apoyaba en

unas muletas, ya que tenía una pierna escayolada hasta la rodilla. Estaba rodeado de cristales y restos de ensalada de patatas y parecía disgustado. Lacey captó la situación con una mirada y fue a buscar una escoba.

—Yo barreré. No te muevas.

Encontró la escoba y recogió los cristales y la ensalada. Cuando terminó, buscó una fregona y, a toda prisa, terminó de limpiar el suelo, estudiando a Jake mientras realizaba su tarea. Estaba pálido y su expresión era de dolor.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó. Podía ver una magulladura que empezaba a aparecer en su frente y otra en su brazo izquierdo —. ¿No deberías estar sentado?—preguntó.

Él la miró furioso por un momento; luego cerró los ojos y suspiró.

—¡Me siento fatal!

—Tal vez deberías tumbarte —la joven le tocó un brazo y lo miró preocupada

—. ¿Necesitas ayuda?

—No, no necesito ayuda —se irguió y caminó con las muletas hasta la silla que se encontraba a un lado de la mesa de la cocina. Se sentó, pero, por lo visto, no sabía qué hacer con las muletas.

Lacey se las quitó y las colocó contra la pared.

—¿Era tu comida? —preguntó señalando el desastre que acaba de limpiar.

—Sí, tenía hambre. ¡Ni siquiera puedo sostener un maldito plato con las manos!

—Es difícil cuando las necesitas para las muletas. Te prepararé algo. ¿Qué ha sucedido?

—Me caí por una escalera en el trabajo y me lesioné un tobillo —le informó él.

—Y por lo que veo, también la cabeza —Lacey pensó preocupada que habría podido resultar seriamente lesionado, o incluso, morir. Por un momento se quedó horrorizada al pensar en eso, pero luego movió la cabeza y se dispuso a prepararle algo de comer.

—Así que ahora vas a impresionarme con tus habilidades culinarias —murmuró él, mirándola ceñudo.

Lacey sonrió con alegría, ignorando su mal humor, mientras

buscaba en los armarios de la cocina.

—Sí, si te impresionan mis bocadillos de miel y mantequilla de cacahuete; de lo contrario, creo que sufrirás una decepción.

Jake se relajó un poco y se reclinó contra el respaldo de la silla mientras la observaba.

—Tampoco hoy llevas sostén —comentó él.

—No… hace demasiado calor. ¿Crees que lo necesito? —se volvió para mirarlo con expresión atrevida.

Él fijó la mirada en sus senos, hasta que la hizo ruborizarse. Luego sonrió y negó lentamente con la cabeza.

Disgustada por haber permitido que la turbara de esa forma, la joven se volvió hacia el mostrador y preparó el bocadillo. Se lo había buscado, pensó sintiendo que las mejillas le ardían. Pero por un momento Jake se había olvidado de su dolor, así que, después de todo, había valido la pena. Aspiró con fuerza y cortó en dos el bocadillo; luego lo colocó en un plato y lo puso delante de él. También le sirvió un vaso de leche que colocó cerca del plato. Él seguía observándola con ojos brillantes.

—¿Podrías ponerlo más a la derecha del plato? —le pidió él.

Lacey se inclinó y movió el vaso, captando su mirada por el rabillo del ojo. La tenía fija en el escote de su blusa, que se abrió cuando ella se inclinó. Lacey se irguió y lo miró furiosa, pero Jake se limitó a sonreír y tomó su bocadillo. A ella le entraron ganas de vaciarle el vaso en la cabeza. Retiró una silla y se sentó.

—¿Durante cuánto tiempo tendrás que llevar muletas? —le preguntó.

—El médico dijo que alrededor de una semana. Luego, si todo va bien, podré usar una escayola que me permita caminar.

—¿Cómo te caíste? —preguntó ella, mirándolo con curiosidad.

—¡Eso no es asunto tuyo! —rezongó él, mirándola ceñudo.

—Adiós, señor Wainwright —dijo Lacey con frialdad y se puso de pie.

Pero antes de que pudiera moverse, Jake la sujetó de un brazo.

—No te vayas. Lo siento —se detuvo un momento, mirándola a los ojos.

Ella lo miraba con una expresión entre colérica y compasiva. Sólo había querido ayudarlo.

—Diablos, odio decir todo el tiempo que lo siento —añadió él—.

Estaba pensando en otra cosa. Debí estar atento. Los peldaños son viejos, desgastados y desiguales; tropecé y rodé por la escalera —con el pulgar acariciaba con suavidad la tersa piel de su brazo.

—Los hombres refunfuñan cuando no están en perfectas condiciones —comentó Lacey, comprensiva—. Mi padre y mi hermano siempre lo hacen. ¿No deberías tumbarte?

—Tal vez… me duele la cabeza. Pero, por el momento, las escaleras me parecen un obstáculo insalvable.

—¿No tienes un sofá en el que puedas tumbarte? —le preguntó ella deseando retirar el brazo; los suaves círculos que él trazaba con el pulgar la perturbaban y podía ver sus pezones erectos debajo de la fina tela de su blusa. Necesitaba poner alguna distancia entre ellos antes de que él lo descubriera. Intentó apartarse y él la soltó para tomar el vaso de leche.

Lacey lo contempló mientras bebía. Vio que se había comido casi todo el bocadillo y sonrió al recordar su comentario acerca de sus habilidades culinarias.

—Te traeré algo de cenar —le prometió, retrocediendo hacia la puerta de la cocina.

—Yo puedo cuidar de mí mismo.

—Sí, claro, como puedes servirte un plato de ensalada de patatas —le recordó ella.

—Antes de irte, ¿podrías darme las muletas?

Lacey se había olvidado que las había dejado fuera de su alcance; cruzó la habitación y se las entregó. Quería irse, pero titubeó. Se preguntó si necesitaría más ayuda.

Jake se puso de pie lentamente y caminó por el pasillo hacia la puerta principal, Lacey iba a su lado, pues quería asegurarse de que llegara al sofá sin volver a caerse.

Él se detuvo y la miró, apoyado en las muletas. La joven se volvió para mirarlo.

Estaba demasiado cerca; retrocedió y tropezó con el primer peldaño. Antes de que pudiera impedirlo, Jake la besó.

—Podrías tirarme al suelo si quisieras —comentó él con suavidad, acariciándole los labios con los suyos.

—¿Por qué sigues haciendo esto? —murmuró ella contra su boca, mientras el corazón le latía con tanta fuerza que estaba segura de que él podía oírlo. Ansiaba su contacto, sus besos.

—No puedo resistirlo.

—Tendrás que hacerlo algún día —murmuró ella buscando su contacto, ansiando el placer y el deleite que le producían sus besos.

—No —deslizó la lengua por el labio inferior de la joven.

Pero cuando Lacey trató de capturar sus labios, Jake se apartó.

—Debo irme —murmuró ella, frustrada.

—Quédate —le pidió él.

—Ni siquiera te gusto.

—Pero te deseo.

Lacey no se movió; parecía como si estuviera a punto de desplomarse. Jake cambió de posición y la joven recordó sus lesiones. Debería tumbarse y ella debería obligarlo a hacerlo, poner fin a ese beso y ayudarlo a llegar al sofá, pero no quería que aquello terminara. Deseaba grabar cada beso en su memoria, recordarlo mucho después de que terminara aquel día. Quería recordar su boca, el intenso calor que generaba en su interior… eso era su tesoro. No quería que terminara, pero debía ponerle fin.

Despacio, apoyó las manos sobre su pecho, empujándolo sin desequilibrarlo.

Jake apartó lentamente los labios de los de ella, mirándola como si quisiera conocer la razón por la cual había puesto fin a ese beso. Lacey lo miró a los ojos y trató de que su voz sonara normal.

—¿En qué estabas pensando cuando te caíste? —preguntó lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Eso no es asunto tuyo —su tono era suave y amable.

—¡Si te empujo ahora mismo quizá te lesiones la otra pierna! —lo amenazó Lacey.

Él la miró durante un buen rato y luego suspiró.

—En ti.

Se preguntó si había oído bien. Jake había hablado en una voz tan baja que no estaba segura.

—¿Necesitas ayuda para llegar al sofá? —le preguntó, aún consciente de la cercanía de su cuerpo. Deseaba quitarse la ropa, desnudarlo a él y tumbarse a su lado, pero sabía que jamás se atrevería a expresar ese deseo.

Jake se irguió y se apartó.

—Te he dicho que no necesito tu ayuda para nada. Gracias, de todas maneras

—su voz se tornó fría y formal.

Lacey se sintió herida, pero se negó a permitir que él lo notara.

—Más tarde te traeré algo de cenar —se dispuso a alejarse.

—Tengo amigos y familiares muy cerca de aquí. No necesito que me cuides, ni que me muestres tus habilidades domésticas —declaró él.

—¡Lo dejaré encima de la mesa de la cocina cuando yo termine de cenar; ¡Si quieres puedes dejarlo allí hasta que se ponga verde y cubierto de moho! —gritó ella sin darse la vuelta. Se preguntó por qué él trataba deliberadamente de provocarla.

Dio un portazo al salir, pero no logró nada con eso, excepto desahogar sus sentimientos. Era el hombre más irritante que había conocido. Y lo amaba. Lacey se sintió entonces como si le hubiesen dado una patada en el estómago y se detuvo un momento. No podía amarlo… ni siquiera le gustaba a ese hombre. Pero si la deseaba y ella a él. Lo amaba por su bondad y su consideración, incluso por su mal humor. Su atractivo y su forma de hacer ciertas cosas por ella, aunque había jurado que jamás volvería a hacer nada parecido, eran una combinación muy poderosa. Sus besos eran leales y sus caricias la excitaban como nadie lo había hecho antes. Le dolía saber que se había lesionado y se inquietaba al pensar en lo que pudo haber sucedido.

Pero no permitiría que la catalogara como a las demás mujeres de su vida. Ella no era como Suzanne y sus primas, enamoradas de él durante un verano, y tampoco como Elizabeth, que sólo buscaba una buena oportunidad. No soportaría que él descubriera sus sentimientos y se riera de ella. Lo amaba, pero él jamás debería saberlo. Despacio, reanudó el camino hacia su cabaña.

Preparó jamón con patatas y maíz para la cena. Le quedaban algunas galletas del día anterior, así que puso algunas en la bandeja que preparó con todo cuidado para llevárselas a Jake.

Una vez en la casa de su vecino, dejó la bandeja sobre la mesa de la cocina, frente a la silla que Jake había ocupado, y contempló su obra. Té helado, jamón con patatas, galletas, servilletas y cubiertos. Tenía todo lo que podía necesitar… si decidía cenar. Esperando que no dejara que la cena se echara a perder, Lacey se dispuso a salir.

—¿Lacey? —preguntó Jake, desde el vestíbulo.

—Te he traído la cena. Buen provecho —se dirigió apresurada hacia la puerta.

—¡Lacey, vuelve aquí!

—No puedo, se me está enfriando la cena.

Cruzó corriendo el jardín hacia la puerta de atrás y se sentó a cenar. No tenía mucho apetito. Se dijo que debió haberse quedado en la casa de Jake y asegurarse de que se comiera lo que le había preparado. Volvería después para recoger los platos vacíos. Miró por la ventana para ver si había alguna luz en la parte posterior de la casa de Jake; así era. Con suerte, eso significaba que estaba cenando.

Eran más de las nueve cuando Lacey fue a recoger los platos sucios, después de retrasar el momento de volver al lado de Jake. Entró en la cocina y no lo vio allí. Era obvio que le había gustado la cena, pues el plato estaba casi limpio y el té helado había desaparecido. Volvió a colocar todo sobre la bandeja y sacó del fregadero los otros platos sucios. Los lavaría con los suyos y se los devolvería a la mañana siguiente, cuando le llevara el desayuno.

En el mostrador vio dos frascos abiertos; uno de ellos contenía aspirinas. Lacey examinó el otro. Era un medicamento para el dolor. «Pobre Jake, en realidad debe de dolerle mucho», pensó. Titubeó, preguntándose si él estaría bien. Tenía que saberlo.

Dejó los platos encima del mostrador y caminó despacio por el pasillo. Se detuvo en el vestíbulo y se preguntó dónde estaría él. Se asomó a la habitación contigua y vio allí a Jake. Estaba tumbado en el sofá, dormido.

—¿Jake? —preguntó con suavidad.

—¿Hmm? —murmuró él sin abrir los ojos.

—¿Estás bien? —volvió a preguntarle en voz baja, con expresión preocupada.

—Me siento muy mal —respondió en voz baja y quejumbrosa.

—Estás muy incómodo. ¿No se puede extender el sofá?

—Sí, pero es demasiado complicado…

Ella dio media vuelta, subió por la escalera y se dedicó a buscar ropa de cama en los armarios. Llevando en los brazos las sábanas, unas almohadas y una manta ligera, volvió al lado de Jake en cuestión de minutos.

—Vamos, te prepararé la cama —le indicó con tono vivaz.

—Lacey, te lo dije antes, puedo arreglármelas muy bien solo —su voz había recobrado algo de su antigua fuerza.

—Sí, ya lo veo. Te lo prometo, Jake, no le diré a nadie que te he ayudado y podrás representar eternamente tu papel de macho, pero, ¿no te sentirías mejor en una cama cómoda, donde puedas estirarte y descansar?

—Si vas a usar conmigo ese tono meloso, ¿por qué no hablas como las malditas enfermeras y usas el «nosotros»? ¿No nos sentiríamos mejor en una cama? —abrió los ojos y la miró furioso.

A Lacey le gustó la idea: los dos juntos, en una cama. Parpadeó. Esas ideas eran demasiado peligrosas. Ignorando su tono, dejó las mantas sobre una silla y le acercó las muletas. Aunque quería ayudarlo, se abstuvo de hacerlo, pues sabía que eso lo enfurecería. Jake se sentó, ahogando un gemido.

—Vi los analgésicos en el mostrador —comentó Lacey—. ¿No te han ayudado?

—Eso creo, pero me siento como si estuviera drogado y me duele mucho la cabeza.

—Y estoy segura de que también el tobillo y el brazo —le resultaba difícil disimular su compasión. Le dolía verlo sufrir.

—Y las costillas… también me duelen —se puso de pie y se dirigió hacia un sillón vacío, en el que se sentó agradecido.

Lacey preparó la cama a toda prisa.

—Ya está. ¿Podrás arreglártelas solo? —le preguntó al terminar.

—Sí —rezongó él, mirando ceñudo la cama.

Lacey sonrió; era evidente que Jake no quería estar en deuda con ella. Se arrodilló a su lado para mirarlo. Jake la observó por un momento y le acarició una mejilla.

—Con esto, sólo estoy correspondiendo a todo lo que has hecho por mí desde que tuviste la desgracia de conocerme —murmuró ella—. Tu sagrada independencia está a salvo.

Él sonrió, sin dejar de mirarla a los ojos. Deslizó una mano a todo lo largo de su cuello hasta llegar a sus hombros y luego le rozó levemente un seno. Era demasiado; Lacey no podía seguir allí. Se puso de pie de un salto y le sonrió, esperando que él no adivinara sus caóticos sentimientos.

—Buenas noches, Jake. Te traeré el desayuno por la mañana —antes de que él pudiera decir algo, se inclinó para besarlo en la

mejilla y luego se alejó.

Capítulo 8

A la mañana siguiente, Lacey se despertó con una vaga sensación de expectación. Se quedó unos minutos en la cama, sonriendo al imaginarse a Jake cuando le llevara el desayuno. ¿Se lo serviría en la cama? No le agradaba depender de ella, se lo había dicho con toda claridad, pero no tenía otra opción. No podía arreglárselas solo y, además, no era algo tan grave. Le resultaría divertido irritarlo así; sería una pequeña venganza por la forma en que la había tratado.

Se levantó y se puso su traje de baño y encima una camiseta; luego se recogió el cabello y se dispuso a iniciar el día. Cuando terminó de desayunar, se preparó para enfrentarse a Jake. Se sentía deseosa de verlo y, al mismo tiempo, cohibida. Rió al pensar en ello; estaba acostumbrada a enfrentarse a situaciones más serias, que prepararle el desayuno a un vecino.

Rodeó el muro de piedra para llegar a la casa de Jake y abrió la puerta de alambre; la de madera se había quedado abierta durante la noche. Preguntándose si él se encontraría bien, entró en la cocina. ¿Le prepararía un tazón de cereal, o huevos con jamón? Tal vez lo último, pues necesitaría mucha energía para recuperarse.

Decidió preguntarle cómo prefería el desayuno y si quería tomarlo en la cama.

Se detuvo en la puerta de la sala y se sorprendió al ver que Jake seguía dormido.

Vaciló, no sabía si despertarlo o dejarlo dormir; pensó que esto último tal vez sería lo mejor. Vio la ropa amontonada en el suelo, a un lado de la cama; de inmediato supuso que no debía de llevar nada puesto debajo de la sábana que lo cubría hasta la cintura. Su respiración era uniforme y en el costado izquierdo tenía una magulladura.

Necesitaba afeitarse y, de pronto, Lacey ansió acariciar sus ásperas mejillas.

Cerró los puños para resistir la tentación.

—¿Ya ha amanecido, o estoy soñando?

Lacey lo miró a la cara; él la observaba con una leve sonrisa.

—Ya ha amanecido —respondió—. He venido porque ya es hora

de desayunar.

—No he preparado nada —sonrió burlón.

—Lo sé —ella sonrió a su vez—, pero yo puedo hacerlo, sólo que no sabía si prefieres cereales o un desayuno más sustancioso.

—¿Huevos con jamón? —Jake se sentó y la sábana se deslizó peligrosamente por debajo de su cintura.

Lacey contuvo el aliento. Debía irse de allí, lo sabía, pero no podía apartar la vista de él. Estaba bronceado hasta la línea del traje de baño; pudo ver una franja más pálida y comprendió que estaba completamente desnudo debajo de la sábana. Al mirarlo a los ojos, advirtió su expresión burlona.

—Te prepararé unos huevos con jamón. No tardaré —se dio la vuelta para escapar antes de que pudiera cometer un disparate, pero la voz de él la detuvo.

—Si no te importa, por favor, espera unos minutos. Necesito una ducha.

—¿Vas a subir por la escalera? —preguntó ella, volviéndose para mirarlo.

—En este piso no hay ducha. Además, hoy me siento mejor.

—Creo que no deberías mojarte —le indicó ella.

—¿Te sientes «mamá gallina»? La envolveré en plástico. ¡Pero me daré esa ducha! Y te sugiero que me dejes pasar; de lo contrario tal vez tu sensibilidad californiana, libre y despreocupada, se escandalizaría —Jake se dispuso a levantarse.

—Tienes razón —murmuró Lacey a toda prisa y huyó hacia la cocina.

Preparó el café y dejó los huevos y el jamón a un lado, listos para freídos cuando Jake bajara. Después de unos minutos, oyó el agua de la ducha y luego el ruido cesó. Poco más tarde, supuso que él ya debería de estar vestido y casi listo para bajar. Sirvió una taza de café para llevársela. Se detuvo en lo alto de la escalera y miró a su alrededor, preguntándose dónde estaría. La puerta del cuarto de baño que ella había usado el día de la tormenta estaba abierta, pero no había nadie allí. Había otras habitaciones que daban al pasillo.

—¿Jake?

—Aquí estoy.

Ella siguió el sonido de su voz y llegó a un amplio dormitorio, amueblado con muy buen gusto y dominado por una enorme cama.

La ventana tenía vistas al jardín y al mar. Mirando hacia el cuarto de baño, vio a Jake delante del espejo, apoyado en las muletas y con la cara cubierta de espuma. De inmediato, los ojos de Lacey se vieron atraídos a la toalla que llevaba atada a la cintura, a modo de un *sarong*. Se ruborizó al verlo y él sonrió, obviamente divertido al notar su incomodidad.

—Te he traído una taza de café. ¿Lo tomas solo? —la joven le tendió la taza y él le sujetó la mano al tomarla.

—Me gusta solo y caliente —se llevó la taza a los labios y bebió un sorbo, mirándola a los ojos con expresión sensual.

A Lacey se le aceleró el corazón mientras lo miraba a los ojos. Sentía en el estómago un nudo de excitación.

—¿Ya estás listo? —le preguntó, hipnotizada por su mirada.

—¿Listo para qué? —quiso saber Jake.

—Para desayunar —trató de liberar su mano y sintió una extraña decepción cuando él la soltó.

—Necesito afeitarme. Quiero ir a trabajar —declaró él, poniéndose más espuma en la cara.

—Por todos los cielos, ¿no pueden prescindir de ti por un día? ¿No crees que deberías descansar un poco antes de volver a tu rutina normal?

—Cuando necesite que me digas cómo debo vivir mi vida, te llamaré. Hay ciertas cosas que es necesario hacer y yo soy el único que puede realizarlas.

Lacey frunció el ceño y le hizo una mueca. Sabía que su comportamiento era infantil, pero no le importaba. Él no tenía ningún derecho a reprenderla. Jake levantó una ceja al ver su gesto.

—La próxima vez que hagas eso, te besaré.

Lacey abrió mucho los ojos y trató de reprimir la intensa sensualidad que la invadió ante la imagen evocada por su comentario. Se pregunto cuándo volvería a besarla y, como si hubiera expresado su pregunta en voz alta, él la sujetó de un brazo, atrayéndola hacia sí.

Se inclinó sobre ella y la besó. Lacey entreabrió los labios y sintió su lengua adentrándose en su boca acariciándola. Al fin, Jake se apartó, respirando con dificultad. Luego sonrió y alzó una mano para limpiarle la crema de afeitar de sus labios, con un gesto lleno de ternura.

—Pareces una niña con la cara cubierta de helado —la miró un momento y sonrió burlón—. Dentro de un momento bajaré a desayunar. Gracias por el café.

Lacey dio media vuelta y regresó a la cocina, aturdida. Amaba a Jake Wainwright. Quería estar a su lado todos los días, verlo cada mañana cuando se afeitaba, compartir el desayuno con él, y se había imaginado a sí misma con Jake allí, los dos acostados, amándose. Pero eso no era probable, pensó con una punzada. El dolor que sintió en su corazón era sólo el sabor anticipado de lo que experimentaría cuando se fuera de Barbados. Decidida, volvió a toda prisa a la cocina.

Se puso a calentar el aceite para freír los huevos. Acababa de retirarlos del fuego cuando Jake entró en la cocina. Se sentó ante la mesa y apoyó las muletas contra la pared.

—Tiene buen aspecto —comentó.

—No suelo cocinar a menudo, pues no me gusta, pero sé preparar unos huevos

—la joven se sentó a la mesa para acompañarlo.

—Creía que a todas las mujeres les gustaba cocinar —repuso Jake.

—A mí no. Lo hago cuando es necesario, pero en California como fuera generalmente.

—¿No tendrás que cocinar cuando te cases?

—Quiero casarme con un hombre… —empezó a decir ella.

—…que sea lo bastante rico como para contratar a una cocinera.

—No, que sepa cocinar —sonrió—. Así cocinaría para los dos. Además, no me gustaría tener una cocinera en mi hogar. ¿Qué pasaría si quisiera andar en camisón por toda la casa? No podría hacerlo con alguien más allí —volvió a fruncir el ceñoNo, nada de cocineras.

—Tú en camisón… vaya un pensamiento excitante. ¿El que usas es atractivo?

Ella sonrió, sintiéndose atrevida.

—El que me he traído es de algodón, casi transparente. Y el escote llega hasta aquí.

Sonrió de modo provocativo a Jake, quien a su vez la miró a los ojos con expresión burlona. Sabía lo que ella estaba tratando de hacer.

Atrapada en un extraño remolino de tensión, Lacey estaba tratando de explayarse en su descripción, para ver hasta dónde la dejaría llegar él. Pero antes de que pudiera continuar, oyó el ruido de un coche en el sendero.

—¿Esperas a alguien? —preguntó sorprendida.

—No.

Unos segundos después se abrió la puerta principal y una voz joven preguntó:

—¿Jake? ¿Estás aquí?

—Sí, madre, en la cocina —miró a Lacey, sacudiendo la cabeza con expresión apesadumbrada y se volvió hacia el pasillo.

Sally Wainwright se detuvo en el vano de la puerta, sorprendida al ver allí a Lacey.

—Buenos días —sonrió de manera cordial—. No sabía que mi hijo tenía alguien que lo cuidara. Esta mañana me he enterado del accidente. Ahora sé por que no me llamó ayer —entró en la habitación, retiró una silla y le sonrió a la joven.

—¿Quiere una taza de café? Ya está preparado —Lacey se puso de pie de un salto para buscar una taza Al escuchar la respuesta afirmativa de Sally, la llenó y le ofreció leche y azúcar.

—Estoy bien, madre… sólo me he lesionado un tobillo —le informó Jake—. No te llamé ayer porque estaba reposando.

—¿Y esas magulladuras en el brazo y la cara? —Sally miró fijamente a su hijo.

—No tiene importancia. Dentro de un rato, me iré a trabajar.

—No lo harás… he hablado con Kyle y me ha dicho que debes descansar unos días.

Lacey trató de disimular una sonrisa, pero el destello de disgusto que vio en los ojos de Jake le indicó que no lo había conseguido.

—Yo le aconsejé lo mismo —le comentó a Sally.

—¡Y yo te respondí que no necesito que una joven descarada me diga cómo debo vivir mi vida!

—¿Descarada? —repitió Lacey, mirándolo desconcertada.

—Sí, con la lengua demasiado larga… insolente, como decís vosotros, los norteamericanos.

—Si crees que con tus insultos me vas a hacer cambiar de opinión, te equivocas.

Además, los adultos que hablan claro no son forzosamente

descarados. Apuesto a que hoy te sientes peor; una lesión siempre duele más el segundo día. Y sigo creyendo que si administraras bien tu empresa, podría salir adelante un día sin su valioso líder —Lacey se puso de pie y tiró de su camiseta hacia abajo cuando la mirada colérica de Jake se vio atraída hacia sus piernas—. Me voy ahora mismo —le informó.

—Gracias por el desayuno —su tono indicaba que prefería no tocar lo que ella le había preparado.

—Lacey, gracias por haber cuidado de Jake —dijo Sally con una mirada divertida.

Lacey sabía que la señora se estaba divirtiendo con esa situación.

—Ahora ya no tendré que preocuparme por él, puesto que usted lo atenderá —repuso la joven.

—No soy un niño —protestó él, dejando el tenedor en el plato.

—Pues te comportas como si lo fueras —replicó Lacey, deseando volver a hacerle una mueca; se detuvo al recordar lo que sucedió la última vez que lo hizoMe voy —tenía los ojos brillantes y le dirigió una sonrisa cortés a Sally Wainwright.

—Pienso quedarme aquí un día o dos, Lacey —anunció la señora —. Espero volver a verte.

Lacey sonrió y asintió. Sin comprometerse ni pronunciar una sola palabra más, dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Se dijo que su esperanza de intimar con Jake se había malogrado. Su madre le prepararía las comidas y lo cuidaría durante los próximos días. En menos de una semana, Kyle Lincoln le cambiaría la escayola para que pudiera caminar y no habría razón alguna para que Jake no se las arreglara solo, como siempre lo hacía. Malhumorada, pensó que ya era hora de olvidarse de Jake y concentrarse en sus vacaciones.

Ese día no volvió a la casa de Jake. El coche de Sally seguía en el sendero.

Quería averiguar cómo seguía él, pero sabía que si iba a preguntar pensaría que se estaba entrometiendo.

Al día siguiente, por la tarde, Lacey fue a sentarse al jardín, a la sombra de un árbol. Había terminado de leer la novela de misterio y ahora había empezado un libro sobre la historia de Barbados.

—Hola. ¿Te disgustaría que charláramos un poco? —Sally

Wainwright estaba al borde del jardín, cerca del muro de piedra.

—Adelante. ¿Quiere un poco de té helado? —Lacey tenía un vaso a su lado, sobre el césped.

—No, hace poco que hemos terminado de comer. ¿No te interrumpo? —Sally señaló el libro.

—No, tome asiento —le indicó Lacey cerrando el libro y dejándolo al lado de su vaso de té—. ¿Cómo está Jake?

—Está trabajando. No le he permitido conducir para ir al trabajo, así que está usando el teléfono. Creo que lo tiene pegado a la oreja.

—Entonces, debe de sentirse mejor —comentó la joven.

—No, creo que aún siente mucho dolor, pero no quiere demostrarlo. Siempre ha sido muy obstinado en lo referente al trabajo y no se desalienta por algo tan insignificante como una caída.

—Tuvo suerte de que no fuera algo peor —Lacey se estremeció al pensar de nuevo en aquella caída.

—Sí —convino Sally—. Y supongo que no debí pensar en mantenerlo alejado del trabajó. Ha conseguido muchas cosas, pero aún cree que falta mucho por hacer.

—¿La empresa es un negocio familiar? —preguntó Lacey, recostándose en la tumbona.

—Sí. Era de mi padre antes de que falleciera —le explicó Sally —. Cuando murió, nos dejó las acciones a mi marido y a mí, pero el control quedó en manos de Jake. Mi padre no tuvo mucho éxito durante los últimos años de su vida y Jake fue quien sacó adelante el negocio. Ahora gana mucho dinero. Cuando él se hizo cargo, la empresa estaba perdiendo dinero y empleados con una rapidez alarmante, pero ahora la situación es completamente diferente.

Lacey ignoraba que Jake había tenido que vencer problemas tan serios para conseguir el éxito.

—Háblame de ti, Lacey —le pidió Sally—. La noche de la fiesta no tuvimos oportunidad de charlar.

La joven sonrió y le habló de su vida en Los Ángeles, que ahora le parecía tan remota. Hacía dos semanas que estaba de vacaciones y, dentro de poco, regresaría a aquella vida agitada del sur de California, tan diferente de la vida de Sally Wainwright. La tarde transcurrió rápidamente y Lacey lamentó que Sally tuviera que irse.

Deseó haber aprovechado el tiempo para averiguar algo más de Jake. Pero tal vez su curiosidad podría parecer excesiva y sabía que él se disgustaría si llegaba a enterarse.

Además, si Jake se salía con la suya, no volverían a verse. ¿Para qué quería entonces ella saber algo más de él? Pero en realidad lo necesitaba. Incluso si cuando regresara a Los Angeles jamás volvía a verlo, quería saberlo todo acerca de él.

Día tras día se asomaba al sendero de la casa de Jake para ver si su madre había ido a prepararle las comidas y a cuidarlo. Y cada mañana veía el coche de Sally en el sendero.

Lacey iba todos los días a la playa. Estaba más bronceada, y habían desaparecido las preocupaciones y el estrés del año anterior. Se sentía feliz y satisfecha, lo único que le faltaba era ver a Jake. No quería ir a su casa mientras su madre estuviera allí, pues ninguno de los dos la había invitado. Los días pasaban y ella ni siquiera lo había visto de lejos; era lo único que le faltaba para que el verano fuera perfecto.

Una mañana, cuando se asomó al sendero, descubrió que el coche de Sally ya no estaba allí. ¿Se habría retrasado, o ya le habrían cambiado la escayola a Jake para que pudiera caminar solo?

A la hora de la comida, Lacey volvió a asomarse al sendero. No había ningún coche. Se sintió tentada a ir y ofrecerse a prepararle la comida a Jake, pero algo la detuvo.

Se dijo que no le daría motivo para acusarla de estar persiguiéndolo. Si estaba lo bastante bien para que su madre pensara que podía arreglárselas solo, ¿quién era ella para entrometerse? Él sabía dónde vivía ella y si necesitaba algo, podía llamarla.

Mientras picaba apio y cebolla para la ensalada de la cena, se preguntó si se atrevería a ofrecerle un poco a Jake. Podía llamarlo por teléfono; no necesitaba verlo.

¿Pensaría que eso era perseguirlo? Se dijo que eso sería un simple gesto de buena vecina. Aún estaba discutiendo consigo misma, cuando Jake rodeó el muro de piedra.

Se movía con rapidez con las muletas, cruzando el césped del jardín. Al verlo, a Lacey se le aceleró el corazón. Vio cómo se sentaba en una de las sillas y la observaba a través de la ventana

abierta.

—Una visita aquí me dará algo que hacer, pues empiezo a sentirme enclaustrado —comentó él al fin, como si tuviera que explicar su presencia.

—¿Estás mejor? —le preguntó Lacey—. Me he dado cuenta de que tu madre ya no está.

—Ya puedo arreglármelas solo. No necesito una enfermera.

Lacey sonrió.

—¿Qué te parece si cenas conmigo esta noche, puesto que ya estás aquí? Tengo suficiente comida… pollo frito, galletas y ensalada. Y de postre, tarta de fresas con crema.

—De acuerdo, gracias —aceptó Jake.

Ella asintió y siguió picando el apio, deseando dar saltos de alegría. Hacía casi una semana que no veía a Jake y ahora estaba allí y se quedaría a cenar. Le resultaba difícil reprimir una sonrisa. Mientras preparaba el resto de la cena, miraba a través de la ventana de vez en cuando. Jake seguía sentado en la silla bajo la sombra, aparentemente contento de estar allí, observándola a ratos.

Cenaron dentro de la cabaña. Jake tenía una expresión algo distante, pero ella la ignoró y trató de encontrar temas de conversación que no se prestaran a discusiones y que les interesara a ambos.

Le habló de su infancia en el sur de California, de su hermano y de lo contenta que se puso su familia cuando se casó con Suzanne. A su vez, Jake le contó algunas historias que Kyle ya le había contado, pero la conversación se limitó a la infancia de ambos. Ella se sentía encantada de escucharlo.

El postre fue todo un éxito. Jake se terminó lo que ella le sirvió y le pidió más.

—Esa es una forma de dejar los platos —bromeó ella mientras recogía la mesa.

—Cocinas muy bien —comentó Jake.

—Por supuesto… ¿Qué hay más fácil que un pollo frito? Además ya te dije que sabía cocinar, aunque no me gusta. ¿Quieres café?

Cuando él asintió, Lacey preparó el café. A ella le gustaba con leche, pero recordó que Jake lo tomaba solo.

—Mañana me cambiaré la escayola y después de eso volveré al trabajo —anunció Jake, cuando ella llevó las tazas a la mesa.

—¿Quieres que te lleve a la ciudad? —le sugirió ella.

—No. Mi madre vendrá a recogerme.

—Es una vergüenza hacerla venir para eso. Yo podría llevarte, luego iría de compras y después pasaría a recogerte —Lacey contuvo el aliento. Le encantaría pasar más tiempo a su lado. ¿Aceptaría su propuesta?

Capítulo 9

Jake bebió un sorbo de café; luego dejó la taza sobre el plato y asintió despacio.

—Entonces acepto, si tú vas a ir de cualquier forma.

Lacey fijó la vista en su taza, pues no quería que él viera el brillo de alegría de sus ojos. No necesitaba decirle que ya había ido de compras esa semana y que no tenía necesidad de volver a la ciudad. Le fascinaban las tiendas de las calles Broad y High; podría entretenerse allí mientras él trabajaba y después lo llevaría al hospital para que le cambiaran la escayola. Deseaba pasar más tiempo a su lado, pues sus vacaciones pronto terminarían. Quería demostrarle que no le interesaba por su dinero, como él pensaba. ¿Pero alguna vez la creería?

—¿A qué hora quieres salir? —le preguntó sin mirarlo, con el corazón acelerado, temerosa de que cambiara de opinión.

—A media mañana estaría bien. Pasaré algunas horas en la oficina y después iré al hospital. Las tiendas abren a las diez, ¿verdad?

Lacey asintió.

—Me gustaría conocer tu oficina —recordó que se lo había sugerido una vez y que él se negó.

—Todas las oficinas son iguales. ¿Cómo es la tuya?

—Muy reducida. Paso muy poco tiempo en ella… por lo común estoy en el plato o en alguna reunión. Celebramos más reuniones de lo que imaginas.

—¿Juntas a la hora de la comida, en restaurantes elegantes? —preguntó él y en sus ojos brilló un destello de su antigua amargura.

—No es tan agradable, a menos de que tú seas la estrella —replicó Lacey—. En su mayor parte, es un trabajo duro. Empiezo a una hora temprana de la mañana y sigo allí hasta que termina el rodaje. Si todo sale bien, salimos a eso de las cinco o seis; si hay problemas nos quedamos hasta las once o doce de la noche.

Quería borrar la tristeza que veía en el rostro de Jake y sonrió al recordar algunas anécdotas que le habían ocurrido en su trabajo. Le habló de los problemas que había encontrado a lo largo de aquellos años, de los puntos débiles de los actores cuando estaban en escena,

de los problemas con el equipo y con los guionistas. Eso dio resultado. Poco a poco fue desapareciendo la expresión amarga de Jake y se fue interesando por lo que ella decía. Pronto brilló en sus ojos un destello de diversión.

Aún reía por un episodio divertido cuando miró hacia la ventana, atraído por la puesta de sol.

—Me fascina esta hora del día —comentó en voz baja.

A través de la ventana, Lacey podía ver el cielo, una gloriosa mezcla de tonos rosados, coral y malva.

—Es encantadora —convino ella también en voz baja mientras veía cómo el cielo cambiaba de color a cada segundo.

—Es mi hora favorita —declaró Jake, volviéndose para mirarla, sonriente—. Me encanta contemplar la sucesión de colores. He vivido aquí casi toda mi vida y no creo haber visto dos puestas de sol idénticas.

—Echaré de menos todo esto cuando vuelva a casa —le aseguró Lacey—. En Los Ángeles, por lo común estoy demasiado absorta en mi trabajo cuando el sol se pone. Además con ese ambiente de contaminación, las puestas de sol no son tan espectaculares.

—¿Te irás pronto? —preguntó él con tono en apariencia indiferente.

—Más o menos dentro de una semana.

—¿Para volver al trabajo?

Lacey asintió y de nuevo se quedó sorprendida de lo distante que le parecía su propio mundo. Había llegado a apreciar la vida de Barbados, la suave cadencia del acento nativo, los días tranquilos, el aire perfumado y las coloridas flores. Le fascinaba todo, incluyendo el hombre que se hallaba sentado a su lado. De pronto, sintió una opresión en el corazón. ¿Cómo podría dejar todo eso? ¿Cómo podría dejar a Jake? ¿Podría hacerlo sin hacerle saber lo que sentía? Por un momento, esa posibilidad la abrumó y la invadió el pánico. No podría hacerlo; no era lo bastante fuerte.

¡Pero cómo se reiría él si lo supiera! Se reiría y la acusaría de las mismas maquinaciones de las que acusaban a Elizabeth. O peor todavía, se reiría de ella y la acusaría de haberse enamorado de él como una adolescente, al igual que Suzanne y sus primas. No podría soportar eso. Sabía que tenía que irse, aunque eso le destrozara el corazón. Se estremeció y decidió que él jamás lo sabría. Su amor era

algo frágil y valioso y la risa burlona de un hombre no la destruiría.

Jake tomó sus muletas y se puso de pie.

—Debo volver a casa, Lacey. Gracias por la cena.

Deseando estar a solas para que él no adivinara su secreto, Lacey también se puso de pie y se apartó para dejarlo pasar.

—Me alegro de que hayas venido —le confesó.

Había tantas cosas que quería decir, tantas que quería escuchar, pero eso jamás sucedería. Lo observó en silencio mientras salía lentamente de la cabaña y se dirigía a su casa. Se quedó frente a la ventana de la sala hasta que ya no pudo verlo y, con un suspiro, terminó de recoger la cocina. Fregó los platos y luego limpió la mesa del comedor. Deseaba con todo su corazón que él volviera a besarla, sentir su boca sobre la suya, sus manos sobre su piel, experimentar las emociones que le provocaba, transportándola al delicioso paraíso que sólo él le había mostrado. Pero no podía arriesgarse a que Jake se enterara de su amor.

A la mañana siguiente, Lacey eligió un vestido de verano de color rosa y blanco; el talle ajustado destacaba su figura y la falda tenía un amplio vuelo. Se recogió el cabello con una cinta de color rosa.

Salió de la casa a las diez en punto y se sorprendió al ver que Jake ya la estaba esperando, apoyado en su pequeño coche y con un maletín a su lado. Iba vestido con un traje azul marino, camisa blanca y corbata de color rojo oscuro, que le daba un aire austero y formal.

Ella le abrió la puerta del coche para que metiera la maleta y luego lo vio maniobrar con las muletas para instalarse. Rodeó el vehículo, sonriendo al descubrir su obvia frustración y su disgusto por tener que depender de ella. Experimentaba cierto perverso placer al percibir su cólera.

El trayecto a Bridgetown fue breve y lo hicieron en silencio. Lacey era muy sensible a la cercanía de Jake, pero trató de ignorarla y se concentró en conducir. Sólo habló cuando llegaron a la ciudad.

—Tendrás que guiarme, pues no sé dónde se encuentra tu oficina.

—Eso me sorprende —murmuró él, indicándole el camino.

—¿Por qué? Nunca he estado allí —señaló ella, concentrada en

el tráfico.

—¿Ni siquiera has pasado por allí con la esperanza de que yo te viera y te invitara a conocerla? —preguntó él.

—No. ¿Por qué debería hacer algo tan estúpido?

—Suzanne solía hacerlo.

—Las adolescentes actúan así. Yo no soy una adolescente y no estoy enamorada de ti —Lacey lo miró y luego fijó la vista al frente.

—A veces pareces una adolescente, sobre todo cuando regresas de la playa con la nariz quemada por el sol. Da la vuelta a la izquierda en el próximo cruce. El aparcamiento se encuentra a la derecha… ¿podrás dar la vuelta?

—Conduzco desde que tenía dieciséis años, sólo que aquí todo se hace al revés.

—A nosotros nos parece normal —replicó Jake.

Ella detuvo el coche en el aparcamiento y apagó el motor.

—¿Podrás ir solo desde aquí? —le preguntó, sabiendo que él no aceptaría que ella lo ayudara delante de sus empleados.

—Sí. Mi cita en el hospital es a las dos y en la maleta tengo una muda de ropa.

La sacaré cuando lleguemos al hospital.

—Volveré a las dos —le prometió Lacey.

Jake abrió la puerta del coche y se dispuso a bajar, pero titubeó.

—¿Dónde piensas comer? —le preguntó.

—Encontraré algún lugar. No llegaré tarde a tu cita.

Jake aspiró y de nuevo se volvió hacia ella.

—Ven a las doce y media y comeremos juntos antes de ir al hospital.

Los ojos de Lacey eran casi azules cuando se volvió para sonreírle con dulzura.

Sabía que él no quería invitarla a comer, pero aceptaría su ofrecimiento, pues así pasaría más tiempo con él.

—De acuerdo, estaré aquí a las doce y media.

Él bajó del coche y se dirigió hacia las amplias puertas de cristal de la oficina.

Lacey se quedó allí mirándolo hasta que desapareció. Entonces volvió a poner en marcha el motor y salió del aparcamiento.

Volvió a la oficina de Jake antes de lo que pensaba. Había terminado sus compras e incluso tomó un café en una de las

terrazas cercanas al muelle. Deseosa de reunirse con él, la mañana le pareció interminable. Después de aparcar el coche, entró en el edificio de oficinas. La recepcionista le dirigió una sonrisa cordial.

—He venido a recoger a Jake Wainwright —le informó Lacey.

—Suba al sexto piso; allí está su despacho —le indicó la joven con amabilidad.

Lacey llegó al sexto piso. Corrió por el pasillo y no tardó en encontrarse frente al escritorio de la secretaria de Jake.

Él no se encontraba en su despacho, pero su secretaria le indicó que no creía que él se molestara si lo esperaba allí. «¿Le habrá hablado de mí a su secretaria?», se preguntó Lacey cuando la empleada la guió al interior. Mientras esperaba, se acercó al amplio ventanal que había atrás del escritorio y admiró la vista del centro de Bridgetown.

Luego se volvió para estudiar el despacho de Jake. Era amplio, con un escritorio grande, un largo sofá y una mesa de reunión rodeada de seis sillones. Cerca del escritorio había un pequeño ordenador.

Aburrida de esperarlo, se sentó en el borde del escritorio y cruzó las piernas. Se alzó la falda y ladeó la cabeza, estudiando el efecto. Se dijo que si fuera una secretaria incompetente, recurriría a su atractivo sexual para tener al jefe de su lado. Se levantó un poco más la falda y, apoyada sobre las dos manos, suspiró y miró por la ventana.

—Por mí no te detengas.

Lacey volvió bruscamente la cabeza. Jake estaba de pie en el vano de la puerta, con sus muletas, admirando sus piernas con un destello de diversión en los ojos.

—No me pases ninguna llamada, Carol —le indicó por encima del hombro a su secretaria y entró para luego cerrar la puerta con suavidad.

Lacey actuó a toda prisa. Se bajó la falda hasta las rodillas y se irguió, contemplando la expresión divertida de Jake, avergonzada por haberse visto sorprendida en esa situación. Jake se acercó a ella.

—¿Qué era eso? ¿La pose de una estrella de cine?

—No sabía que habías llegado —lo miró colérica—. Estaba sola y tenía calor —añadió, argumentando lo primero que se le pasó por

la cabeza. Jamás le diría lo que en realidad estaba haciendo.

—A mí el tiempo me parece agradable, pero si tienes calor, puedes quitarte el vestido —le levantó la falda con suavidad, hasta descubrir la satinada piel de sus muslos—. ¿Está mejor así?

Su tono era burlón. Retiró la mano de la falda y la deslizó sobre su piel, haciendo que el corazón de Lacey se acelerara. No podía respirar, pero Jake no se detuvo.

—¡No lo hagas!

Lacey intentó apartarse, pero él la sujetó deslizando un brazo alrededor de su cintura y apoyó la otra mano sobre la curva de su cadera. Ella lo miró a la cara, sabiendo que iba a besarla de nuevo.

—Las rubias siempre tienen un aspecto frío e indiferente, pero tú no, Lacey. Tú eres ardiente y apasionada.

Fijó la mirada en su boca e inclinó más la cabeza. Lacey sintió la caricia de su cálido aliento y cerró los ojos. Pero, justo en ese momento, sonó el teléfono que estaba a su lado, sobresaltándola.

—¡Maldición! Le pedí que no me pasara ninguna llamada —exclamó Jake, estirando un brazo para tomar el auricular.

Ella estaba atrapada contra su cuerpo y el cable del teléfono la tenía aprisionada.

—Wainwright… Sam iba a ponerse en contacto con ellos más tarde hoy… No, no es así… ¡Necesitan hablar con Sam! No, me iré pronto, ponte en contacto con él —Jake colgó el auricular y se volvió hacia Lacey.

La joven aprovechó la oportunidad para alejarse y bajarse la falda, tragándose su decepción. Se alegraba de estar con él y no necesitaba que volviera a besarla, pero deseaba intensamente que lo hiciera.

—¿Lista para ir a comer? —le preguntó Jake como si no hubiese estado a punto de besarla unos momentos antes.

—Sí —respondió ella con tono tranquilo, aunque interiormente aún temblaba.

Jake la guió hasta un pequeño restaurante cerca del hospital y, poco después, se encontraban sentados frente a una mesa. La comida transcurrió en un ambiente agradable. Jake podía ser encantador cuando quería, pensó Lacey, riendo al escuchar uno de sus comentarios. Se expresaba bien y era ameno, siempre y cuando ella no le preguntara nada personal. En una ocasión en que le

preguntó algo acerca de su trabajo, él adoptó una actitud reservada y cambió de tema. Volvió a intentarlo, pero se quedó frustrada. ¿Por qué discutían todo el tiempo? Jake sabía que ella sentía curiosidad por saber algo más de él. ¿Por qué no podía sentir él la misma curiosidad por saber algo más de ella?

Cuando llegaron al hospital, lo acompañó al interior, llevando el maletín con su muda de ropa. Kyle Lincoln salió a recibirlos cuando llegaron a la sala de rayos X.

—Hola, Lacey y Jake. ¿Cómo te sientes, mi viejo amigo?

Si el médico se sorprendió al ver a Lacey con su amigo, no lo demostró.

—Estaré mejor cuando me cambien la escayola y pueda caminar —respondió Jake, estrechando la mano de su amigo.

Lacey los observó mientras Kyle le daba algunos consejos a su amigo para que su recuperación fuera más rápida. Incluso con las muletas y el pie escayolado, Jake proyectaba un aire de fuerza y poder. Kyle tenía una presencia similar. En ese momento apareció una enfermera con una silla de ruedas.

—Voy a llevar al señor Wainwright a la sala de rayos X, doctor —le dijo a Kyle.

—De acuerdo. Después de eso, te quitarán esa escayola y te pondrán la nueva.

Luego tomaremos otras placas y podrás irte.

—No necesito una silla de ruedas —protestó Jake.

—Es el procedimiento de costumbre —le informó Kyle.

—Puedo caminar —replicó Jake, apretando los labios en un gesto obstinado.

—No te pongas pesado, Jake. Saldrás antes de aquí si sigues las reglas —intervino Lacey, estirando un brazo para tomar las muletas.

—Y no necesito…

—… no necesitas que yo te diga lo que debes hacer —lo interrumpió ella—. Ya he oído eso antes. Vamos a ver si me impresionas comportándote como un adulto —añadió con osadía y vio que levantaba una ceja y le sonreía burlón.

—Ya verás cuando salgas de aquí… —le prometió. Le entregó las muletas y se sentó en la silla de ruedas.

Kyle se reía cuando se volvió hacia Lacey una vez que se llevaron a Jake.

—Me alegro de que hayas sido tú quien le dijera eso —comentó —. Si yo lo hubiera intentado, me habría pegado.

—Lo dudo. Lo que pasa es que no le gustara sentirse un inválido. ¿Tardará mucho en salir?

—No. Pero es necesario esperar a que la escayola se seque lo suficiente para que pueda irse. Y aún así, no podrá caminar durante un día. Una vez que yo examine las primeras radiografías, dispondremos de tiempo para tomar una taza de café, si quieres.

—De acuerdo. Te esperaré aquí.

Lacey tomó asiento en la sala de espera y hojeó una revista. Poco después, Kyle se reunió con ella y se dirigieron a la cafetería del hospital. Estuvieron charlando hasta que sonó el transmisor portátil de Kyle, indicando que lo necesitaban.

—Debe tratarse de Jake, que ya está listo para los rayos X. Después de eso, los dos podréis iros a casa —indicó.

—Si es que Jake no quiere regresar al trabajo. Como sabes, ha ido esta mañana

—le informó Lacey mientras volvían a la sala de rayos X.

—No creo que se sienta con ánimos de regresar… es doloroso el proceso de quitar la escayola y poner una nueva. Creo que deseará descansar un poco.

Cuando Lacey volvió a ver a Jake, comprendió que Kyle tenía razón; Jake ofrecía un aspecto demacrado y fatigado. No protestó cuando la enfermera lo llevó en la silla de ruedas hasta la entrada del hospital y le entregó las muletas. Se había puesto un pantalón vaquero, recortado a la altura de la escayola, y una camisa azul.

Lacey tomó el maletín que llevaba la enfermera, con el traje de Jake y lo guardó en el coche.

El médico los acompañó hasta la salida. Esperó a que ambos estuvieran instalados en el coche y dispuestos a partir antes de decir con tono casual:

—Lynn y yo queremos invitaros a los dos a cenar esta noche… ¿te sientes bien para eso, Jake? Prepararemos carne asada en el jardín trasero.

—Sí Lacey puede conducir… —respondió Jake sin mirarla.

—Me encantaría ir. ¿Puedo llevar algo? —preguntó ella—. ¿Quieres que llame a Lynn cuando llegue a casa?

—Por supuesto. Jake, te recuerdo que hasta mañana no podrás

apoyarte en la escayola. Os veré después.

Lacey condujo con cuidado para salir del aparcamiento y dirigirse a casa. Jake tenía la cabeza apoyada en el respaldo del asiento, con los ojos cerrados. La joven se preguntó si estaría dormido.

—¿Cómo ha ido todo? —le preguntó ella en voz baja, pues no quería despertarlo si estaba dormido.

—Me siento casi tan mal como el día en que me caí.

—Kyle me comentó que era probable que te sintieras así. ¿Te han dado alguna pastilla para el dolor?

—Sí, pero no quiero tomar nada. Tal vez necesitaré una esta noche, si quiero dormir bien. Puedo esperar.

Lacey tomó la carretera de Spring Gardens hacia el norte. La brisa que resoplaba del mar era refrescante. Cuando llegaron a la casa de Jake, ella se volvió para mirarlo y él abrió los ojos.

—¿Quieres ir esta noche? —preguntó—. Podríamos dar alguna excusa.

—¿Qué es lo que quieres hacer tú? ¿Cómo te sientes?

—En este momento, muy mal; pero si me tumbo un rato estaré bien.

—Esperemos a ver cómo te sientes —propuso ella—. Puedo venir a eso de las seis. ¿O será demasiado tarde?

—No, llamaré a Lynn y se lo haré saber. Gracias por llevarme. ¿Dónde están tus paquetes?

—En el maletero —sólo era uno, pero no quería que él supiera que sus compras no habían sido una razón primordial para ir a la ciudad ese día.

Él le tomó una mano y la estrechó contra su muslo; luego cerró los ojos y se quedó inmóvil, lo mismo que Lacey, que temía romper el hechizo. La joven sentía la firmeza y calidez de su palma, y sus largos dedos, entrelazados con los suyos. En comparación, su mano parecía excesivamente pequeña y delicada. Respiraba con dificultad mientras sus ojos estudiaban ese rostro tan querido, que tenía una expresión fatigada.

—Si no me levanto pronto, me quedaré dormido aquí —murmuró él, indolente, con los ojos todavía cerrados.

—Y te sentirás muy incómodo. Muévete. ¿Necesitas ayuda? —Lacey odiaba poner fin a ese momento, pero él estaba agotado y

necesitaba descansar.

—No —la acercó más hacia sí, hasta que la hizo perder el equilibrio y caer contra él. Entonces la besó rápidamente en la mejilla y la ayudó a incorporarse—. La próxima vez llevaremos mi coche… hay más espacio —abrió la puerta y bajó. Sin mirar atrás, caminó por el sendero y entró en su casa.

Lacey lo contempló mientras se alejaba, con el corazón acelerado. «La próxima vez», recordó que había dicho él. Como si fueran a hacer más cosas juntos. Suspiró, volvió a encender el motor y dio marcha atrás por el sendero. Estaba esa noche, ¿y después? Ella se iría pronto, ya no habría tiempo para más oportunidades.

Y ella deseaba tanto que hubiera tiempo.

Capítulo 10

Lacey se puso su traje de baño y encima una camiseta. Empezaba a atardecer, pero disponía de un par de horas antes de arreglarse para acudir a la casa de los Lincoln. Aprovecharía ese tiempo para nadar. Miró hacia la casa de Jake mientras caminaba apresurada por el sendero. Le gustaría ir a cenar a la casa de los Lincoln, si él se sentía bien. Esperaba que sólo necesitara una siesta, pero si a pesar de eso no se reponía, ¿aceptaría que ella preparara la cena para los dos?

El agua estaba maravillosa, refrescante bajo el ardiente sol. Nadó un rato y luego se tumbó en la playa. Al fin se dijo que ya era hora de ir a prepararse si acaso iban a cenar con los Lincoln.

Se dirigió a la puerta trasera de la silenciosa casa, pues era inútil llamar a la principal. Si Jake estaba dormido, no lo despertaría. Abrió la puerta de alambre y atravesó la cocina en dirección a la sala. El sofá estaba sin desplegar y no había señales de Jake. Sin hacer ruido, Lacey se asomó a las demás habitaciones del primer piso y luego subió por la escalera. Se asomó a su dormitorio y lo vio acostada en la cama, aún dormido. Lo contempló durante un momento, admirando sus pómulos salientes y sus labios firmes. De manera inconsciente, se pasó la lengua por los labios al recordar el contacto de aquella boca sobre la suya. Su respiración era uniforme y tenía el cabello despeinado.

Lacey se quedó indecisa en el vano de la puerta. ¿Debería despertarlo? Tal vez no. Sin embargo, no sabía si podría seguir dormido toda la noche. Entró lentamente, sin hacer ruido, y se acercó a la cama.

—¿Jake? —lo llamó en voz baja, pero no obtuvo respuesta—. ¿Jake? —repitió, arrodillándose sobre el colchón e inclinándose un poco hacia adelante para sacudirlo por un hombro.

—¿Ummm? —respondió él, sin abrir los ojos.

—¿Quieres despertarte?

Él abrió los ojos y la miró.

—Has ido a nadar.

—Sí. ¿Quieres levantarte?

—¿Qué hora es? —le preguntó él.

—Casi las seis. No sabía si debía arreglarme para salir. Si no te sientes con ánimo para hacerlo, puedo preparar algo y cenaremos aquí.

Él cerró los ojos por un momento.

—Vayamos a casa de Kyle y Lynn —respondió.

—De acuerdo.

Lacey trató de bajarse de la cama, pero él se lo impidió, tirando de ella hasta que quedó tumbada a su lado.

—¿Quieres darte una ducha aquí? —le sugirió Jake.

—No. Tengo una excelente ducha en casa —respondió Lacey, abriendo mucho los ojos.

—Pero yo no estaré en ella.

—No —sonrió la joven—. ¿Te imaginabas allí? —se burló, disimulando la opresión que sentía en el corazón; lo miró fijamente, sin permitirle que adivinara sus pensamientos.

—Y te imagino a ti en la mía —deslizó los dedos a lo largo de sus piernas y los introdujo bajo la parte inferior del bikini—. Apuesto a que tu piel bajo esta prenda es muy blanca.

La sonrisa de Lacey se desvaneció y sintió que algo se derretía en su interior; su fortaleza había desaparecido. Debía rechazarlo, levantarse de la cama y salir de allí.

Pero no podía moverse, no quería hacerlo. Contuvo el aliento, con el corazón acelerado. La sonrisa de Jake era indolente; entornó los párpados para contemplarla mientras deslizaba la mano por su pecho. Lacey se sentía arder.

—Oh, Lacey, eres tan suave y cálida como un día de verano.

—Jake… —sabía que debía decir algo, detenerlo mientras aún tenía la fuerza para resistirse a él.

—¿Hmm? —apoyándose en un codo, deslizó la mano derecha por debajo de su camiseta, trazando un sendero de fuego por su piel.

—Detente —murmuró ella.

—No —Jake se movió para cubrirle un seno con una mano, acariciando su satinada piel debajo del traje de baño.

Lacey se estremeció bajo su contacto y se acercó más a él. Sabía que debía poner fin a esa locura.

Cuando Jake al fin la besó, Lacey cedió, ansiando sólo el éxtasis que le brindaba.

Entreabrió los labios y su lengua salió al encuentro de la de él. El beso fue a la vez familiar y excitantemente nuevo. La boca de Jake era cálida; sus firmes labios se movían sobre los de ella buscando la respuesta que la joven tanto ansiaba darle.

Jake le desabrochó la parte superior del traje de baño. Despacio, deslizó una mano a lo largo de su espalda, incitándola, atormentándola y volviendo a acariciarle un seno. Lacey gimió suavemente, le rodeó el cuello con los brazos y enterró los dedos en su cabello, arqueándose para acercarse más a él, entregándose a su abrazo para descubrir todas las maravillas del amor.

Pero el agudo sonido del teléfono los interrumpió bruscamente.

—¡Maldita sea! ¡Debería arrancar todos los teléfonos de la casa y de la oficina!

—exclamó Jake, apartándose y rodando sobre la cama para tomar el auricular¿Hola?

Lacey notó que su respiración era desigual.

—Sí… estaba a punto de llamarte, Lynn. Me siento bien… Sí, estaremos allí dentro de un rato… ¿Qué puedo llevar? De acuerdo, nos veremos pronto —colgó el auricular.

Mientras él hablaba, Lacey pensó que no disponía de mucho tiempo para arreglarse. Se deslizó de la cama y trató de abrocharse el tirante del traje de baño.

—Estaré lista dentro de media hora —anunció, evitando mirarlo.

—Puedes ducharte aquí —insistió Jake, sentándose en el borde de la cama.

—Oh, no, así nunca llegaríamos a casa de Kyle y Lynn —respondió mientras retrocedía hacia la puerta, sin dejar de mirarlo.

—Tienes razón —sonrió él—. Pero sería más divertido.

—Volveré dentro de media hora —la joven dio media vuelta y echó a correr, mientras las palabras de Jake resonaban como un eco en su mente.

Se dio una ducha muy rápida, para quitarse el salitre del mar. Se dejó el cabello suelto. Luego eligió un vestido fresco de color azul, qué realzaba el color de sus ojos.

Aunque estaba satisfecha con su apariencia, titubeó antes de salir; en su interior luchaba la expectación y el nerviosismo. Aspiró profundamente y salió al fin de la cabaña.

Jake la estaba esperando en el pórtico de su casa Lacey, lo miró

sonriente mientras bajaba y atravesaba el pequeño jardín. Llevaba un pantalón negro y una camisa blanca que realzaba su tez bronceada. Se dirigió hacia el coche y ella hizo lo mismo para sentarse al volante. De pronto se sentía cohibida. Después de lo sucedido y de lo que había estado a punto de suceder no sabía qué decir.

Jake la detuvo cuando se encontraron. Se inclinó hacia ella, balanceándose sobre las muletas, y le levantó el rostro para observarla mejor.

—Te has puesto muy guapa —comentó en voz baja, pero su tono era amenazador—, ¿En honor de quién… de Kyle? Ya te lo dije, está felizmente casado.

No quiero que coquetees con él y trates de deshacer ese matrimonio.

Lacey lo miró furiosa. Después de sus besos, había pensado que se mostraría más cordial con ella. Le dolía ver que él la seguía clasificando como una especie de *femme fatale*, solamente interesada en causar problemas o en perseguir a los hombres por su dinero.

—Sé cómo debo comportarme cuando alguien me invita a cenar. ¡Y jamás coqueteo! No te preocupes por mí, me comportaré bien con tus amigos. ¿Estás seguro de que quieres ir?

—Eso creo —Jake bajó la mano, abrió la puerta y tomó asiento en el coche.

Lacey necesitó algunos segundos para recobrar el aliento antes de sentarse al volante. Tal vez esa velada era un error, pero ya era demasiado tarde; se había comprometido a ir.

La casa de los Lincoln se elevaba sobre la ladera de una colina cerca de Bridgetown. Su decoración era una mezcla de estilo moderno y tradicional y todo combinaba a la perfección. El jardín era encantador, con una piscina de forma irregular y una terraza desde la que podía divisarse la ciudad.

—¡Jake, me alegro de que hayas venido! —Lynn lo recibió con un beso cuando abrió la puerta—. Hola, Lacey, me alegro de volver a verte. Adelante, Jake ¿cómo te caíste? ¡Cuando Kyle me lo contó, me quedé muy preocupada!

—Simplemente estaba distraído, pensando en otras cosas —respondió él, mirando a Lacey.

La joven sonrió a su anfitriona, pero el corazón le latía

acelerado. Recordó lo que Jake le había respondido cuando ella misma le preguntó en qué estaba pensando.

Se dijo que había más de una forma de pensar en una persona y pensamientos que no eran nada amables. Desalentada, comprendió que no había pensado en eso antes.

Unos minutos después, los cuatro estaban sentados en el patio, con una bebida en la mano, y aún seguían hablando del accidente de Jake.

—Basta ya, cambiemos de tema —protestó Jake.

—Me gustaría hacerle a Lacey miles de preguntas acerca de su trabajo en Hollywood, pero no quiero importunarla.

—Pregunta lo que quieras y yo te preguntaré acerca de la vida en Barbados —sonrió Lacey—. Así intercambiaremos información.

La cena resultó divertida y amena para todos. Kyle cocinó el pollo y la carne en la barbacoa mientras Jake lo supervisaba, según dijo él mismo en tono de broma.

Lynn y Lacey prepararon la ensalada y llevaron todo a la mesa que había sido instalada en el patio. Lacey rió al escuchar las anécdotas que le contaron sus tres nuevos amigos durante la cena. Se sentía cómoda a su lado, como si los conociera desde hacía años. A su vez ellos se divirtieron con lo que ella les contó acerca de los miembros del reparto de *Many Lives and Loves*.

—Me gustaría ir allí. Me encantaría presenciar el rodaje ahora que sé que Mimi Anderson es tan tímida en la vida real. Debe de resultarle difícil actuar y dar la imagen de una agresiva cazadora de hombres —comentó Lynn cuando terminaron de cenar.

—Es una gran actriz y por eso puede hacerlo, a pesar de su timidez.

—Bien, Los Angeles no está demasiado lejos de aquí —declaró Lynn.

—No, no está tan lejos. El problema es que tenemos más… contaminación, más habitantes y más crímenes —Lacey hizo a un lado su plato. Se sentía satisfecha y muy contenta.

—También tenéis a Hollywood.

—¿Acaso mi mujer alberga el secreto deseo de convertirse en actriz? —preguntó Kyle con fingido horror.

—No, pero parece tan fascinante —respondió Lynn.

—Igual que ser médico o tener un negocio de importaciones y

exportaciones —comentó Lacey, mirando a Jake.

—¡Oh, el trabajo de Jake es fascinante! Viaja por todo el mundo, conoce a mucha gente famosa y cosecha los beneficios de ser el propietario de una de las empresas de su sector más grandes de nuestro país —declaró Lynn, mirando sonriente a Jake.

—¿Por qué las mujeres nunca mencionan el trabajo duro que acompaña a todo eso? ¿O las noches sin dormir, preocupándose por el destino de la compañía?

—¿O por la vida de alguien? —añadió Kyle.

Lynn miró a Lacey y asintió.

—En realidad trabajan mucho, ¿no crees?

—O por lo menos quieren que nosotras así lo creamos —replicó Lacey, levantándose—. ¿Puedo ayudarte con los platos?

—Gracias. Vosotros dos podéis quedaros sentados aquí, hablando de lo mucho que trabajáis y nosotras lo recogeremos todo —declaró Lynn con tono jovial y empezó a recoger los platos.

Kyle le dio una palmada en el trasero y ella dio un respingo.

—Sí que trabajamos mucho, no lo olvides —declaró él con tono divertido.

—Lo sé, querido, tú trabajas mucho —lo besó levemente en los labios y se llevó los platos a la cocina.

Lacey rehuyó la mirada de Jake, deseando poder besarlo como Lynn había besado a su marido.

Ya había anochecido cuando Lynn y Lacey salieron de la cocina. Las luces de la ciudad centelleaban en medio de la noche y la vista era muy bella. Jake estaba recostado en una tumbona al borde de la piscina, bebiendo una cerveza, con la pierna lesionada extendida y la otra colgando a un lado. Extendió una mano y sujetó a Lacey de la muñeca cuando pasó junto a él, atrayéndola hacia sí.

—Siéntate aquí.

Lacey titubeó por un momento. Lynn estaba sentada en otra tumbona con Kyle.

Se preguntó por qué Jake quería dar la apariencia de que estaban tan unidos como los Lincoln. Pensó que tal vez lo hacía para darle a entender a Kyle que ella no estaba disponible para él. Al fin se sentó en la tumbona.

Él le pasó el brazo izquierdo por la espalda y la estrechó contra su pecho, acariciándole un seno con el pulgar. Luego le ofreció su

botella de cerveza.

—¿Quieres beber un poco?

—Sí, beberé un sorbo.

Lo hizo y le devolvió la botella. Jake la alzó y bebió y luego la dejó a un lado, en el suelo. Lacey se relajó reclinada contra él, y le sujetó la mano para impedirle cualquier movimiento. Jake entrelazó los dedos con los de ella, sin dejar de mover el pulgar sobre la suave curva de su seno. Lacey no se podía concentrar en la conversación. Todo su ser estaba cautivado por Jake. Trató de apartarle la mano, pero él no se lo permitió.

Se preguntó cómo podía Jake seguir hablando con toda calma con Kyle y Lynn, mientras le producía a ella esas sensaciones tan eróticas. Apenas podía respirar y se sentía incapaz de sostener una conversación inteligente. Trató de moverse.

—Quédate quieta —le pidió él al oído y Lacey sintió su cálido aliento sobre su piel.

Se apoyó contra él y cerró los ojos, invadida por el calor que le producían sus caricias. Luego alzó la otra mano y trató de detenerlo. Tenía que hacerlo, de lo contrario la volvería loca delante de sus amigos.

—Desde aquí puedes ver la oficina de Jake —comentó Lynn—. Enséñale dónde está, Jake.

Él le señaló el edificio a Lacey, quien se volvió para mirarlo.

—Si no te detienes, te daré un puntapié en la pierna lesionada —le advirtió en voz baja, para que sólo él la oyera.

—Eso sería una lástima —Jake sonrió y la besó ligeramente.

Lacey le dio la espalda y volvió a apoyarse en él, sujetándole las manos para mantenerlas alejadas de las zonas de peligro. Se sentía satisfecha y contenta de estar al lado de Jake. Le gustaban sus amigos y pensó que el sentimiento era recíproco. Era maravilloso imaginar lo fantástico que sería todo si las cosas fueran diferentes. Se imaginó en los brazos de Jake a diario, sentados juntos mientras hablaban de lo que habían hecho durante el día.

Mirando más allá de las brillantes luces de Bridgetown, hacia la inmensa oscuridad del mar, Lacey comprendió que recordaría eternamente esa velada. El aire perfumado por los jazmines en flor, la suave brisa marina, húmeda y cálida…

Recostada en los brazos de Jake, charlando con sus amigos… era

un momento que debía atesorar.

—¿Te has quedado dormida? —Jake la sacudió un poco.

—No.

—Lynn te estaba preguntando por tus planes de trabajo —comentó con tono divertido.

—Debo volver a California a mediados del mes que viene. Entonces empezaré el rodaje y habrá que trabajar duro.

¿Sería su imaginación, o Jake se puso rígido cuando habló de su vuelta a California? Le encantaría pensar que él no quería que se marchara.

—¿Volverás aquí el verano que viene? —le preguntó Lynn.

—No lo sé —respondió Lacey. No tenía un motivo para regresar si Jake no tenía nada que decir. ¿Lo haría? ¿Se mostraría deseoso de que ella regresara a Barbados?

—Bien, deberías visitar todos los lugares de interés ahora que estás aquí. Si quieres, yo puedo servirte de guía —se ofreció Lynn.

—Tal vez acepte tu oferta —respondió Lacey—. No he visto mucho aparte de Sam Lord's Castle. Quería ir a hacer surf en la costa este, visitar los jardines, los molinos de viento y las plantaciones de caña de azúcar —desalentada, pensó que los días transcurrían con demasiada rapidez. Dentro de un par de semanas, terminarían sus vacaciones y regresaría a Los Ángeles. Y Jake sólo sería un recuerdo. Trató de ignorar ese pensamiento.

—Tal vez el domingo que viene todos podríamos ir a la playa, en la costa este.

Jake no podría hacer surf, pero los demás sí y comeríamos allí —sugirió Kyle.

—Estoy seguro de que me encantaría que la escayola se me llenara de arena —murmuró Kyle y todos se echaron a reír.

—Podríamos envolverlo en un plástico, como cuando te metes en la ducha —señaló Kyle—. ¿Qué os parece la idea? Yo tengo el domingo libre.

—De acuerdo.

Lacey sonrió. Sabía que Jake y ella no podrían mantener una actitud tan amable y simpática durante todo ese tiempo, pero ese era un problema al que se enfrentaría después. Sería divertido pasar más tiempo en compañía de los Lincoln.

Ya era tarde cuando Jake anunció que debían retirarse.

—Algunos de nosotros debemos levantarnos temprano para trabajar duro —comentó, ayudando a Lacey a ponerse de pie.

—Yo también trabajo mucho, pero no cuando estoy de vacaciones —repuso la joven.

—Pero ahora puedes quedarte dormida si quieres —comentó él, buscando sus muletas en la oscuridad.

Poco después subieron al coche y él le indicó el camino de vuelta. Había sido una velada maravillosa y Lacey sabía que Jake había disfrutado mucho; tenía un aspecto relajado. Se detuvo en el sendero frente a su casa. Ella estaba cansada, pero todavía no quería despedirse de él.

Jake también parecía reacio a bajar del coche. Se quedó allí en silencio, contemplando las estrellas.

—Es una pareja muy agradable —comentó Lacey—. Han hecho que me sienta bienvenida en su hogar.

—Son amigos míos desde hace años. Kyle y yo crecimos juntos.

—Lo sé —ella sonrió—. Lynn y él me contaron algunas de vuestras aventuras el día de la fiesta en la casa de tus padres.

—Todas las historias tienen dos lados… yo exijo un tiempo igual —declaró Jake.

—Lo necesitarás para algunas de las historias que me han contado —bromeó Lacey.

—Entra conmigo en casa, Lacey —le pidió él en voz baja.

—¿Necesitas ayuda? ¿Quieres que encienda la luz?

—No, quédate y pasa esta noche conmigo.

Ella guardó silencio. Él no había hablado de amor, no le había dicho que la amaba y que deseaba que compartiera su vida con él. Sólo le había pedido que pasara la noche a su lado. Se sintió herida al ver que él pensaba que ella podría hacer eso con cualquiera.

—No puedo —respondió en voz baja, entristecida.

—¿Por qué no?

—¿Qué me dices del amor?

Jake se irguió en su asiento y trató de distinguir su rostro bajo la tenue luz. Ella podía ver su perfil, pero no su expresión.

—El amor es un sentimiento al que se le concede demasiada importancia, inventada por las mujeres para que el deseo y la lujuria tengan un disfraz más bello.

Si quieres juramentos de un amor eterno, no los oirás de mis

labios. ¿Qué buscas, el matrimonio? Elizabeth aseguraba que eso era lo que quería, pero, en realidad, yo fui solamente un pase gratuito para ayudarla a abrirse paso.

—En su camino hacia Hollywood —lo corrigió ella—. Yo no te necesito para eso, Jake, ya vivo y trabajo allí. No tengo la menor intención de casarme contigo… ni con nadie más a corto plazo. Y no creo que el amor sea eso que tú dices. He podido ver que tus amigos están enamorados. Tus propios padres aún siguen enamorados, al igual que los míos. Creo que es algo por lo que merece la pena esperar. Y que vale la pena tener —abrió la puerta del coche y la luz que inundó el interior la deslumbró.

Al ver el rostro colérico de Jake y su mirada centelleante, se detuvo y gritó—: ¡Y no soy Elizabeth! No te estoy persiguiendo. Me ha encantado la velada, pero era demasiado esperar que continuara. Tú siempre acabas por enfadarte. ¿Por qué? ¿Qué te he hecho, excepto tratar de ser tu amiga? ¡Buenas noches, Jake!

Bajó del coche y cerró de un portazo, para echar a correr hacia su casa. Una vez que se encontró a salvo en el interior, estalló en sollozos.

Capítulo 11

Lacey durmió a intervalos. Sus inquietos sueños la despertaban y luego recordaba la petición de Jake de que se quedara y sus palabras coléricas en el coche.

Él no la quería, sólo la deseaba. Se animó un poco. ¿El deseo estaría tan alejado del amor? Moviéndose de un lado a otro en la cama, frunció el ceño; la distancia entre ambos conceptos le parecía insalvable.

El teléfono estaba sonando al día siguiente, cuando Lacey volvió a casa a la hora de la comida. Había pasado una mañana agradable en la playa, pero puesto que no había dormido bien la noche anterior, quería disfrutar de una larga siesta. Se sentía cansada, irritable y deprimida. Corrió a contestar el teléfono, preguntándose si sería Jake. Había visto su coche en el sendero. ¿La habría visto llegar de la playa? No pudo evitar dejarse llevar por la esperanza.

—¿Lacey? Soy Steve. ¿Cómo van tus vacaciones?

—Hola, Steve —sonrió, pero se sintió desalentada. No había hablado con su jefe desde su partida—. Estoy bien. ¿Has disfrutado de tus vacaciones?

Él le habló de sus excursiones de pesca, una actividad demasiado tranquila para un hombre con su energía. Luego cambió de tema de conversación y empezó a hablar de *Many Lives and Loves*; al instante, Lacey se sintió transportada a los problemas y a los retos de su trabajo.

—¿Qué sucede? —le preguntó él.

Lacey creyó haber oído el chirrido de la puerta de alambre al abrirse. Se preguntó si habría entrado alguien. Trató de mirar hacia la cocina, pero no pudo hacerlo desde donde se encontraba.

—Ha habido problemas durante las filmaciones de primavera.

—Se trata de Wayne, ¿no es cierto?

—Sí, maldita sea, está protestando por los nuevos papeles. Dice que no los hará… habla de integridad artística, por todos los cielos. Necesitamos que filme los episodios tal y como están escritos, pero odiaría tener que ofrecerle más dinero y ni siquiera sé si lo convenceré con eso. ¿Qué piensas tú?

Lacey podía percibir el tono preocupado de Steve.

—El dinero hace que todo sea más fácil… —se interrumpió de repente. ¿Había oído rechinar una tabla? Miró a su alrededor, pero no vio a nadie.

—Sí, pero, diablos, no puedo ofrecerles más dinero a todos sólo porque no quieren filmar un episodio tal y como lo escribieron los guionistas. Tal vez tú pudieras convencerlo.

—De acuerdo, puedo convencer a cualquiera con mis encantos, incluso a alguien tan obstinado como él.

Solían recurrir con frecuencia a esa broma cuando rodaban.

—Con eso y con el dinero —replicó Steve.

—Una casa, un coche y dinero para viajar… ¿qué más podría desear alguien?

—Pues bien, él quiere que lo eliminemos de algunos guiones. Asegura que están por debajo de su categoría.

—Recurriré a mis encantos y veré si puedo convencerlo —le prometió ella con tono divertido.

—¿Lo harás, Lacey? Llámalo hoy mismo… tu podrás convencerlo de cualquier cosa con algunas palabras cariñosas.

—Y si las palabras cariñosas no dan resultado, entonces recurriré a algo más físico.

—Sí, como pegarle en la cabeza con un bate de béisbol.

—Pero antes es necesario mantenerlo en la duda —manifestó ella.

—Sin saber si vamos a despedirlo o no.

Lacey rió. Le fascinaba trabajar con Steve; era el único que conocía los problemas con los que se enfrentaba ella tratando de conseguir que todas las temperamentales estrellas del programa trabajaran en armonía. Volvió a oír el chirrido de la puerta. Se preguntó si se estaría moviendo con la brisa.

—¿Cómo va todo lo demás? —le preguntó a Steve.

—Fatal. No sé por qué hacemos una pausa tan larga. Empiezo a sentirme inquieto y quiero volver al trabajo.

—Pronto empezaremos, Steve. Escucha, esta llamada te va a costar todo el dinero que le darías a Wayne. Lo llamaré hoy y después te haré saber cómo han ido las cosas.

—De acuerdo, Lacey. ¿Cómo van tus vacaciones?

—¡Han sido maravillosas! Me estoy divirtiendo y ni siquiera pienso en el trabajo. Es decir, no lo hacía antes de que me llamaras.

—A cada quien lo suyo. Llámame después de que convenzas a Wayne.

—Si es que puedo hacerlo —Lacey movió la cabeza y colgó el auricular.

Se dispuso a preparar la comida. Aún quería dormir una siesta, pero al pasar frente a la ventana del comedor vio el coche de Jake. ¿Por qué estaría en casa?

¿Habría sucedido algo malo?, se preguntaba. Lacey se detuvo un momento, se dirigió a la puerta de alambre, la abrió y comprobó que chirriaba. Decidió arreglar eso en cuando pudiera. Luego pensó en hacerle a Jake una visita rápida y volver luego a comer. Subió los escalones de la parte trasera de la casa de su vecino, abrió la puerta de alambre y entró en la cocina, Jake estaba sentado frente a la mesa. Ella le dirigió una sonrisa, sorprendida por su expresión colérica y su mirada sombría.

—¿Es otro ejemplo de tu estilo de vida californiano, libre y despreocupado, entrar en las casas de los demás sin que te inviten? —preguntó con tono duro.

Lacey se detuvo, desconcertada por sus palabras. Hacía varios días que entraba de esa forma y él jamás la había recriminado por eso.

—Sólo he venido a ver si necesitas algo —explicó.

—No era necesario que vinieras.

Lacey entró y se detuvo cerca de la mesa. Estaba sorprendida por su actitud hostil.

—¿Qué sucede, Jake? —preguntó.

Él se puso de pie y se acercó a ella, con expresión colérica. Ya no usaba las muletas.

—No sucede nada, Lacey. Pero te lo dije hace mucho tiempo: no necesito que la vecina de al lado me persiga. Eres una mujer difícil de convencer. ¡Me refiero a ti!

¡Mantente alejada de mi vista!

El temperamento de Lacey estalló. Se dijo que sólo había ido a ofrecerle ayuda.

—Me mantendré lo más lejos que sea posible de ti, Jake —declaró con frialdad

—. ¡Sólo venía a ver si podía hacer algo por ti y me atacas como si fuera un animal ponzoñoso! Eres el hombre más absurdo que

jamás he conocido. No puedes mantener las manos lejos de mí y, sin embargo, siempre me pides que me aleje de ti.

¡Pues bien, esta vez lo haré!

Pero antes de que pudiera dar media vuelta y salir, él la sujetó de un brazo con firmeza y la miró furioso.

—¿Así que no puedo mantener las manos lejos de ti? Puedo prescindir de ti y de tus encantos. ¡Desde el primer día sólo me has causado problemas!

Y de inmediato, inclinó la cabeza y la besó. El beso fue doloroso, como un castigo. La empujó hacia atrás contra la mesa. Ella se sentía agredida, pero el ataque continuó durante un minuto interminable. Los ojos se le inundaron de lágrimas, que empezaron a rodar por sus mejillas. Apoyó las manos en su pecho, tratando de empujarlo, pero era impotente contra su cólera.

Por fin, él retrocedió y la soltó, casi empujándola.

—Sal de mi casa y no vuelvas jamás —su voz era fría, dura, terminante.

Aturdida, Lacey huyó deprisa. Cruzó corriendo el jardín hacia la seguridad de su casa, entró y cerró la puerta con llave. Las lágrimas se deslizaban por su rostro y le dolían la boca y los brazos. No podía contener las lágrimas de dolor por la forma en que Jake la había tratado. Subió corriendo la escalera y se derrumbó sobre la cama, ahogando sus sollozos contra la almohada.

No supo durante cuánto tiempo estuvo llorando pero le parecía que había transcurrido una eternidad antes de que su mente volviera a funcionar. Apenas la noche anterior, él le había pedido que se quedara a su lado y ahora la atacaba.

Muchas veces le había dicho con toda claridad que no quería verla cerca. Si era sincera, debía reconocer que no debió haberse apresurado a ir a ver si él necesitaba algo, pero quería verlo. Sobre todo después de la despedida de la noche anterior.

Pero ahora la situación era peor.

Volvió a llorar y trató de contener las lágrimas, ya que sabía que no solucionarían nada. Nada cambiaría las cosas. Tenía que irse de allí. Estremecida, se tocó las magulladuras que él le había causado. ¡Le había hecho daño! Pero lo peor era el dolor que sentía en el corazón. ¡Lo amaba tanto y él ni siquiera la apreciaba!

¿Cómo era posible que la vida fuera tan injusta? Pero así era, y

la vida tenía que continuar.

Al día siguiente, llamaría a Wayne y trataría de convencerlo de que aceptara los cambios de guión en los nuevos episodios. Terminaría de visitar los lugares interesantes de Barbados y empezaría a hacer planes para volver a su casa. Y jamás permitiría que alguien se enterara de su dolor. No en balde había pasado tanto tiempo rodeada de actrices; representaría bien su papel.

En apariencia, Lacey estaba bien. Iba a la playa, cocinaba, iba de compras y salía de excursión; pero en su interior se sentía aturdida, perdida, herida. Apenas probaba los alimentos que preparaba; en la playa se quedaba contemplando el agua durante minutos interminables, como si buscara la respuesta a una pregunta que no tenía respuesta.

Jake se había ido. Su casa se quedaba a oscuras cada noche; en ella no brillaba ninguna luz y durante el día no se oía ningún sonido.

La joven se dedicó a recorrer Barbados, disfrutando de la isla tanto como le era posible. Visitó el zoológico y los jardines de flores, los museos y las plantaciones de caña de azúcar. Admiró los deslumbrantes paisajes del distrito de Scotland, sus verdes campos y el azul intenso del Atlántico. Cerca de la parte sur de la isla se encontraba la playa donde se practicaba el surf. Una tarde fue allí a observar a los deportistas y sintió el viejo anhelo de subirse a una tabla. Se prometió que un día antes de su partida volvería allí.

Empezó a preparar sus maletas, pues sus vacaciones llegaban a su fin. Lavó toda su ropa y guardó en la maleta lo que ya no necesitaría durante los tres próximos días. Hizo una limpieza general de la casa y se alegró de que el trabajo mantuviera ocupada su mente.

La noche siguiente oyó llegar el coche de Jake. Sintió que su corazón se detenía un momento y luego latía acelerado. Quería correr a su lado, hablar con él, saber por qué estaba tan furioso, decirle que se iría en un par de días, verlo de nuevo a pesar de todo. Sin embargo, se obligó a permanecer sentada hasta que él entró en su casa.

Luego, deliberadamente, cerró todas las ventanas que daban hacia su casa y corrió las cortinas. No quería exponerse a la tentación de ir a buscarlo.

Al día siguiente estaría libre e iría a hacer surf.

Se levantó temprano, deseando divertirse en la playa. Era lo primero que deseaba realmente desde que Jake la echó de su casa y se sentía vagamente complacida de ver que podía sentir entusiasmo por algo. El día era espléndido y el sol brillaba en un cielo sin nubes. La brisa que soplaba del este era un poco más fuerte de lo normal, perfumada por la fragancia de las flores.

Al alejarse del sendero en el coche, Lacey creyó vislumbrar la figura de alguien en la casa de Jake. Su coche estaba allí, pero él debía de encontrarse en su oficina.

¿Estaría observándola? Debía de tratarse de impresiones suyas, a menos que él quisiera cerciorarse de que se iba para siempre.

El camino hacia la playa atravesaba Bridgetown, seguía más allá del aeropuerto y rodeaba la costa sur de Barbados. Lacey aprovechó esa oportunidad para despedirse de la isla. Admiró la belleza de la costa, las vistas del mar, la belleza y variedad de las flores.

Cuando llegó a la playa este, alquiló una tabla de surf y luego extendió su toalla junto a sus pertenencias al lado de una pareja joven, que se ofreció a cuidárselas.

Luego tomó la tabla y se dirigió al mar. Las olas eran altas y fuertes y ella se lanzó hacia la primera con energía. El sol reverberaba en el agua como diamantes flotando en un mar de luz. Lacey empezó a disfrutar.

Los finales eran poco difíciles, pues la playa tenía un brusco declive y la arena era de grano grueso, a diferencia de la arena fina como el talco de las playas del lado del Caribe. Volcó en dos ocasiones, raspándose ligeramente los tobillos, pero para la tercera vez ya había aprendido a contrarrestar el efecto. Deslizándose sobre la tabla, se sentía libre como las aves. Miraba hacia la playa, preguntándose por qué no se metían en el agua todos los que estaban allí; experimentaba la misma excitación cada vez que se deslizaba sobre una ola.

En un hombre que distinguió a lo lejos creyó reconocer a Jake. Por un momento, se tambaleó sobre la tabla, pero recobró el equilibrio. Trató de volver a mirar hacia la playa, pero no lo vio. ¿Por qué creía verlo cada vez que salía?

Se deslizaría una vez más y luego descansaría. El suave murmullo del agua debajo de la tabla, la luz brillante y la sensación

de ingravidez mientras la tabla se deslizaba sobre la ola se sumaban a la ilusión de libertad y vuelo. Era algo glorioso.

De pronto retrocedió sobre la tabla, tratando de cambiar de dirección, cuando otro surfista se cruzó frente a ella, dirigiéndose justo hacia la ola. Rió y la saludó al pasar; por su parte, Lacey trató de equilibrar su tabla, cambiar de dirección y mantenerse erguida.

No pudo hacerlo. Se cayó de la tabla y se vio impulsada contra la arena por toda la fuerza de la ola; primero se golpeó en un hombro y después en la cara. Trató de incorporarse para respirar y sintió el peso de la tabla al caer sobre su cabeza.

Luego lo vio todo negro.

—¿Lacey?

Le dolía la cabeza y le ardía toda la piel. No quería abandonar el calor y la seguridad de la oscuridad. Le dolía todo el cuerpo.

—¡Lacey!

De nuevo estaba soñando. Creía oír la voz de Jake pero eso no era posible.

¿Dónde estaba? ¿Por qué le dolía tanto la cabeza? Abrió despacio los ojos y volvió a cerrarlos. La luz la cegaba.

—¡Lacey, despierta! Lacey, tienes que despertar. Te pondrás bien.

Era demasiado esfuerzo. Tenía frío y soñaba con Jake. Su voz sonaba tan clara…

Volvió a quedarse dormida.

—¿Lacey?

La joven se dijo que esa era una voz diferente, no la de Jake; sólo estaba soñando con él. Pero aún le dolía todo. ¿Qué le sucedía? Abrió despacio los ojos bajo una luz cegadora y distinguió los ojos oscuros de Kyle Lincoln.

—¿Dónde estoy? —sentía áspera la lengua. La deslizó sobre sus labios y tragó saliva. Le dolía la cabeza y todo el cuerpo. La cara le ardía.

—En el hospital, pero estás bien. Nos diste un buen susto cuando te trajeron.

Estabas inconsciente y; por un segundo, pensé lo peor.

Ella volvió a cerrar los ojos, pero siguió plenamente consciente.

—Me duele la cabeza —dijo con dificultad. Aún escuchaba el eco de la voz de Jake.

—Te diste un buen golpe con la tabla. ¿Recuerdas lo que sucedió?

—Sí. Un jovencito se cruzó frente a mí y perdí el equilibrio.

—Y te golpeaste con la tabla al salir. Por suerte, otros vieron lo sucedido y llegaron a toda prisa a tu lado. Jake te trajo aquí. ¡Creí que iba a matar a ese chico!

Él estaba en la puerta de la habitación en este mismo instante, al igual que el chico que quería lucirse, no causar un accidente.

—Lacey, abre los ojos y déjame ver si has sufrido una conmoción.

Sus pensamientos eran confusos. Abrió los ojos y siguió las instrucciones de Kyle, respondiendo a todas sus preguntas.

—Parece que estás bien, aunque es probable que el dolor de cabeza continúe durante varios días. Te has raspado bastante el brazo y una mejilla.

Lacey se llevó los dedos a la mejilla y se palpó las magulladuras. Le dolía el brazo, y le ardía al igual que el rostro. Trató de mantenerse inmóvil; si no se movía, tal vez no le doliera nada.

—Ya te hemos desinfectado y puesto antiséptico —le informó Kyle—. La piel de la cara te dolerá durante algún tiempo, pero no te quedará ninguna cicatriz. ¿Ya estás lista para irte a casa?

Ella asintió, sobresaltándose cuando el dolor se intensificó.

—Sí. ¿Puedo conducir? —luego recordó que su coche estaba en la playa con su ropa y su toalla—. ¿Cómo he llegado hasta aquí?

Él la miró ceñudo, estudiando su rostro.

—Ya te lo he dicho; Jake te ha traído. Él te puede llevar a casa.

—No —la joven trató de recordar. ¿Estaba él en la playa? Después de todo, recordaba haberlo visto allí. Pero, ¿por qué? Él no quería verla… se lo había dicho con claridad—. ¿Cuánto tiempo he estado sin conocimiento?

—El tiempo suficiente para preocuparme —respondió Kyle—. Voy a llamar a Jake.

—¡No! No puedo verlo. ¡No puedo! —exclamó ella abrumada por una sensación de pánico.

—De acuerdo, tómate las cosas con calma —le pidió Kyle y la empujó con suavidad para que volviera a tumbarse—. ¿A quién llamo entonces?

—Llama a los Danby. El señor Danby vendrá a buscarme —cerró

los ojos, demasiado cansada incluso para pensar.

—¿No quieres que llame a Jake? —preguntó él por última vez.

—¡No! —Lacey se sobresaltó al moverse y luego añadió con suavidad—: No, a Jake no. Sé que el señor Danby vendrá a buscarme.

—Lo llamaré ahora mismo. El chico que causó el accidente sigue esperando.

Quiere disculparse. ¿Quieres verlo?

No quería, pero sabía que era lo adecuado. Lo que en realidad deseaba era dormir.

—De acuerdo —aceptó, pues le pareció lo más fácil. Volvió a preguntarse por qué estaba allí Jake. Había dicho que no quería volver a verla. Cerró los ojos; la cabeza le dolía demasiado para pensar en él.

El joven de la tabla aún seguía asustado y pareció alterarse más al ver a Lacey.

Ella aceptó sus disculpas y le advirtió que en el futuro debería tener más cuidado. Él le aseguró que ya había aprendido la lección.

—De verdad que lo siento. ¿Hay algo que pueda hacer por usted? —tenía una expresión atemorizada y ansiosa.

Ella negó con la cabeza, pero luego se lo pensó mejor.

—¿Podrías ir a buscar mis pertenencias a la playa y guardarlas en mi coche? —le preguntó.

—Por supuesto. ¿Quiere que mi amigo y yo le llevemos el coche a su casa? Lo haremos con mucho gusto.

Estaba deseoso de ayudar y Lacey asintió. Eso solucionaría un problema. Le explicó dónde había dejado sus pertenencias y cuál era su coche. El chico salió a toda prisa.

Unas voces en el pasillo la hicieron mirar temerosa hacia la puerta. Podía oír la voz colérica de Jake y la más tranquila de Kyle. Al fin se callaron. Lacey se recostó y cerró los ojos. Kyle no permitiría que Jake la viera. Aún seguía confundida. Volvió a preguntarse por qué estaba él allí.

Fue necesario despertarla de nuevo cuando llegó el señor Danby.

—¡Oh, querida! ¿Estás segura de que quieres irte a casa? —le preguntó el anciano, mirándola preocupado.

—Mi médico dice que puedo irme y estoy segura de que estaré bien —le aseguró Lacey.

Kyle entró para darla de alta.

—Te he traído una camisa. Seguramente te quedará grande, pero será mejor que irte a casa sólo con ese bikini.

No era de sorprender que el señor Danby estuviera tan preocupado, pensó Lacey con un destello de diversión. No quería inquietarlo; había sido muy amable al ir a buscarla. Se puso la camisa de Kyle y se enrolló las mangas. Le llegaba hasta medio muslo.

—Después iré a ver cómo sigues —le indicó Kyle.

—Gracias.

—Es una forma desagradable de despedirte de Barbados, Lacey. Cuando vuelvas otra vez, nos aseguraremos de que disfrutes más.

—Adiós, Kyle —Lacey sonrió y siguió al señor Danby a su coche, mirando nerviosa a su alrededor pues temía ver a Jake.

—Ya se fue, Lacey. Lo envié a casa hace rato —le aseguró Kyle en voz baja mientras caminaba a su lado.

Ella asintió apesadumbrada. Ahora quería volver a su casa, a California, retornar a su trabajo, donde podría ocupar su tiempo en otras cosas y no pensar en Jake Wainwright.

El trayecto hasta la cabaña no les llevó mucho tiempo. Lacey dio las gracias al señor Danby por ir a recogerla y rechazó con amabilidad su ofrecimiento de ayudarla en algo más. Se dijo que a partir de ese momento, podría arreglárselas sola. Lo único que quería era dormir.

Capítulo 12

Casi había oscurecido cuando Lacey se despertó. Se quedó durante un buen rato en la cama, preguntándose si el hambre que tenía merecía que se levantara, o si podría seguir allí sin moverse. Mientras permanecía inmóvil no sentía mucho dolor, sólo un palpitar sordo en la cabeza. Al fin decidió que tenía demasiado apetito para quedarse en la cama y se levantó. Primero se daría una ducha, después prepararía un poco de sopa, unas tostadas y volvería a la cama.

Aún le dolía la cabeza y cuando se miró en el espejo del baño, descubrió que su rostro era un verdadero desastre; todo el lado derecho estaba lleno de magulladuras.

Preocupada, se palpó la cabeza y encontró un chichón en el punto donde la tabla la había golpeado. Tenía el brazo derecho vendado desde el hombro hasta el codo y lo sentía rígido y dolorido. De hecho, le dolía todo el cuerpo y se sentía muy cansada.

¡Vaya una forma de terminar sus vacaciones! Todavía la esperaba el largo viaje de vuelta a casa.

Despacio, buscó una bolsa de plástico y se cubrió el brazo vendado. La ducha la refrescó y se sintió mejor después de quitarse el salitre del agua del mar. Se secó el cabello con la toalla y se lo dejó suelto. Luego se puso un camisón si mangas, para permitir el movimiento del brazo vendado.

Reunió la energía suficiente para bajar por la escalera y prepararse un poco de sopa. Se sirvió dos tazones. Después, tomó unas aspirinas para el dolor de cabeza y se dispuso a volver a la cama. Se dijo que tal vez se sentiría mejor por la mañana.

Se sorprendió al oír que alguien llamaba a la puerta. Volvió a bajar la escalera y abrió la puerta principal. Jake Wainwright estaba delante de ella. Tenía un aspecto terrible; estaba delgado, agotado, demacrado. Aturdida, Lacey no supo qué decir.

¿Por qué estaba él allí? Se había negado a verlo en el hospital, ¿por qué había ido a su casa?

Él entró, obligándola a retroceder mientras ella lo miraba con los ojos muy abiertos. Luego los cerró, pues no podía enfrentarse a él en ese momento. Cansada, se volvió para dirigirse hacia la

escalera.

—Vuelve a tu casa, Jake. Hoy no me siento capaz de hablar con nadie —incluso al decir eso, lo miró con el corazón rebosante de felicidad por volver a verlo.

—Lacey, ¿estás bien? Oh, Dios, he pasado tanto miedo esta tarde. ¡Creí que te habías matado en esa maldita tabla! —la sujetó con suavidad de su brazo sano y la detuvo.

—No me pasa nada, Kyle me lo ha asegurado. Pero por el momento no me siento muy bien.

—Vaya pareja que hacemos. Casi no podemos mantenernos en pie —comentó él con una leve sonrisa.

Ella lo miró. Volviendo a preguntarse qué era lo que quería.

—Lacey…

Lentamente, Jake la acercó hacia sí, rodeándola con sus brazos, estrechándola contra su pecho como si fuera una pieza de porcelana valiosa. Deslizó las manos con suavidad a lo largo de su espalda, cuidando de no lastimarla. Se movía despacio, dándole tiempo para que ella pudiera retroceder, o detenerlo.

Pero Lacey no hizo nada. Cerró los ojos y se apoyó en su pecho olvidándose de todo, sabiendo que él estaba allí. No para siempre, por supuesto, pero sí por el momento. Y ella gozaría ese momento. Sintió sus labios en su cabello, a lo largo de su cara, buscando su boca. Con los ojos todavía cerrados, volvió ligeramente la cara hacia él. Su beso fue suave, tierno y Lacey sintió que los ojos se le inundaban de lágrimas; no quería esa delicadeza y esa ternura de Jake. Abrió los ojos y se apartó de él.

—¿Por qué estás aquí, Jake? —preguntó con voz ronca, cansada.

Jake la soltó y de nuevo la tomó de un brazo para guiarla hacia el sofá, indicándole que se sentara. Él lo hizo a su lado y la miró, sujetándole la barbilla entre los dedos.

—¡Oh, Dios, creí morir al ver tu caída! Luego estuviste tanto tiempo sin conocimiento… Al fin, Kyle me convenció de que te pondrías bien —deslizó un dedo por su mejilla—. Después esperé tu llamada. Siempre me llamas cuando necesitas ayuda, como la vez que te quedaste fuera de la casa, o cuando se te estropeó el coche.

Pero no me llamaste. Estaba allí, en el hospital esperando que preguntaras por mí. Y

no lo hiciste. Entonces comprendí que tal vez nunca volverías a

llamarme.

—Me pediste que me mantuviera alejada de ti —las lágrimas volvieron a rodar por sus mejillas ante ese doloroso recuerdo.

Él se apoderó de una de sus manos, entrelazando los dedos con los de ella.

—Lo sé. Me comporté como un maldito estúpido —Jake alzó la cabeza y la miró

—. Salí de viaje para tratar de olvidarte y me engañé al pensar que lo había logrado.

Pero lo primero que hice a mi regreso fue mirar hacia la cabaña para ver si podía verte. No puedo comer ni dormir. Te he echado tanto de menos…

—Yo también te eché de menos —le confesó ella en voz baja.

—Cuanto era joven, me enamoré —le confió Jake—. Ella también era joven y bella. La amaba mucho, o por lo menos eso creía. Íbamos a casarnos.

Lacey no quería escuchar aquello. De pronto se sentía celosa de la mujer a quien Jake tanto había amado y que al final lo rechazó. No quería escuchar la razón por la cual él no podía amarla ahora a ella.

—Un día me enteré de que ella no correspondía a mi amor… sólo quería casarse conmigo por mi dinero y por el futuro que yo representaba. Deseaba convertirse en una estrella de cine. Me quedé destrozado —miró a Lacey y vio en sus ojos comprensión y su dolor. Luego fijó la vista en las manos unidas de ambos, antes de continuar—: Lacey, yo no quería volver a experimentar ese dolor, amar a alguien que no me amara. Era demasiado. Así que tuve mucho cuidado con las mujeres con las que me relacionaba.

Lacey seguía preguntándose por qué le estaba contando Jake todo aquello, y sus motivos para rechazarla.

—Pero eso no impidió que las mujeres me buscaran, no por mí, sino por el dinero que empezaba a ganar con mi negocio —añadió él—. Algunas fueron bastante descaradas acerca de sus motivos para perseguirme.

—Jake, no tienes que explicarme…

Él la hizo callar, poniéndole un dedo en los labios.

—Shh… quiero hacerlo. Tú necesitas saberlo. Pues bien, cuando apareciste, lo primero que vi fue el mismo tipo de mujer. Siempre te

interponías en mi camino, primero jugando en mi jardín, después cuando te quedaste fuera de tu casa, en la playa cuando yo iba a nadar. Siempre que yo me daba la vuelta, tú estabas allí.

—Pero yo nunca traté deliberadamente de…

—Lacey, por favor, déjame continuar —frunció el ceño, divertido por sus constantes interrupciones—. Y cada vez que te veía te deseaba —prosiguió.

Lacey alzó la vista para mirarlo a los ojos, invadida por una oleada de calor.

—Cuando volví a verte hoy, comprendí que tenías que ser mía. Te seguí a la playa, pues quería hablar contigo, hacerte saber lo que sentía. No me importaba que sólo quisieras mi dinero; tengo mucho para los dos. Pero te quiero a ti. Quiero cuidar de ti y asegurarme de que no te suceda nada malo. Escucharte cuando me reprendes y me dices lo que debo hacer cuando no necesito que lo hagas. Ver que te enfadas por nada y te derrites con mis besos. Lacey, te amo. Luché contra ese sentimiento y traté de negarlo, pero no puedo. Pero tampoco quiero que ese dolor que acompaña a un amor no correspondido; esta vez tomaré lo que pueda obtener. Te amo. ¿Te casarás conmigo?

Lacey estaba aturdida y lo miraba incrédula. Sabía que el golpe en la cabeza la había afectado; de hecho, tal vez estaba soñando. Jake ni siquiera estaba allí; no podía contemplarla ansioso, conteniendo el aliento después de haberle confesado su amor.

Todo era un sueño pero ella no quería despertar.

—¿Eres real? —preguntó al fin.

Él sonrió y la estrechó entre sus brazos, apoderándose de su boca, primero con suavidad, pero luego con pasión. Deslizó las manos por la fina tela del camisón y sus dedos acariciaron con suavidad la curva de sus senos. Luego se apartó y la miró.

—¿No llevas nada debajo? —le preguntó.

—Por supuesto que no, tonto… es un camisón y nadie se pone nada debajo de un camisón.

Él dejó escapar un leve gemido, estrechándola entre sus brazos con cuidado para no hacerle daño. Su boca era ardiente cuando encontró sus labios y Lacey se dispuso a entregarle todo el amor que tenía para él. Se sentía llena de vida, ardiente, excitada. De nuevo estaba al lado de Jake y él la amaba.

Él la besó con delicadeza a lo largo de la mejilla, en la oreja; le mordisqueó ligeramente el lóbulo antes de bajar hacia su cuello para besar el pulso que latía en su base. Lacey echó la cabeza hacia atrás para facilitarle el acceso. Había olvidado su dolor de cabeza, todos sus dolores causados por el accidente, y arqueó el cuerpo hacia él.

La mano de Jake se deslizaba sobre su cuerpo, enloqueciéndola con fantasías de amor. Podía sentir la dureza de su excitación contra su cadera y sintió el corazón rebosante de amor hacia ese hombre. Le había pedido que se casara con él y ahora la besaba como si nunca quisiera dejarla ir.

—¿Significa esto un sí? —le preguntó Jake, buscando de nuevo su boca.

—Sí —respondió ella.

Las caricias de Jake la excitaban más allá de sus más atrevidos sueños. Cuando deslizó una mano por debajo de su camisón para trazar ardientes senderos de deleite a lo largo de su muslo, Lacey comprendió que había encontrado el paraíso. De repente, Jake se apartó. La joven respiraba agitada y vio que a él le sucedía lo mismo.

Sonrió, con los párpados entornados.

—Me olvidaba de tu accidente —le confesó Jake.

—Creo que el dolor de cabeza ha desaparecido —le aseguró ella, acurrucándose contra su pecho, escuchando los rápidos latidos de su corazón—. Jake, te amo —murmuró, feliz al fin de poder expresar sus sentimientos.

—No tienes que decir eso, Lacey —le dijo él.

Ella se apartó y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué es lo que no tengo que decir? Te amo. Hace mucho tiempo que te amo.

—Sabes que eso no es cierto… te oí hablando por teléfono. Pero todo está bien.

Creo que por el momento puedo vivir sin tu amor.

—No sé de qué estás hablando —replicó ella, sinceramente desconcertada.

—Te oí hablando por teléfono un día; dijiste que el dinero podía comprar la felicidad y que con palabras cariñosas me convencerías de que te pidiera que te casaras conmigo. Me sentí traicionado…

había luchado tanto tiempo con mis sentimientos y justo cuando pensaba bajar la guardia, tú confirmaste mis sospechas.

Lacey sacudió la cabeza. Todo eso formaba parte del sueño, sólo que ahora era una pesadilla. Tenía miedo. ¿Las cosas no resultarían bien después de todo? ¡No podía perderlo! Lo amaba. ¿Por qué él estaba tan seguro de que eso no era cierto?

¿De qué llamada telefónica estaba hablando?

—Jake, jamás he hablado por teléfono con nadie de ti —protestó.

—Fue el día que te pedí que te fueras, que jamás volvieras a mi casa. Esa fue la razón. Me quedé destrozado después de escucharte.

—Recuerdo muy bien ese día. No te mostraste muy cariñoso, ¿verdad? —se estremeció al recordar su brusco rechazo.

—Me sentí como si me hubieras dado una patada en el estómago. Oh, Dios, Lacey, te amaba tanto y apenas empezaba a confiar en ti…

—Jamás he hablado de ti por teléfono —repitió ella.

—Te oí. No es necesario que lo niegues. Ya te lo he dicho, eso no importa. No dejaré que importe.

Ella se puso de pie de un salto y se enfrentó a Jake, furiosa.

—¡A mí sí me importa! No soy una embustera, si eso es lo que piensas. Te quiero, lo creas o no. ¡Y jamás he hablado de ti con nadie por teléfono! ¡Puedes creerlo o no! ¡No soy una embustera!

Lo miró colérica. ¿Cómo se atrevía a pensar eso de ella? ¿Cómo se atrevía a dudar de su amor? Ella no dudó cuando él le habló de su amor. ¿Por qué no quería escucharla? Jake también se puso de pie y la miró furioso.

—¡Maldita sea, Lacey, eso no importa! Te he dicho que te aceptaré cualesquiera que sean tus términos, y así lo haré. Quiero casarme contigo. ¿No te basta con eso?

—¡No, no me basta! ¡Quiero que me creas! —la cabeza le dolía de nuevo y estaba a punto de llorar.

¿Cómo era posible que todo hubiera cambiado tan bruscamente?

—Lacey, te oí cuando hablabas por teléfono.

Ella cerró los ojos y se llevó una mano a la cabeza «Trata de pensar, Lacey», se dijo. «¿Qué es lo que él oyó?»

—Ese día estuve hablando con Steve —declaró.

—¿Quién es Steve?

—Mi jefe. Me llamó porque había un problema. Pero ciertamente yo no estaba hablando de ti.

—¡Te oí ese día! —Jake la miraba furioso y amenazador.

—Ahora me ha vuelto el dolor de cabeza. Déjame pensar. Hablamos de que Wayne no quería aparecer en el programa y Steve pensaba ofrecerle más dinero, pero yo le dije que Wayne ya tenía suficiente. Steve quería que yo lo convenciera con algunas palabras cariñosas de que rodara esos episodios a los que se niega.

Jake la miraba desconcertado. Se sentó en el borde del sofá, sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿Había un problema con un hombre llamado Wayne?

—Así es.

—Y tú ibas a usar tus encantos para convencerlo de que hiciera lo que tú querías.

—Es una broma. Steve siempre dice eso —Lacey lo miró fijamente.

—Te juro que pensé que estabas hablando de mí. Te oí pronunciar mi nombre.

—No pude hacerlo —Lacey se interrumpió y miró a Jake, tratando de recordar.

Lentamente, se sentó a su lado en el sofá—. Pude decir: «Se trata de Wayne, ¿no es cierto?» —comentó—. Pero eso fue todo.

—Muchas veces me han hecho comentarios sobre mi acento, querida, pero para mí tú eres la que tiene un acento… un encantador acento norteamericano. Por lo que dices, no te entendí bien. Lacey, ¿de verdad me amas?

Lacey se conmovió al ver su expresión vulnerable, la esperanza que empezaba a albergar de que ella lo amara. ¿Cómo podía dudarlo?

—Oh, sí, Jake, ¿cómo es posible que no lo sepas? Me preocupaba tanto que te rieras de mí —le brillaban los ojos y sentía el corazón rebosante de felicidad.

—Te creo, querida —se acercó a ella—. ¿Te casarás conmigo?

—Tan pronto como quieras.

Fin